

elipsis

2017

Autores

Ricardo Dávila
Laura Esponda
Laura Moreno
David Moreu
Diana Zerda

Editores

Natalia Cárdenas Morales
Natalia Escobar
Andrea Gaitán
Cindy Herrera
Alejandro Maldonado



elipsis

2017

Autores

Ricardo Dávila
Laura Esponda
Laura Moreno
David Moreu
Diana Zerda

Editores

Natalia Cárdenas Morales
Natalia Escobar
Andrea Gaitán
Cindy Herrera
Alejandro Maldonado



elipsis
2017



Puntoaparte
bookvertising

www.puntoaparte.com.co

BRITISH COUNCIL COLOMBIA

www.britishcouncil.co

**DIRECTOR BRITISH COUNCIL
COLOMBIA**

Tom Miscioscia

DIRECTORA DE ARTES

Silvia Ospina

**GERENTE ARTES E INDUSTRIAS
CREATIVAS**

Paula Silva

AUTORES- CONVOCATORIA 2017

Ricardo Dávila
Laura Esponda
Laura Moreno
David Moreu
Diana Zerda

EDITORS - CALL 2017

Natalia Cárdenas
Natalia Escobar
Andrea Gaitán
Cindy Herrera
Alejandro Maldonado

COORDINADORES ACADÉMICOS

Alejandra Jaramillo - Writing
Marta Orrantia - Editing

DIRECTOR DE ARTE

Mateo L. Zúñiga

DISEÑADOR DE MARCA

Andrés Álvarez

COORDINACIÓN EDITORIAL

Andrés Barragán
Paula Guerra
Juan Mikán

DIAGRAMACIÓN

Sara Vergara
Cristine Villamil
Angelica Villate
Jeimmy Segura

TRADUCCIÓN

Katharine H. West

PUNTOAPARTE BOOKVERTISING

www.puntoaparte.com.co

IMPRESIÓN

Panamericana Formas e Impresos S.A.

ISBN

978-958-5461-01-7

TABLA DE CONTENIDO

Prefacio	Cortina Butler	4
Dudas y certezas	Alejandro Maldonado	6
El último tercio	Ricardo Dávila	8
El proyecto más ambicioso	Andrea Gaitán	50
El señor del gallinero	Laura Esponda	52
Hilar fino	Natalia Cárdenas Morales	84
Último día	Laura Moreno	86
El oficio de crear sin ser el creador	Cindy Herrera	122
Candelario	David Moreu	124
El ejercicio de la deconstrucción	Natalia Escobar	154
Cobardía en escala D	Diana Zerda	156
Elipsis En El Hay Festival		184

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial, dentro o fuera del territorio de Colombia, del material escrito y/o gráfico sin autorización expresa de British Council.

PREFACIO



Por Cortina Butler

Directora de Literatura, British Council

Estamos encantados de presentarles la más reciente antología de escritura novel que reúne autores y editores colombianos en formación que participaron en el programa Elipsis, del British Council

El British Council fue fundado para crear una amigable comprensión y conocimiento entre las gentes del Reino Unido y el resto del mundo, gracias a un intercambio de recursos culturales que incluye artes, educación y lenguaje. La literatura constituye una parte importante en la construcción de estas conexiones. En su esencia, el vínculo literario es una interacción uno a uno, entre el escritor y el lector. Escribir nos ayuda a plasmar quién somos y lo que pensamos del mundo. Al compartir nuestras historias, compartimos algo de nosotros, de nuestras ideas y de nuestras culturas. La literatura es, además, un sector cultural próspero y diverso, que abarca la escritura creativa, la industria editorial, la traducción, la alfabetización y las bibliotecas. En nuestros programas apuntamos a crear oportunidades para que lectores y escritores se conecten con pares de otros países y a conectar profesionales de la literatura con miras a que compartan sus habilidades y que desarrollen proyectos colaborativos que resulten positivos para ambas partes.

El programa Elipsis, ahora en su tercer año, es un ejemplo de una fértil colaboración internacional, que conlleva una amplia gama

de beneficios para todos los involucrados. Para los escritores y editores colombianos del Programa, es una valiosa oportunidad de perfeccionar sus habilidades de escritura y edición de cara a su primera publicación, un momento importante en sus carreras. Más allá de esto, Elipsis les ofrece a los participantes una oportunidad única de aprender de las experiencias de destacados escritores británicos que participan en el Hay Festival Cartagena y la Feria del Libro de Bogotá (FILBO): la experiencia de conocer y compartir historias con escritores con un trasfondo muy diferente amplía perspectivas y genera conexiones profesionales que perduran una vez termina el Programa.

Elipsis también permite presentar novel escritura británica en estos dos eventos literarios clave que tienen lugar en Colombia; estamos muy agradecidos tanto con el Hay Festival Cartagena como con FILBO por esta exitosa colaboración y por su continuo apoyo.

A medida en que Elipsis entra en su próxima etapa, continúa creando puentes entre las comunidades literarias del Reino Unido y Colombia, y contribuye significativamente a construir conexiones entre ambos países. Les deseamos a todos los participantes actuales y anteriores del programa Elipsis éxito en sus carreras de escritura y edición.

DUDAS Y CERTEZAS



Por Alejandro Maldonado

El primer encuentro con los demás integrantes de *Elipsis*, aunque rebosante de emoción, estuvo también atravesado por una tremenda curiosidad. ¿Quiénes están en el grupo de editores? ¿Quiénes en el de escritores? En vano traté de leer caras y gestos, buscando descifrar cuanto antes la modalidad en la cual se encontraba cada uno. No pasó mucho hasta que cada uno se presentara y despejara la duda, pero esto solo dio paso a la duda más imperante de todas: ¿con quién realizaría el trabajo de edición?

Mientras transcurrían los esclarecedores talleres de Marta, hice lo posible por conocer un poco a cada uno de los escritores; de alguna manera sentía que la labor a realizar no se limitaba a un texto inerte, sino también a su progenitor. Más aún en estado de borrador, cuando todavía estaría unido por un cordón umbilical y las acciones que tomase junto al escritor pudieran ser la diferencia entre un texto que nos llenara y otro que no.

Me hice entonces a la placentera y privilegiada tarea de conocer a los escritores: Diana, David, Laura, Ricardo y Laura Marcela. Todos brillantes y rebosantes de ideas e inquietudes frente al ejercicio creativo. A su vez compartí reflexiones en torno a nuestra tarea con los demás editores: Andrea, Cindy, Natalia Cárdenas y Natalia Escobar. Todas nutrieron mi experiencia desde sus perspectivas y la discusión hizo nuestras sesiones un banquete de sinapsis. Más allá, a pesar de estar en constante intercambio con jóvenes estudiantes de literatura de todo el país, en el fondo palpitaba la meta fría y pragmática de medir reciprocidades con cada uno de los escritores. A pesar de estar rayando en una suerte de psicopatía textual, la culpa era subsanada por la idea de una simbiosis óptima: encontrar

el mejor interlocutor para la edición significaba que ambos nos veríamos igualmente beneficiados.

Finalmente, tras el ansia y la espera, fue posible tener todos los textos ante mis ojos. La respuesta fue fácil, yo quería trabajar con Ricardo Dávila en su cuento. Nuestras conversaciones anteriores habían revelado en él un lector ávido y con recorrido en la escritura creativa. Su texto era la prueba de ello, era bastante redondo y no pedía mayores cambios estructurales. Tenía aspectos por mejorar, como cualquier texto, pero podría decirse que en su estado previo estaba muy cerca de ser publicable. Aún así, había un número de elementos que me motivaban a preguntarle por ciertas decisiones, a reclamarle algunas inconsistencias y a limpiar el lenguaje en ciertos pasajes.

Tuve la fortuna de haber elegido bien; Ricardo probó ser un excelente receptor de mis observaciones, aunque también defendía, como es apropiado, el proyecto narrativo de su cuento. De alguna manera, la pulcritud de su escritura permitió fijarse en las mayores minucias. A veces se sentía como buscarle cinco patas al gato, pero siento que fue un gran entrenamiento para la mirada propia de un editor. Hoy, terminado el proceso, no guardo más que agradecimientos. Gracias a Ricardo por realizar un trabajo tan preciso en el momento de recibir los comentarios de edición; a Marta, por acompañar cada paso del proceso con paciencia y detenimiento admirable; a Alejandra, por llevar a los escritores por camino fructífero, y a todas las personas del British Council que trabajaron — incansablemente, en muchos momentos— para hacer posible una experiencia tan enriquecedora como *Elipsis* en su versión 2017.

elipsis

2017

EL ÚLTIMO TERCIO



Ricardo Dávila

*...Pero nadie querrá mirar tus ojos
porque te habrás muerto para siempre.*

Llanto por Ignacio Sánchez Mejías,
Federico García Lorca

I SESIÓN

“Lidia al toro, Isidoro, no seas comemierda. Acáballo de una vez antes de que acabe contigo. Déjalo cabizbajo, atraviesa a ese león que todo el Coliseo te tiene los ojos clavados y el emperador lleva horas con el pulgar abajo. Eres más grande que Cáceres y Rincón juntos, eres el Valderrama, de la Santamaría, eres El Rolo Sinisterra, *para el que no hay fin en esta tierra*. No puedes tirar la espada, no puedes hacerle pistola a Bogotá en la cara. Simplemente no puedes recular. Todos te están viendo, hasta el toro te está viendo, sobre todo él quiere que acabes con él; sabe el rol que cada criatura tiene en el universo”.

Aunque no son exactas las palabras que les cuento, eso fue lo que pensé en el momento en que el Gran Rolo se acobardó con el último toro de la faena que reabrió la Plaza de Toros la Santamaría, en Bogotá, luego de que estuviera más de cinco años hecha un cuarto de sanalejo. Ya había despachado al primer toro con un estoicismo tal que los hijueputazos de la Carrera Quinta que echaban todos los manifestantes, vegetarianos, punkeros y marihuaneros, eran apenas un

SE QUEDÓ TODO HECHO DE PIEDRA, TODO HECHO DE SAL, TODO HECHO MIERDA.

murmullo ante los gritos de la Plaza: “¡Torero, Torero, Torero!”. Por eso nadie, pero nadie, se esperaba que frenara en seco como si le hubieran puesto delante al mismísimo patas. El hombre se paró frente al toro, como siempre hacía, con su estilo tan particular; mejor dicho, imagínense a Cristiano Ronaldo cuando va a cobrar un tiro libre, así, con las piernas todas abiertas y el ceño fruncido. Entonces tan pronto el animal, marcado con el número 69, alzó la cabeza y lo miró a los ojos, fue como si la Medusa lo hubiera visto. Se quedó todo hecho de piedra, todo hecho de sal, todo hecho mierda. Y empezó a dar pasos hacia atrás, arrastrando los pies como si no quisiera despertarlo, queriendo escapar sin que ninguno de los catorce mil quinientos espectadores lo viera.

Hacerse invisible: él, que medía 1.88 mts; él, que era la estrella, que era el matador más pudiente de América Latina, que había dejado el nombre de Colombia escrito con sangre de ganado en la arena de Las Ventas, de El Monumental, del Acho. Yo no sabía si sacarlo, si mentarle la madre, si rezarle a Nuestra Señora de la Macarena o pedir auxilio. Llevaba más de dieciocho años a su sombra y nunca lo había visto dudar ni siquiera con un plato en una carta o con el traje de luces que se iba a poner...

Nada encajó ese día. Con decirles que yo no me esperaba que semejante público se pusiera así de agresivo como se puso. Habían

pagado, por barato, trescientas lucas por estar sentados ahí y con todo y eso le gritaban bajezas de esas que yo escuchaba en mi barrio o a los comandos azules del Campín. Era gente pudiente, ¿sí me hago entender? “Dediparada”. Pues el dedo que pararon esa tarde fue para hacer pistola. Eso lo abuchearon igualito que los vándalos esos que le gritaron cosas desde la salida de su casa en Rosales hasta por allá en la Macarena, persiguiendo la camioneta y gritando, siempre gritando como si fuera un violador. Le gritaban los de afuera de la plaza por torero y los de adentro de la plaza por mal torero.

Isidoro, que antes hubiera estallado el celular contra el piso solo por un trino en su contra o agarrado a patadas el plasma por una mala nota en el periódico o el noticiero, esta vez seguía ahí parado sin inmutarse, sin respirar. El toro, malherido, cascado, con seis banderillas verdes y naranjas y amarillas colgándole del lomo sangrante, raspaba el piso con las patas, encendiendo fósforos con sus pezuñas, como llamándolo. Lo retaba, le sacaba chispa a la arena como diciéndole malparido en su lengua de toro, pero nada pasaba. Yo le grité. Incluso entré en la arena sin importar la sanción que me dieran, pero había algo entre esos dos que no me dejaba avanzar, entonces volví a gritarle “Se te va a acabar el tiempo, Rolo, nunca dejes que se te acabe, saca la muleta, haz lo tuyo”. De nada sirvió: el tiempo a ese cobarde se le derriñó en un momentico y el presidente sacó el pañuelo verde y todo acabó. Al último toro del último tercio se le devolvió la vida.

Un periodista de El Espectador bautizó al toro como “Lázaro 69”, por lo del cadáver que resucita. No había de otra, ese era el destino de ese toro; la muerte segura, la muerte que le daba vida a la fiesta. Cuando soltaron la yunta de bueyes que rodeó al toro, hubo también toda una yunta de sapos que rodeó al matador. Eso fue un despelote. No solo eran Roca Rey y El Juli, los otros matadores, los que lo buscaban; también había docenas de periodistas, empresarios, policías, borrachos aficionados, mejor dicho, un carnaval, casi tan ordinario y caótico como esas finales de la Liga Águila. Yo logré sacarlo con un grupo de escoltas. Él seguía hecho de sal contra el rincón de la arena, como en estado de shock. Lo sacamos, no en hombros como se esperaba, sino de los hombros, casi arrastrado, como a un loco.

LLEVABA MÁS DE DIECIOCHO AÑOS A SU SOMBRA Y NUNCA LO HABÍA VISTO DUDAR NI SIQUIERA CON UN PLATO EN UNA CARTA O CON EL TRAJE DE LUCES QUE SE IBA A PONER...

Acá la doctora me dijo que les contara la historia de la cicatriz más honda que tuviera en mi vida, y por más que le eché cabeza, nada de lo más grave que me pudo pasar a mí, ni siquiera la muerte de mi mamita o el cornazo en el muslo que me arrancó mi sueño de torear como los grandes, se compara con ese domingo de enero en la Santamaría de Bogotá. Ningún hecho me determina más la vida que lo que hizo El Rolo Sinisterra. Todavía hoy me parece un mal chiste que el torero colombo español más agigantado de todos los rincones se acobardara con el último toro de la corrida más simbólica de su carrera, la faena con la que reabría la plaza que lo vio nacer. “Los ojos del toro, Braulio, tenías que ver los ojos del toro”. Eso fue lo único que le pude sacar tres días después de la corrida. De esa frasecita es que sale lo que les voy a contar en estos días, cómo fue que mi señor pasó de ser un matador a un matón por culpa de los ojos de un toro.

II SESIÓN

Espero que esto que les cuente quede entre nosotros. Hagan de cuenta que ustedes son el cura y yo el pecador, el penitente que está de rodillas con camándula en mano. Pero, eso sí, un cristiano que no llora, que no tiene culpa, que se siente, más allá de la penitencia, un poco orgulloso de sus pecados, con el pecho hinchado de la valentía con la que pecó.

Eso sí, mucho cuidadito con ir a grabar esto con el celular y subirlo a redes o, peor todavía, a mandárselo a alguno de esos periodistas que son unos vampiros. Esos malparidos lo único que quieren es chuparnos la sangre que derramamos nosotros las víctimas, nosotros los que protagonizamos los mal llamados escándalos. Las noticias de prensa roja son rojas por la sangre con la que se escriben. Esto del Rolo se convirtió en el segundo Caso Colmenares, en el Uribe Noguera de la tauromaquia, decían, como si tuviera alguna relación...Armero va y le casca a la mujer, la trasquila por la arrechera, y no pasa nada, ahí vuelve a jugar, que por el sabor, que porque es del pueblo, que porque viene de abajo, y en cambio, como El Rolo es de los Sinisterra, a ese sí no se le perdona ni un pecado.

Perdón doctora, ya sé que tengo que calmarme, pero se me salta cuando pienso en cómo es que la prensa lo empeoró todo, cómo es que hicieron el papel de vecino mezquino, de serpiente luciferina, y terminaron vendiéndolo al Rolo como a un monstruo millonario y desalmado. Por eso lo metieron en ese pucho de crímenes de apellidos mediáticos.

Conozco desde adentro a la familia Sinisterra desde cuando tenía trece añitos. Mi mamá, y la mamá de mi mamá, o sea mi tita, cada una fue en su momento el ama de llaves permanente de la hacienda. Las dos amaban las llaves y por eso podían entrar a todos los cuartos, a todos los secretos: eso me decía mi mamá para mamarme gallo, cuando yo, que mantenía pegado a su delantal, la bombardeaba con preguntas. Me la pasaba con

**MIENTRAS YO
FACTORIZABA Y
CALCABA EL MAPA
DE COLOMBIA EN
PAPEL MANTEQUILLA**

**ÉL PREFERÍA IR A
MONTAR CABALLO
Y PERSEGUIR A
LAS VACAS DE LA
HACIENDA Y JODER
LA VIDA.**

ella porque tuve mucho problema en el Distrital de Kennedy... los chinos me la montaban diciendo que mi mamá era la sirvienta de unos gomelos corruptos, que yo no sé qué, y en una de esas le bajé un diente a uno que se pasó la raya y me echaron como a un chandoso. Mi mamá empezó a llevarme con ella al trabajo todos los días, y ahí fue que comenzó lo mío con Isidoro. Prácticamente fuimos compañeros de curso, porque a él le llevaban el colegio a la casa con todo y profesores, que porque los colegios colombianos eran malcriaderos. Entonces yo, cómo decirlo, pues le gorreaba clase, me hacía en una butaquita cerca y tomaba apuntes. Al principio él era muy arisco y me hacía el feo, y si yo probaba una gaseosa él no tomaba y esas cosas, hasta que empecé a hacerle las tareas al rolito y me lo gané. Mientras yo factorizaba y calcaba el mapa de Colombia en papel mantequilla, él prefería ir a montar caballo y perseguir a las vacas de la hacienda y joder la vida. Así fue siempre, incluso cuando entré al Gimnasio Moderno, que porque estaba sin amigos. En ese entonces yo le hacía las tareas, porque Isidoro, así que se diga pilo para el estudio, no era. Para otras cosas sí, como para el fútbol, las muchachas y los animales. Ahí sí era todo un matador.

En la sala de la hacienda que quedaba en Sopó, colgado en la parte más alta de la pared principal, estaba un retrato del abuelo de Isidoro, de don Josep Sinisterra. Con él empezó todo. El viejito llegó a este páramo de ciudad por allá en los años de la Civil en España. El tipo era de los pocos cónsules republicanos que quedaban y tuvo que volarse un miércoles cualquiera porque ya ni podía tomarse una sopa tranquilo pensando que estuviera envenenada. Todavía en el trasatlántico que venía directo a Latinoamérica no había tomado la decisión de a dónde pasarse a vivir. Tenía la plata para radicarse en cualquier rincón y no tenía esposa ni familia, solo un cocker spaniel lo más de lindo que incluso después de muerto lo disecaron y estaba en dos patas, todo tieso y con los ojos brillantes de vidrio en plena sala, debajo del cuadro de su amo. Entonces como no tenía más raíces que el perro, le dejó la decisión al azar. Y para que vean cómo es la vida, en el barco ese

**ELLAS SE SABÍAN
TODO DE LOS
SINISTERRA COMO
SI ESTUVIERAN
HABLANDO DE
SUS LUNARES, DE
SUS CESÁREAS O
DE LOS CALLOS
EN SUS PIES. Y
YO CREO QUE
HEREDÉ ESOS
LUNARES, PORQUE
TAMBIÉN SIENTO
ESAS HISTORIAS
COMO MÍAS.**

después de perder una fortuna en el casino, fue a la sala del piano y ahí estaba, interpretando una gimnopedía de Erik Satie, una hermosa joven colombiana que esa misma noche se convertiría en su prometida. Se trataba de doña María Susana Carvajal, que andaba en París terminando sexto de bachillerato. Fue entonces como, en vez de ir como todos sus colegas a México o Argentina, don Josep se quedó en la mitad de esos dos, y se exilió con todo y perro y prometida en Cartagena de Indias.

Todo esto que les cuento me lo contaba mi tita o mi mamá, mientras doblaban sábanas, limpiaban la cristalería, o la colección de espadas del estudio, que era la tarea que más le causaba terror a mi madre, porque los filos le recordaban a la forma en que murió mi papá, que cuando estaba de turno en unas torres de energía por allá por los Laches, unas ratas lo apuñalaron a él y a su compañero para entrar y robarse los cables. Entonces mi mamita empezó a delegármela con el tiempo y yo feliz. Ellas se sabían todo de los Sinisterra como si estuvieran hablando de sus lunares, de sus cesáreas o de los callos en sus pies. Y yo creo que heredé esos lunares, porque también siento esas historias como mías.

“Jamones y Quesos Sinisterra” llegó a ser en su momento la mayor productora e importadora de jamones ibéricos y quesos de origen en la región. Isidoro y yo nos la pasábamos tragando todo el día: que el jamón serrano, que el queso manchego, que la paletilla Pata Negra, que el Gran Reserva, mejor dicho, ni para qué los antojo. Se lo echábamos a todo, hasta al cereal...no, yo es por fregar, vea la cara que hace la doctora. Pero la verdad es que a todo rato andábamos con un pedazo de algo en la mano o en la boca, casi que era nuestro chicle. Había patas enormes colgadas en la cocina. Muchas, muchísimas, amarradas del techo como murciélagos gigantes de cabeza. Yo creo que si hubiéramos seguido cebándonos así, iban a terminar sacando un producto exclusivo con nuestra carne. Un embutido premium con el lomo de Isidoro que era todo blanquito, todo alimentado por bellotas. Y en cambio conmigo, que soy color codo, de tez humilde, sí hubieran sacado una línea de pura mortadela. Mejor dicho, la de él la venderían en

EL ROLO Y YO PRÁCTICAMENTE NOS CRIAMOS JUNTOS. COMO DOS NOVILLOS.

Pomona y la mía en el D1. En fin, siempre me desvíó, no me dejen echar globos o, si no, solo hablo yo... Ah sí, el jamón serrano. Bueno, el cuento es que esa hacienda siempre olía a salado, y ese olor nunca nadie me lo va a quitar. Llegó un punto en que hasta el saladito de mi sudor y mis lágrimas solo me recordaba esas tardes en la hacienda de los Sinisterra.

El Rolo y yo prácticamente nos criamos juntos. Como dos novillos. Como no estaba su hermano mayor, con lo de las tareas y los animales nos arrimamos mucho el uno al otro y éramos como dos criadillas inseparables. Don Josep, que cambió la política por las vacas y se convirtió en un ganadero especializado, nos llevaba todos los días a conocer pedazos de la finca que eran fanegadas y fanegadas de tierra, y nos ponía a alimentar a las bestias. Incluso una vez ayudamos a dar a luz a un novillo, e Isidoro le puso Chalo, en honor a Gonzalo, su hermano.

Una tarde, después de que Isidoro llegara del colegio con unos compañeros, fuimos en patota a ver que a Chalo le habían salido un par de cachos espectaculares, como dos dagas de las que colgaban en el estudio del papá. Yo no me la llevaba bien con los chinos de allá de Patiobonito, mi barrio en el sur, porque si les hablaba de Satie o de un jamón serrano no iban a entender y me la montaban, pero tampoco me la llevaba con los amigos gomelos de Isidoro que no tenían ni idea de qué era tinturar un pantalón

LA PEQUEÑA BESTIA CORRÍA, TORPE PERO BRAVA, SIEMPRE FURIOSA, ENCABRONADA DE LA MONTADERA, Y TODOS CORRÍAMOS COMO MARRANOS A TODO LADO, A TREPARNOS A LA CERCA, AL SÁLVESEQUIENPUEDA.

en una olla exprés o coger una buseta y pagar 2 x 1. Yo solo la iba con Isidoro, solo le hablaba a él, hasta para hablarle a los otros. Y así supimos llevárnosla todos, sin llevárnosla. Fue entonces cuando entre todos empezamos a molestar al toro con una bandera roja que llevaba el logo de la empresa familiar y un trapo de la cocina con el mismo estampado. Esa maña del trapo nunca se le quitó al Rolo. Le gustaba porque tenía su apellido y era como si fuéramos una escudería o algo así. La pequeña bestia corría, torpe pero

brava, siempre furiosa, encabronada de la montadera, y todos corríamos como marranos a todo lado, a treparnos a la cerca, al sálvesequienpueda. Y ese era el juego casi siempre, incluso ya de grandes, siempre lo mismo: un voluntario distraía, y otro le jalaba el rabo al Chalo y corra a devolverse con vida hasta la verja, que era como le decía don Josep.

Con los años seguíamos con la costumbre de ir a donde Chalo, que ya estaba hecho todo un novillo, con manchas cafés y blancas, fuerte y cabrón como él solo... Nosotros seguíamos jugando a nuestro San Fermín criollo. Pero eso sí, el único que no corría cagado del susto era Isidoro. Él solo se corría a un ladito, pero no corría. Yo creo que era Chalo el que le tenía miedo a él. Por eso lo de la Santamaría era algo más que el miedo a ser embestido, porque él solo les tenía miedo a los números. Y, que recuerde que me haya contado, la única vez que tuvo miedo fue una noche en que se iba a comer a la profesora de inglés del colegio y no tuvo con qué responderle. Ahí sí fue al revés, mató la tigresa y se asustó con el cuero. Claro que Isidoro qué se iba a quedar con esa, ya graduados la volvió a buscar y no sé si le pagaría o qué, porque ella después del chasco ni lo saludaba, pero fueron y se desquitaron en la finca de Anapoima: allá montó en la mesa a la yegua todo el fin de semana. Qué envidia tuve de la profesora, pero bueno, ahí sí como dicen, los toros dan las cornadas y Dios se encarga de repartirlas.

Por los gestos que me hacen, entiendo que ya se me pasó el tiempo de hoy, seguro fui bocón otra vez, pero déjenme un detalle que se me volaba y que es realmente la pieza clave en todo este mierdero. Nuestra rutina era perfecta, era una vida soñada, teníamos los lujos de Bogotá: cine, restaurantes, rumba y al mismo tiempo el sosiego, el airecito puro del campo en Sopó, de la enorme hacienda llena de animales y comida. Todo un idilio, hasta que llegó de España, una tarde y sin avisar, Gonzalo Sinisterra. Cuando llegó, nuestro San Fermín se acabó, y las criadillas que éramos, el par de huevas que iban para arriba y para abajo, fueron castradas de un solo tajo por el Chalo de dos patas.

III SESIÓN

Doctora, no se asuste, soy yo, Braulio. No, no vaya a detenerse, siga con sus maromas y sin llamar a nadie, se lo suplico. Yo sé que estas no son horas ni tampoco el lugar, pero yo he visto que la doctora se levanta en la pura madrugada a hacer su yoga y pensé que era la oportunidad perfecta. Qué bueno que no le faltaba mucho, espero no haberla molestado. No, que yo sepa ninguno de los muchachos me vio. Claro, cómo no voy a estar bien, yo estoy bien, veáme el empaque, desde que estoy aquí me veo como un lulo, pero usted sabe que esto que tengo es más de adentro, más de la pulpa que de la cáscara... Yo vine así con cara de urgente porque esas pesadillas siguen de inquilinas en mi cuarto. Otra vez esos cachos que me pesan y me voy a levantar y son como dos bloques de hormigón en la frente, y cuando me paro por fin, después de muchos intentos, vuelve y me gana el peso y se me quedan clavados en el colchón y empieza a salirme sangre de la frente cual Cristo con espinas y empieza una migraña de otro mundo, doctora...mejor dicho, usted ya sabe el cuento, es el mismo de siempre. Tengo el sueño intranquilo, doctora, casi como el Gregorio antes de ser cucaracha. Por eso es que mientras sigo así sin transformarme, necesito acabar mi confesión... Ya sé que a mí me toca en la tarde, doctora, pero créame que yo no les puedo contar lo que sigue a todo ese poco de locos, y si me callo, si me lo salto, usted no va a entender nada de lo que pasó con Isidoro en la Santamaría. La abordo en el jardín a estas horas para contárselo a usted, para que usted me salve, solo escuchándome, no tiene que hacer nada más, puede seguir en sudadera si quiere.

Esto que viene es delicado... no doctora, de verdad que es delicado: yo sé que siempre digo eso, pero no es para llamar la atención, usted sería la primera en saberlo. Nadie sabe que yo sé. Ni siquiera yo sabía que sabía, me hice el huevón con lo que pasó, porque siempre supe guardar los secretos de Isidoro. Añejarlos en mi corazón hasta fermentarlos como guarapo y emborracharme yo solito con

QUIÉN QUITA, CAPAZ QUE ALGÚN DÍA VUELVO A CONCILIAR EL SUEÑO.

la información, tragármelos hasta que se desaparecieran entre mis venas y los olvidara para siempre, como hacían mi mamá y mi tita.

Bueno, pues este espacio que ustedes me dieron es el momento de botar esa retención de líquidos... Qué le iba a contar a la policía, esos tipos lo único que quieren cada que asoman las narices es sacar una "tajada" del gran jamón Sinisterra. Y yo estaría con los tombos en vez de estar acá con usted... Eso es verdad, yo no creía en estas cosas de hablar para cicatrizar, me parecían como chistosas siempre que las veía en las películas o en los libros del Coelho, pero desde que estoy hablándole a usted, que no me juzga, que tiene esos ojos tan brillantes y atentos, me siento menos bicho y cada vez sufro menos en las noches. Quién quita, capaz que algún día vuelvo a conciliar el sueño.

"Lléveme las maletas a mi cuarto". Eso fue lo primero que me dijo el Chalo de dos patas cuando me vio. Isidoro dijo que ya mandaba a otra persona, y este señor, que medía dos metros con seis centímetros, que era la versión con esteroides de su hermanito pequeño, pero con los ojos más verdes, más de serpiente, solo respondió: "¿Y este quién coño es?".

Chalo era piloto, igual que su papá, pero él manejaba helicópteros y esto es importante para la historia. En la casona de Sopó, de casi dos hectáreas, durante años prácticamente solo mantenía el abuelito don Josep, porque Consuelo, la mamá de Isidoro, se la pasaba entre el Nogal y la iglesia y, su esposo Joaquín, el papá de los muchachos, era jefe de una aerolínea especializada en importar y exportar

ESE SILENCIO FUE ETERNO, CASI TAN ETERNO Y PEGAJOSO COMO EL DE LA SANTAMARÍA CUANDO EL ROLO EMPEZÓ A ECHAR PARA ATRÁS Y A ESCAPÁRSELE AL LÁZARO ESE.

productos y correspondencia, entonces el señor se la pasaba de viaje en viaje y de puerto en puerto. Mejor dicho, nunca hubo nadie y así fue siempre, con decirle que cuando nos dio una varicela la hijue-madre, eso parecíamos una mazorca, fue mi mamá la que nos limpió las pústulas y nos bañó en avena. Nadie más se acercó al altillo en el que nos tenían recluidos. Al Rolo lo criaron un par de tarjetas de crédito negras, que las hicieron tan negras porque nunca se acababan, eran como el mar que nunca tiene fondos insuficientes.

En fin, doctora, ahí sí como dicen, los roles entre el Rolo y yo eran cada vez más grises; unas veces yo era claramente un trabajador, un sirviente, un escolta, y otras muchas era su pareja, su criadilla, su hermano, e incluso “su acudiente” en el colegio, el que iba a ver las

presentaciones de Navidad. Por eso es que cuando Chalo preguntó quién coño era yo, tanto a él como a este pecho nos quedó muy berraco responderle. Ninguno lo tenía claro. Ese silencio fue eterno, casi tan eterno y pegajoso como el de la Santamaría cuando el Rolo empezó a echar para atrás y a escapársele al Lázaro ese. “Es mi mozo, mi mozo de espadas. Hace rato que no nos vemos, Chalito, ahora soy torero, huevón, el torero más hijoputa de este tierrero. Todavía no han dado la alternativa, pero ya vas a ver”, por fin respondió Isidoro. Me sé esa frase de memoria, la tengo grabada como una canción a la que le cambio el orden como se me da la gana. Es una ranchera lírica que nunca para de sonar, yo era su *mozo*, el mozo del matador.

El tipo no tomó nada bien que su hermano menor no hubiera seguido con alguna de las empresas familiares por convertirse en un *carnicero vestido de marica*, que era lo que siempre le decía cuando tocaban el tema. Así que a todos nos tocó dejar de ser nosotros mismos mientras el Chalo de dos patas pasaba las vacaciones de verano en la casa. Claro que eso es un decir, porque era muy poquito lo que mantenían en la casa. Se la pasaban jinchos de la perra y de la traba y de la vuelta, fuera en donde fuera. En el tiempo en el que estuvo ahí, el Rolo no volvió a determinarme ni a ser querido con nadie, era otro muchacho. Yo me la pasaba ayudando a mi mamá con la limpieza y encerrado en el estudio puliendo las espadas y luego me guardaba en el potrerón de biblioteca de don Josep, que era como otra casa, tenía hasta escaleras y filas de libros y libros como ladrillos infinitos.

Chalo dominaba a Isidoro. Lo domaba, más bien, como a un potrero. Con decirle que en una de sus famosas aventuras hicieron que a Ramiro, mi primo, que era el conductor que les tenían solo para ellos, también lo echaran como a un chandoso porque los señores le embutieron trago una noche de esas y terminaron estampillando el Mercedes contra un poste en la Boyacá. Ya echado, el Ramiro, de pura venganza, le contó a doña Consuelo que en más de una ocasión había llevado a sus hijos de “safari” por el Bronx y de “cuquitour” por el Santafé, pero a ella le dio fue más rabia con él por alcahueta y lo sacó volando de la hacienda. A ellos solo les dijo que no fueran lobos, que eso que estaban haciendo era de quinta y estaba toda histórica

pensando en que alguien los hubiera visto. Fue en esa época cuando don Josep me puso como conductor de los muchachos, ya cuando no me quedaba libro con cabeza ni espada sin pulir.

El tal verano pasó y el Chalo de dos patas decidió quedarse una temporada más para la desgracia de todos. Yo conducía a donde me dijeran, unas veces entraba con ellos y otras me quedaba de centinela. Isidoro había dejado todo por su hermano: a su novia de turno, al toreo y a mí. El único que iba a ver al Chalo de cuatro patas era yo. Él estaba hecho un semental, era rígido y hermoso como él solo. Yo le jalaba el rabo y corría, pero la bestia esa se quedaba quieta, solo bufaba. Sin Isidoro no era divertido, ni para a él ni para mí. Ya ni jamón quería probar, casi me vuelvo vegetariano como esos marihuaneros de afuera de la Plaza. Ya solo usaba las patas pero para pegarles, las cogía así colgadas como estaban, como los sacos del boxeo... uno dos, uno dos, uno dos y veía los ojos de Chalo entre la carne roja, y uno dos, uno dos...

De sardinos, nunca tuvimos mucho contacto con Chalo. Solo algunas vacaciones que empataban. Pero siempre que llegaba, el ambiente en la casa se trasformaba. Mi tita se ponía tensa y mucho más servil que de costumbre. Cómo no, con un mastodonte de esos, malacaroso, y que inevitablemente, por sus dos metros de envergadura, lo miraba a uno siempre por encima del hombro.

La cosa es que cuando estaban entre ellos competían por todo, y nunca nadie lo dijo, pero esa era la razón por la que no podían vivir juntos. Ninguno soportaba perder y sin embargo todo era una apuesta y altísima. Apostaban por quién se levantaba a tal pelada, quién eructaba más tiempo, quién domaba a los caballos briosos, quién ganaba más en el casino, quién ganaba en Fifa, quién nadaba más rápido, quién soportaba más picante, quién picaba más el carro... Y yo, siempre al margen, por allá en el sur, escondido en mi casa esperando a que Chalo se largara para volver a respirar tranquilo.

El hecho es que el tipo consiguió que el papá le soltara uno de los helicópteros de la flota de la aerolínea familiar, y como si fuera un abejorro gigante se iba volando con su hermano o con cualquier prepago por los cielos de Bogotá, entre los Cerros Orientales,

mirando por encima de los hombros de Dios a todo el mundo desde su altar metálico. Ahora que lo pienso, doc, yo creo que Chalo era así de picado por la costumbre de ver a todo el mundo desde arriba. Eso que uno ve a la gente como hormiguitas cuando está en el avión, ¿sí ha visto? Pues a ese hijueputa le seguía la maña de ver a la gente así de diminuta después de bajarse. Con decirle que nunca, ni una sola vez, me dejó subirme. De Dios será, porque por eso le pasó lo que le pasó.

En una de esas, un miércoles cualquiera, cuando ya las vacaciones habían terminado, al tipo le dio por llevarse a su hermano en helicóptero hasta Mesa de Yeguas en Anapoima, y por primera vez doña Consuelo le dijo que no. No le dio permiso porque le parecía lobo, no por nada más. El caso es que los hermanitos Sinisterra estaban tan borrachos que don Josep me puso a mí a llevármelos, para que de paso le hiciera un mandado por allá.

Ya en la carretera, Chalo se puso a decirle a Isidoro que estaba mamado de tirar con gomelas insípidas y de pagar putas, que él no era ningún narco gordinflón para andar en esas, que tenía una idea con la que de verdad la iban a pasar bueno y gratis. Paramos a que vomitara en plena carretera y le pregunté si nos devolvíamos y, en vez de responderme, le dijo a Isidoro que le dijera a su mozo que donde lo volviera a interrumpir, me hacía echar como a Ramiro. "No, gracias Braulio, no vaya a parar", dijo el Rolito. Chalo siguió con la historia, diciéndole que si se acordaba de Jeny, la cajera de la panadería en el pueblo. Que él le prometió que se la iba a comer, y que esa tarde iba a pasar. Isidoro se rio estruendosamente diciéndole que pura mierda, que esa no era prepago, que esa era una niña bien, y que no pasaba de los dieciséis años, que ni por el putas iba a copiar. Ellos siempre estuvieron morboseando a la hija del panadero en Anapoima, que imagínese la usted, doctora, era una sardina ojizarca con el cabello largo, largo y negro hasta más abajo de los bolsillos inexistentes de sus yines y cómo será lo primorosa que podía vérsela la figura y el busto debajo del disfraz de panadera. Los hermanitos Sinisterra sabían dónde vivía y todo, y si andaban por el pueblo siempre iban a molestarla, pero el papá de

AHORA QUE LO PIENSO, DOC, YO CREO QUE CHALO ERA ASÍ DE PICADO POR LA COSTUMBRE DE VER A TODO EL MUNDO DESDE ARRIBA

la niña a todo rato estaba por ahí, echándole ojo como rottweiler y no pasaba nada. Eso sí, siempre le dejaban propinas extravagantes y sin sentido: de a veinte y cincuenta mil pesos por la compra de unos chicles o por usar la candela. Le decían “quédate con las vueltas, te la ganaste por esos ojos”, y se subían a la camioneta. Pero nunca pasó nada más allá del juego y la joda, solo se divertían coqueteándole a la adolescente pueblerina. Hasta esa tarde en la que el papá y su ojo no estuvieron por ahí para salvarla.

Chalo sacó de la maleta un frasco de Yumbina, que me imagino que la doctora sabrá qué es... exacto, y no es mito, yo lo vi con mis propios ojos, doctora. Gonzalo cogió a su hermano de la cabeza con euforia, como si hubiese metido gol la selección, y le dijo: “El abuelo me llevó el otro día a echárselo a Juana, la vaca que estaba toda tiesa y no se dejaba montar, huevón. Con un poquitico de esto se puso como loca y ese toro hijo de puta aprovechó y le ha castigado la loquera”. Le dijo con su acento de gomelo rolo con españoleta de

arrabal que con unas goticas de eso en el trago, Jeny la panadera iba a convertirse en Juana, la vaca loca en celo, y él en el Chalo de cuatro patas, haciéndole honor a su nombre. Isidoro solo se rio y su hermano me hizo subir el volumen de la radio hasta la última rayita.

Nos rindió mucho. Salimos de Sopó a las once y cuarto y eran apenas las dos y media. Llegamos al pueblo en la camioneta con *reggaeton* a todo taco, y el *chispum* me estallaba en los oídos y las tripas. La letra de la canción era muy parecida a los planes de Gonzalo.

Isidoro le dijo que le bajara el volumen, que no fuera guiso. Le bajé sin que Gonzalo autorizara y no dijo nada. Paramos en el pueblo a almorzar y Chalo le dijo a su hermano que comiera rápido porque Jeny ya iba a salir del colegio y si llegaba a la panadería no iban a poder hacer nada. Que él ya lo tenía planeado y era el único momento que tenían. Llegaron a la salida del colegio y la encontraron en jardinera y cola de caballo, comiendo cholado con otras dos amigas. Yo estaba parqueado en la camioneta, esperándolos calladito. Nunca supe bien qué les dijeron, pero minutos después Jeny se subió emocionada a la camioneta junto a otra amiga, con el pelo igual de largo que ella pero mucho más morena, así como yo. Debió ser algo con el modelaje o alguna maricada de una película, porque Chalo les decía que ellas iban a estar en el video si veía que tenían química con su amigo, que era el torero y el protagonista. Usted viera los ojos con los que miraban esas niñas al Rolo. Lo miraban como si fuera Maluma y esta su oportunidad de ser estrellas. En especial Jeny, con sus ojazos aguamarina, todos brillantes como de vidrio.

En el camino, la morenita, que estaba más cerca de Chalo, se bajó y salió corriendo. Le dijo a Jeny que se veían después, que ella mejor no aparecía en ningún video porque su mamá le pegaba. Yo pensé que el animal ese la iba a jalar o algo, pero la dejó libre, como si eso fuera parte del plan. Me hizo poner otra vez el *reggaeton* hasta la última rayita, destaparon una champaña que casi revienta el polarizado, y por fin llegamos a la finca.

No voy a entrar en detalles dignos de portada de El Espacio, ya sabe usted cuánto odio a esos chupacabras que se alimentan de la sangre de la gente. Igual, todo lo que pude ver fue subido desde

un chirimoyo, como un chino chiquito. Fue Gonzalo el que no me dejó pasar, y mientras ellos hacían sus vainas, me quedé tomando con don Rosendo, el señor que mantenía todo en regla en la casa de allá. Yo me sentía despechado por Isidoro y bebimos y bebimos para quitarme ese mal. Estuvimos en esas hasta que Rosendo se fue y la curiosidad me hizo treparme al árbol.

Yo, como dicen por ahí, quisiera no haber visto de esos hombres, la primera vez que subí al árbol, nada más que las manos; así fue al principio, entre el espacio de las cortinas, eran solo pedazos de carne lo que podía ver. Escuchaba gemidos, chillidos de placer y mucha euforia. Pero luego, en la madrugada, sí pude ver más que suficiente. Yo no daba de los celos y me bajé del chirimoyo y me acerqué lo más que pude por entre las matas y los arbustos del jardín, intentando ver un poco más, intentando encontrar al cuerpo del Rolo y no al Chalo montando a Jeny...

Pude ver por fin, después de que se movieron a la sala, durante unos segunditos nada más, los dos cuerpos de los hermanos Sinisterra, pegados a la panaderita, como si la niña fuera un enchufe, cada uno de un lado... El tiempo pasaba y pasaba y la cosa no terminaba. Los celos se me convirtieron en lástima y me dio pecado del cuerpito de la niña... Usted no sabe cómo se ponían las yeguas de 300 kilos con unas gotas de esa vaina, imagínese qué le iba a pasar a una flacuchenta de 40 no más. Y para más veras, además del whisky, esos bárbaros habían bajado la sed con latas de Red Bull, que por supuesto, Jeny también había tomado. Que le estallara o no el corazón a esa niña era cuestión de lotería.

La cosa se alargó hasta el amanecer. Yo, que no pegué el ojo en toda la noche, por fin con la luz del sol tuve el valor de entrar a esa casa. Usted no se imagina lo que vieron mis ojos, eso parecía el matadero de la finca de Sopó mezclado con una discoteca. Isidoro estaba empelotas, solo tenía puesta la casaca amarilla del traje de luces. No era como me lo imaginaba. Estaba en un rincón acurrucado, como cuando era un niño y se escondía del abuelo para que no lo castigara por haber hecho alguna maldad. A unos metros estaba Jeny, en el sofá, como Dios la tiró al mundo, empelotas

QUE LE ESTALLARA O NO EL CORAZÓN A ESA NIÑA ERA CUESTIÓN DE LOTERÍA.

y sucia, como recién parida. Bañada en sangre, con su pelo negro suelto que le cubría, al menos por ese momento, el busto y parte de la carita. Pero con todo y pelo podían vérselo esos ojos zarcos de vidrio, completamente abiertos, con la mirada fija en el ventilador que estaba en la velocidad mínima, como en cámara lenta. Cerca de ella había toda clase de objetos y vainas de la vida cotidiana, usados quién sabe para qué porquerías, porque estaban lavados en sangre y fluidos... había de todo, doctora, botellas, cepillos y hasta un palo de la escoba roto. Era una pura escena de película diabólica. Cuando me le iba a acercar, a ver si la podía salvar, Gonzalo me cogió del cuello de la camisa y prácticamente me alzó y me dijo que le diera las llaves de la camioneta que iba a devolver a Jeny a la casa. Yo le dije que cómo la iba a llevar a la casa, que tenía que llevarla al médico y me agarró del pescuezo, diciéndome que me llevara a Isidoro a la casa, y que donde llegara a decir una palabra de lo que vi, le echaba las mismas goticas a mi mamá y a mi sobrina en la sopa. Nos devolvimos en el taxi más callado y caro de mi vida.

En Bogotá, Isidoro no dijo palabra alguna sino hasta siete semanas después de que llegamos de Anapoima. Ante el bombardeo de preguntas sobre dónde estaba la camioneta, sobre el silencio de Isidoro o el paradero de Gonzalo, lo único que pude responderle a doña Consuelo y a don Josep fue que el joven Sinisterra se había volado con una jovencita muy hermosa, sin decir para dónde.

IV SESIÓN

Buenas, señores, señoritas... doctora. Perdón la demora, increíble uno de colombiano llega tarde hasta a su propio entierro. Con decirlas que yo estaba para marzo y nací en mayo ¿Cómo será lo impuntual? Pero les digo la verdad, lo que pasa es que esta mañana, por primera vez en mucho tiempo, pude reconciliarme con el sueño. Dormí toda la mañana como un pachá y, que recuerde, no soñé nada, soñé negro y esa fue la mejor parte. ¿Después de Dora me toca a mí? Listo, gracias, doctora.

Después de lo que pasó en Anapoima con Gonzalo... ¿Cómo no? Ya les conté, lo que pasa es que muchos de ustedes tienen memoria de gallina... Nada, que el hermano del Rolo se voló con una jovencita muy hermosa ojizarca que se puso muy malita en su luna de miel y él se la llevó y nunca dijo para dónde. Y, pues como les conté qué día, El Rolo se puso muy achicopalado cuando el hermano se fue y se casó así tan de repente y decidió dejar de hablar, sabrá Dios si es porque también le gustaba la sardina ojizarca y se quedó doblemente despedido por su hermano y su “cuñada”...

El tiempo en el que el Rolo estuvo mudo yo sufría más que en los días en los que estaba con Gonzalo. Su silencio me volvía mierda. Llegaba a la casa y se iba directo a donde estuvieran los animales y se encerraba en los corrales o en las pesebreras y ahí se ponía a fumar durante horas. A la séptima semana por fin habló, el mismo día en que don Joaquín llegó de improviso por una reunión extraordinaria de la familia. Todos estaban en la sala: Don Josep, Consuelo, mi mamá, mi tita, los cocineros y los tíos y amigos más cercanos a los Sinisterra. No habían terminado de acomodarse y dejar los abrigos, cuando don Joaquín anunció que Gonzalo, su hijo, había muerto la noche anterior. Agregó, después de un largo e incómodo silencio, que nos pedía total reserva con el tema, que cuando la prensa preguntara no diéramos información ni de Gonzalo ni de la familia. El hombre se había estrellado en su propio helicóptero contra una cadena montañosa en Medellín. “¿Apareció solo?”, esa

fue la frasecita con la que mi Rolo rompió su silencio y el silencio general de ese potrero de sala.

Nadie entendió la pregunta, solo yo. Dijeron que al parecer se había quedado dormido porque estaba volando de noche, pero para mí que se dejó caer. Ese tipo nunca dormía. Para mí que cerró los ojos y los apretó hasta sentir la montaña encima. Nadie dijo nada que no fuera de tipo logístico, pero lo que sí se sintió, casi como un ventarrón, fue la cadena de suspiros que cada invitado iba botando de a poquitos. Suspiros por cualquier rincón de la casa por el que uno pasaba. Eso sí... si les digo la verdad, eso eran puros resoplidos, no de enamorado que pierde el amor de su vida en un tren, o de exiliado que extraña su tierra, o de madre sin hijo... esos resoplidos eran de puro alivio, como cuando uno suelta una carga al piso o le cuentan que lo peor ya pasó.

Unos días después de la misa, Isidoro me preguntó si todavía me gustaban los toros. Yo le respondí que los toros eran mi vida, que él sabía que yo también quería ser torero o banderillero o picador o mozo o lo que fuera. Don Josep, con la ausencia de Gonzalo, volcó todavía más su atención hacia el nieto que le quedaba y construyó una plaza en la finca, todavía más grande que la de Sogamoso. Toda entera solo para él. Muchos toreros de gran talla iban a recibirlo y lo preparaban con todas las de la ley para que recibiera la alternativa en Bogotá. Fue ahí, entrenando con esa gente, que me corneó un toro en pleno muslo y me dejó tan cojo como el Cuentahuesos. Pero bueno, eso es lo de menos, esa cicatriz es la que menos vale en todo esto. Lo que importa es que ese mismo día en el que me preguntó eso, fuimos a ver al Chalo de cuatro patas, nuestro viejo amigo, con el que empezó este sueño.

Ahí estaba esa bestia café con blanco cuando llegamos. Preparé a Isidoro como si fuera para una corrida oficial; lo amortajé, le puse un gel en los músculos y otro en el cabello peinado hacia atrás, le vestí la casaca y el chaleco verde con bordados dorados traído de Córdoba y, por supuesto, le ajusté la taleguilla bien apretada a la entrepierna. El gran Rolo entró solo a torear a Chalo, conmigo como su único espectador. Le pasé las espadas e hice como

público enardecido de emoción. Chiflaba, gritaba “¡Ole!” a cada pase que El Rolo hacía, y al mismo tiempo actuaba de jurado y de presidente. Nos seguimos la cuerda como cuando éramos unas criadillas y cuando me pidió permiso para acabar con la vida del toro, yo se lo di, sin saber que lo iba a hacer de verdad, que iba a masacrar al Chalo de cuatro patas y a rajarlo como si fuera un pedazo de jamón serrano, que lo iba a atravesar por entre las paletas como si fuera media tonelada de mantequilla. El toro cayó desplomado, e Isidoro, ya lejos del juego y el teatro que habíamos armado, siguió apuñalando al animal, una y otra vez, y una y otra vez y dele, hasta que era imposible armar la figura y distinguir cuál parte del cuerpo era. Las manchas del traje cordobés nunca salieron.

Solo hablando con ustedes es que se me han venido esas imágenes a la cabeza. Me doy de cuenta ahorita que supe hacerme el marica todo este tiempo. Tanto que, por ejemplo, cuando estaba acompañándolo en el hotel después de todo lo que pasó en la Santamaría, yo no podía creer que el mismo artista de la arena fuera ese bicho raro, mudo y cobarde que fumaba sin parar, echado en la cama, con la casaca de luces todavía puesta y en calzoncillos, sin ningún ritual ni respeto con el vestuario ni con nada.

Con la muerte de Don Josep, la pelea por la herencia entre los socios, los tíos y la propia mamá fue tan brava que Isidoro decidió instalarse en España definitivamente y cortó relaciones con doña Consuelo, y nunca volvimos a pisar el mismo lugar que ella. Yo extrañaba la hacienda porque allá podíamos distraernos más, allá podíamos ir a la plaza que había construido el abuelo, y allá capaz que veíamos si el Rolo volvía a ser el mismo, allá estoy seguro que se le salía cualquier fantasma que se le hubiera metido por la nariz...No sé, yo pensaba todo eso y se lo decía. Pero él no me respondía, o si me respondía me decía que si había visto los ojos del toro, que estaba seguro que yo también los había visto, que Lázaro era el único toro que no tenía los ojos negros. Yo le respondía que ningún toro tenía los ojos claros, que eso fue por algún rayo del sol. Pero él siguió con eso, todavía en el avión de regreso a Madrid. Cuando llegamos, nos enteramos que las cosas en Bogotá estaban muy calientes y que había estallado esa

**LE CITABAN
FRASES CÉLEBRES
DE LIBROS DE
HEMINGWAY, Y ME
ACUERDO DE UNA
QUE DECÍA ALGO
ASÍ COMO QUE
TODOS TIENEN
MIEDO, PERO
QUE EL OFICIO
DEL TORERO
ES DOMINAR
ESE MIEDO, O SI
NO CUALQUIER
EMBOLADOR
DE ESPAÑA
SERÍA TORERO.**

misma mañana un petardo en plena Carrera Quinta a unos metros de la plaza de mercado de la Macarena y de la Santamaría.

En España el escándalo era todavía peor que en Colombia. El Rolo era el único colombiano relevante de los últimos años después de Rincón. Ellos fueron los primeros en llamarlo Rolo. Allá había sido todavía más condenable la cobardía del matador. Le citaban frases célebres de libros de Hemingway, y me acuerdo de una que decía algo así como que todos tienen miedo, pero que el oficio del torero es dominar ese miedo, o si no cualquier embolador de España sería torero. En la única entrevista que concedió a TVE llegaron a preguntarle que si había sido por la violencia del país la razón por la cual había reculado y él negó con la cabeza, en silencio, por largos segundos en plena hora estelar, hasta que por fin dijo, sin mirar ni al presentador ni a la cámara, que solo fue por los ojos del toro, que tenían que haberlos visto.

Así siguió hasta que el miedo se le convirtió en odio gracias a un correo electrónico que le envió Octavio, un amigo de la familia que tenía una finca ganadera. El tipo le dijo que en una de las parcelas seguía con vida el tal 69. A los toros los matan, por más que se les haya devuelto la vida, a menos de que sean indultados y pasen a ser sementales. Es decir, sí, Isidoro perdió, pero Lázaro tampoco ganó, pues no hubo faena. Octavio le decía con un tono de indignación que igual los ganaderos decidieron curarlo, en contra de toda la junta directiva, con el argumento de que si bien no hubo corrida para probar su bravura, con todo y eso, el Lázaro 69 acobardó a la leyenda, al Rolo, solo con la mirada.

Adjunto al correo venía un enlace del periódico que tenía como encabezado “Cazador Cazado” con un reportaje que narraba todos los detalles de la “antifaena” de la Santamaría. Con esa noticia supo El Rolo Sinisterra que no iba a poder estar tranquilo en ningún lugar de la tierra mientras Lázaro 69 siguiera vivo. Mientras esos ojos suyos siguieran mirando. Compró dos tiquetes y tres días después viajamos en vuelo directo hacia Bogotá para lidiar con el toro de nuevo, donde fuera. Había pasado un mes después desde la corrida en la Santamaría.

V SESIÓN

Voy al grano, señores. Llegamos a Bogotá con Isidoro, más escondidos que pulga en gozque y “en la trampa” como decían en Patiobonito. Y es que acá la cosa estaba muy brava, por un lado el escándalo estaba todavía muy fresquito y el Isidoro seguía en boca de todos y convertido en símbolo de los marihuaneros antitaurinos. Y por el otro lado, pues eso de partir el país en dos ya estaba cobrando la cuenta. Todo era una división: ricos-pobres, paz-guerra, conservadores-másconservadores, paisas-rolos, taurinos-antitaurinos, maricas-machos, católicos-ateos, Norte-Sur, Privado-Distrital, Carro-Bicicleta, Millos-Nacional... Todo ese poco de maricadas estallaron y en esos días no había calle en la que no hubiera manifestación: en una esquina un grupo de señoras y cuchos en contra de los gays, y en la siguiente calle puras banderitas de todos los colores como respuesta. Por eso, ya el solo hecho de estar por estos lados era un mierdero. Igual, el Rolo, como siempre, estaba obsesionado con sus vainas y yo ahí, detrás de él, siendo su luz y su sombra.

Tuvimos que quedarnos en la casa de mi primo, de Ramiro, el exconductor, allá en el sur, por Santa Isabel. El tipo en el fondo odiaba a Chalo y no al Rolo, como todos en la casa, y pues por la plata baila el perro. Ese fue nuestro centro de operaciones. Nos dimos cuenta por Octavio y otras averiguaciones que no era exactamente en Mondoñedo, en La Holanda, donde tenían al Lázaro, sino que había sido otro ganadero el que lo había comprado en la reventa. Un man que trabajó para ellos y había montado su propia ganadería de lidia en un lote por ahí cerca, por eso guardaba como un santo grial a esa bestia. Era su mina de oro, su mina de t-oro... ¿Sí pillaron el juego de palabras? No, un chistecito nada más, como para quitarle un poco de seriedad a esta tragedia de mi vida. Bueno, el cuento es que con Octavio, que nos dio la ubicación exacta del corral, y con Ramiro, que se las sabía todas, armamos un plan para caerle al man por detrás del lote. Y por fin,

cuando ya supimos cómo caerle, surgió entre todos una pregunta, que por alguna razón, después de varios días de trabajo y planeación ninguno había hecho a Isidoro: “¿Y después de que tenga el toro en frente qué sigue?”.

Y fue ahí cuando el Rolo se replanteó y desbarató toda la estrategia anterior de entrarle con camionetas por los lados. Cambió la camioneta por un camión, y a los tres hombres que éramos dijo que teníamos que agregarle unos sicarios, o alguien bien agalludo que pudiera controlar al llanero y los otros mayores por hartó tiempo. Yo le pregunté: “¿Para qué quieres camión y sicario? ¿Es que además de torearlo y matarlo, también quieres robártelo y llevártelo para al apartamento, o qué?”; todos soltaron una carcajada y empezaron a mamar gallo con que se iban a casar y que Isidoro, con lo perro que era, le iba a poner los cuernos todavía más grandes y etcétera, hasta que el silencio de Isidoro y su mirada todavía fija en las fotos de la finca y los planos desenrollados en la mesa, nos contagió a todos y nos callamos de repente. Nos dimos cuenta de que eso era justo lo que quería Isidoro: secuestrar al toro.

Nos reunimos en la Primera de Mayo, en una whiskería por Cuadra Picha con unos tipos recomendados por un amigo de Ramiro. Una de las ratas se echó para atrás y se fue furioso que porque él no iba participar en “hacerle la vuelta a un toro inocente”, que él no le jalaba a esas vainas. Todos nos descuajamos de la risa y, con los otros dos en el barco, apenas terminamos de planearlo todo y de repartir las cargas y las platas. Celebramos con albercadas de whisky. Isidoro estaba eufórico como hacía mucho tiempo no lo veía. Cantó, bailó salsa como pudo, y para mí era muy extraño verlo ahí, todavía más transformado, todavía más bicho raro; él, todo un Sinisterra, emborrachándose feliz en un antro del sur de Bogotá sin que se le ampollara la lengua ni el culo.

Tres días después, si el informe del tiempo no se equivocaba, apenas se descuajara el cielo y empezara el aguacero, iríamos seis hombres, en dos camionetas y un camión, a secuestrar un toro en las afueras de Bogotá.

VI SESIÓN

Muchas gracias a la compañera, pero tú tranquila, como dice Javier Fernández, que no importa, no hace falta que me ceda el turno, así sean más corticas las charlas, todavía nos quedan dos sesiones con esta. Yo le voy a dar lo que más pueda, para mí es igual o más importante terminar de echar el cuento...

Como leí alguna vez en un diario de una sardina, “Los días en Bogotá son como un bocadillo, frío, calor, frío”... Y lo mismo pasa con esos solazos cancerígenos que hacen por unas horas hasta que son tapados por unos nubarrones que escupen tsunamis que son hasta de mal gusto, como diría doña Consuelo. Esa vieja sí que era jodida; según ella, en Londres y en Manchester llovía, pero que no había tanto barro y tanto cambio brusco y tanto indio mojado. En fin, yo sigo ahí con mis paréntesis y la comentadera, por eso es que no hemos podido terminar y me afana no lograrlo. El caso es que el computador no se equivocó y ese miércoles en la tarde-noche se descolgó un aguacero de padre y señor mío.

Cuando llueve fuertemente, a algunos toros bravos los meten en corrales y así es mucho más fácil agarrarlos que si están a sus anchas en plena sabana. Por eso este aguacero era el más bendito de todos. Dios escuchó mis plegarias de hacer feliz a Isidoro y nos regaló esa lluvia tan escandalosa, que además de todo nos servía por el caos y la confusión que armaba. Mi papel, como buen secuaz, como buen mozo de espadas —en la que, como estaban las cosas, era la corrida más importante en la carrera del Rolo Sinisterra— era distraerlo y torearlo para que él mismo subiera al camión. De otra forma me tocaba dispararle un dardo tranquilizante. ¿Torearlo yo, cojo y sin talento, en vez de hacerlo él, el más grande de todos? Los otros muchachos, los verdaderamente malos, se encargarían de los humanos, intentando que no hubiera muertos de por medio.

Por la cercanía con Sopó, la mayoría de los que estábamos ahí conocíamos el terreno y así supimos meternos por detrás de un cerrito por donde pasaba el carro si se metía duro el acelerador.

¿TOREARLO YO, COJO Y SIN TALENTO, EN VEZ DE HACERLO ÉL, EL MÁS GRANDE DE TODOS?

La idea era hacer un falso robo a la casa principal, para que toda la atención se volcara en eso y mientras tanto los demás montábamos al Lázaro con más tiempo. Era perfecto.

La primera parte salió muy bien, solo que, en medio de la torpeza, atropellamos a un becerrito mal parqueado y se reventó uno de los cocuyos de la Toyota y nos tocó manejar bizcos entre la trocha oscura y el camión llegó un poco retrasado. Pero de resto hasta ahí pensábamos que mejor no nos había podido ir. A estas alturas ya no sé si alegrarme, a mí nada de eso me gustaba, yo solo lo hacía por rescatar a Isidoro, por volver a verlo feliz... yo todo lo hacía por amor. Cuando abrieron nos metimos por el techo. Lázaro estaba ahí, echado, todavía con heridas por la lidia de la Santamaría, todavía con el lomo lleno de puntos por la profunda herida del picador. Se paró por el ruido, nervioso y más asustado que nosotros, y empezó a dar vueltas como un loco. A Ramiro se le ocurrió pitar duro y el toro se distrajo y fue hacia donde provenía el ruido. Yo desde las jaulas de arriba empecé silbarle y mandarle besitos, y nada que quería, entonces me tocó usar los choques y ahí sí, apenas vio el primer trapo descolorido, que era el mismo con el que jugábamos de chinchas con el Chalo de cuatro patas, se lo movimos en plena

entrada del camión, y este hijuemadre corrió como si el hueco fuera una gran hembra en celo. Allá se metió él solito, sin saber la cita que le venía pierna arriba. Isidoro esperaba en la camioneta, con los ojos cerrados, sin poder ver al toro. Su mirada, todavía con miedo, todavía hecho de sal, todavía hecho mierda.

Yo, que de puro amor estaba envalentonado, me subí al camión y, como todo un experto banderillero, le clavé dos dardos en el culo y esa bestia se desplomó como una Torre Gemela. Isidoro me preguntó desde la camioneta que sí ya podía meterse y yo le hice señas de que sí, de que ya sus ojos estaban cerrados y que ya se los había vendado, que no los iba a ver más. El Rolo se trepó y se le acercó. La mano, escurriendo agua, le temblaba y no se atrevía a alcanzarlo. Y yo que llego y le cojo el antebrazo y se lo pongo encima de toda la joroba. Luego seguí y lo comencé a guiar por toda la mole del animal y el Rolo le acarició con las yemas el 69 gigante que le marcaba las costillas y luego pasó su mano blanquita y mojada por las enormes criadillas del toro. Ramiro se bajó muy acelerado y nos sacó del trance en el que estábamos con un grito: “Apúrenle, maricas, que la cosa se calentó en la hacienda”. Nos subimos a la camioneta y salimos por la parte trasera con todo y camión, reventando la verja de palo que nos separaba de la carretera.

¿Que si la cosa se calentó?... eso fue poco decir, al parecer esas balijas que nos levantamos en Cuadra Picha eran unas gonorreas, perdónenme que les diga, pero no solo se contentaron con saquear la hacienda sino que terminaron asesinando a dos hombres de los que estaban allá. Uno de ellos murió en el cruce de bala, y a los otros dos no los volvimos a ver nunca y no volvieron ni siquiera para cobrar la mitad que les faltaba.

Doctora... perdón que la aborde así, yo le quería dar las gracias, yo sé que todavía me queda la última sesión, pero uno nunca sabe, no vaya y sea que no alcance a decirle lo que siento, y eso no me vuelve a pasar nunca jamás. Yo le estoy muy agradecido, usted y su mirada compasiva han sido más poderosas que cualquier Xanax, que cualquier valeriana para poder dormir.

VII SESIÓN

Si con las anteriores sesiones les pedí reserva, con esta última, con la que se desenlaza todo el mierdero, les pido que nunca lo mencionen a nadie, ni siquiera a ustedes mismos. Yo hubiera preferido escribir un diario, pero nunca se me dio la escritura. Siempre fui un berraco lector, pero eso de escribir, de convertir todas las aguas negras que uno tiene adentro en páginas con garabatos, eso solo lo pueden hacer los escritores, siempre cuando no sean periodistas. Yo en cambio todo me lo gané en la vida hablando y callando, todo me lo gané conociendo a las personas y sacándole chispa a la oscuridad en la que vivimos metidos todos.

Igual que con el salado en mi sudor que me acordaba a mi niñez, cada gota de la lluvia bogotana me hace pensar en algo relacionado al Rolo Sinisterra. Imagínense, entonces, cuánto pienso en ese señor. Eso de que haya cosas de la vida que le recuerden a uno a alguien al que amó tiene su lado bueno, porque cosas que no valían nada antes, como el jamón, un árbol, la punta de una espada, un poste en una esquina cualquiera, o un pedazo de una canción, se convierten en trozos de esa persona. Lo malo es, claro, la otra cara de la moneda, el sello de la cara bonita, que cada cosa que uno se encuentre por ahí puede causarle el daño más hijueputa del mundo, apuñalarlo como el mejor picador en todo el pecho. Porque ese que se fue lo dejó todo manchado de su olor, de sus mañas, de sus opiniones, de su mierda... Y uno camina por ahí, y estudia y canta y come, como si no tuviera nada; pero qué va, todo el mundo ve que uno está roto por todo lado... ¿O no?

Cuando dejamos a Lázaros en un cobertizo, que era de los pocos metros cuadrados que le quedaba a los Sinisterra, que lo habían vendido todo para desparramarse por el mundo, Isidoro no sabía bien qué hacer con su némesis... Caminaba alrededor de la casa, como si esperara una noticia en la sala de espera de un quirófano. Le contamos que las cosas no habían salido bien por el otro lado, que había muerto gente en medio del caos que se armó. Y solo dijo que necesitaba estar a solas con Lázaros, que me largara y que

me llevara a los demás, pero que eso sí, le hiciera un último favor, que amarrara al toro contra el tubo y le dejara los ojos vendados.

Yo, que siempre fui su eterno Alfred, hice todo lo que me pidió siempre y esa vez no fue la excepción. Mientras hacía la operación sentía que esta era la última vez que iba a verlos a los dos y me mordía la lengua para no chillar. El toro, por más sonso que estuviera, yo creo que podía sentirlo... y como que me respetaba porque no se movía para nada, era cariñoso y complaciente como dice el vallenato. Capaz que era la bestia brava más mansita con la que haya tratado. Impaciente, el Rolo empezó a tirar las cosas al piso y a gritar para que nos desapareciéramos y nos echó como los chandosos que éramos.

Me fui a Bogotá a quedarme en la casa de Ramiro en Santa Isabel. Dormí como tres días seguidos, porque no me acuerdo nada de esa semana... y no vaya y sea que por eso después de que volví a donde el Rolo no volví a pegar el ojo, sino hasta ahorita, un año después, sabrá Dios... La cosa estaba muy pesada en la ciudad, el valor del toro estaba por las nubes. Se armó una especie de guerra de mafias, pero entre ganaderías y empresarios, es decir entre los dueños de los dueños del país; mejor dicho, eso era gente muy tesa la que estaba detrás de todo, y se tomaron como un símbolo de traición todo esto del Lázaros y los muertos. La policía ahí sí empezó a revolverlo todo y no había periódico que no hablara de eso. La cosa fue que mientras comíamos un tamal con Ramiro en la panadería del barrio, salió un boletín de Última Hora interrumpiendo a Jota Mario, que estaba en su programa matinal haciendo monerías con una modelo, escupiendo hacia arriba e intentado recibir el escupitajo... Cuando salió la periodista en el Estudio, interrumpiendo el programa, con cara así toda seria, toda de militar, y dijo que se encontró una evidencia que podía esclarecer todo el "Caso de la Bestia": un gran trapo rojo y viejo en plena escena del crimen, con estampado borroso de la empresa colomboespañola "Jamones & Quesos Sinisterra". Yo casi me atoro con la zanahoria del tamal y no pude evitar gritar como una loca. Por culpa mía, por mi descuido, quedamos metidos en el ojo del huracán.

Salí a toda mecha por toda la autopista, creyéndome una ambulancia, volándome los semáforos y metiéndome en el carril del

Y UNO CAMINA POR
AHÍ, Y ESTUDIA Y
CANTA Y COME,
COMO SI NO
TUVIERA NADA;

PERO QUÉ VA,
TODO EL MUNDO
VE QUE UNO ESTÁ
ROTO POR TODO
LADO... ¿O NO?

TransMilenio. A la altura de la bomba había unos tombos parqueados echando tinto y por un instante recordé que no tenía ni papeles del carro, pero a mí me valía culo el mundo y sus leyes y normas de tránsito, así que no me molesté en frenar. Con todo y eso después pensé que se habían hecho los de las gafas porque no los vi más, ni siquiera pasando el peaje. Pronto me olvidé de ellos. Yo necesitaba salvar a mi enfermo, necesitaba avisarle a Isidoro que lo estaban buscando y que ya sabían que estaba en el país, que lo iban a cazar, que teníamos que escapar juntos...necesitaba decirle que yo lo iba a proteger de todo, hasta de los ojos de esa bestia que no dejaban de mirarlo.

Por fin llegué, no sé cómo, pero allá llegué. Me bajé del carro y dejé la radio prendida. Antes de entrar sentí el mismo punzón en el pecho de la mañana aquella en Mesa de Yeguas; el mismo punzón de cuando me iba a acercar a salvarlo en la Santamaría, cuando se quedó empalizado en la arena. Apreté las tripas y avancé hasta la entrada metálica y roja. El sol de mediodía me pegaba en plena cara, como juzgándome, como fastidiándome a mí solamente entre todos los mortales. La puerta estaba cerrada, por supuesto, y la de la parte de adelante también. Todo estaba cerrado y las ventanas estaban tapadas con bolsas de basura cual chiquiteca. Intenté abrirlas con una navaja pero nada, gritaba y nadie me respondía. Así que desesperado, como un bombero en pleno incendio, bajé hasta la camioneta y saqué el extintor del kit de carreteras, me devolví corriendo hasta la puerta y le di con todas mis fuerzas, desahogándome de toda la mierda de todos estos años contra la chapa de esa puerta. Se reventó toda y del hueco de esa caverna salió un olor a matadero abandonado que casi me tumba y del puro reflejo disparé el extintor hasta vaciarlo... La puerta y el piso de la entrada quedaron todos infestados de un polvo blanco, y entre el humo, atorado, lleno de talco, atravesé la habitación que estaba en tinieblas. Prendí la luz y en vez de iluminar el cobertizo, se cambió el negro por un rojo intenso como de motel barato. Todo estaba alumbrado de rojo...y si no han ido a una residencia entonces píntense uno de esos cuartos donde revelan las fotos. Yo todavía no me explico por qué ese detalle, tal vez para asustar al toro.

No había vida en ese cuarto. Isidoro no estaba. Lázaro 69 seguía amarrado contra el tubo en el que yo lo dejé y todavía tenía los ojos vendados. Antes de acercármele, corrí a arrancar las bolsas de basura de las ventanas y la luz entraba por parches como balazos desde el cielo. Uno de esos chorros de luz iluminó una especie de tablero en el que el Rolo tenía escrito una serie de cálculos, que me parecieron muy raros de alguien como él, con lo burro que era para los números. La letra y los números no eran suyos, eran de otra persona que no reconocía en ese momento porque me dolían mucho los ojos. Eran cosas muy precisas como de medicina. Seguí leyendo y había una regla de tres gigante en la que salía el nombre de Lázaro con dibujito y todo, junto a una inscripción que decía "5 litros de sangre (por cada cortadura)" y al lado salía "457 kilogramos por 25 litros en total"... por fin entendí que lo que estaban tratando de descifrar era cuántas cortaduras eran necesarias para vaciarle los 25 litros de sangre que cargaba el toro por las venas sin que fuera inmediato. Al lado había un diagrama laminado de la anatomía detallada del toro, tenía "x" y puntitos por todas partes. Mejor dicho, alguien, tal vez Herrera, el veterinario de toda la vida de la familia, asistió y asesoró al matador Sinisterra para torturar sistemáticamente a Lázaro, despacito... de a poquitos, sin correr el riesgo de desangrarlo de un tirón por una mala cortadura en una arteria...

Me alejé de esa matemática macabra y fui a ver al toro, que parecía un balón desinflado, como mordido por un pitbull y lleno de moscas y decorado con más de una docena de banderillas de todos los colores. Mientras llegaba hasta él, mis zapatos por poco y quedan pegados al piso por culpa del pantano pegajoso de sangre que lo encerraba en una mancha gigante con formas y bordes raros. Me arrodillé entre toda esa sangre y empecé a revolcarme y a llorar como recién parido, como el malparido que siempre fui... Ya no sé si lloraba por el toro, por Isidoro, por mí, o por Isidoro sin mí. Lo cierto es que yo creo que subí como seis centímetros ese charco con todo lo que me desbaraté en lágrimas...

Las espadas que yo tanto pulí y que le pasé a Isidoro para todas y cada una de las faenas que lidió en su vida alrededor del mundo,

estaban tiradas en el piso, abandonadas, alrededor del toro sin orejas. Su traje de luces, la muletilla y el capote también andaban por ahí, tirados en el piso, junto a unas latas vacías, igual que en los días de infierno en el hotel. Me pregunto ahora si habrá salido empelotas a la calle. Si todavía estará virando por el mundo, solo con la casaca puesta.

Ya me iba a ir cuando, estando de pie cara a cara con el Lázaro 69, me dieron unas ganas irresistibles de quitarle la venda de los ojos, de mirar de cerca ese par de cuencas y pupilas, nervios, músculos y pestañas que me quitaron a Isidoro. Intenté desatar el nudo que yo mismo había hecho, pero mis uñas, con todo lo que me las había comido, no me daban para tanto. Entonces busqué mi navaja y no la encontré y cogí una de las tantas espadas que estaban regadas por el piso; encontré nada más y nada menos que el estoque de Isidoro. Era el estoque con el que dio muerte a más de ciento cincuenta cachones, y ahora yo lo usaba para destapar al último toro del último tercio de su vida.

Cogí esa hermosa hoja metálica de ochenta y ocho centímetros y, con la punta, por fin, le corté el nudo a la dichosa venda que cayó a ser parte de la sopa de abajo. Ahora podía verlo, ahora era tan claro, los suyos eran los mismos ojos de vidrio, zarcos, completamente abiertos... la misma mirada con la que la panadera veía al ventilador en cámara lenta. La única diferencia es que los de Lázaro ya no tenían brillo y los de la muchachita, para ese momento, todavía tenían alguna flamita encendida entre tanto vasito reventado.

Abracé la cabeza del animal con la fuerza que me quedaba y en otro arranque de telenovela cogí la venda que le cubría los ojos y me la amarré para sentir lo mismo... Para no ver más nada del mundo. Y en esas la vida, con ese humor tan negro que carga para todas partes, me cogió a mí como su mejor chiste; un policía entró con todo y pistola desenfundada en una mano, y la otra tapándose la cara por el olorito nauseabundo de matadero abandonado. Era una mujer policía y llamó a su compañero, ordenándole que pidiera refuerzos y una ambulancia, pues ellos dos eran solo unos chupas de carretera que me siguieron hasta el fin del mundo para ponerme un comparendo de tránsito...

NUNCA FUI A NADA. NUNCA HABLÉ. SOLO ABRO LA BOCA HASTA AHORITA, SOLO A USTEDES, SOLO A LA DOCTORA...

En el informe del caso quedó como que yo era una víctima de secuestro. Que me encontraron en un cobertizo a las afueras de la ciudad, junto a un toro torturado, lleno de polvo, sangre y con los ojos vendados. Que mi secuestrador había huido, pero que por fortuna no había sido demasiado tarde, pues solo había muerto el animal. Yo nunca desmentí nada ni tampoco mentí más, porque nunca dije nada. Ellos no me relacionaron con el tipo de la camioneta por los vidrios polarizados, y porque los indicios les parecían demasiado claros: era Isidoro Sinisterra Carvajal el verdugo de todo este cuento. Ni siquiera les dio la gana de revisar las huellas del carro ni nada. La prensa se devoró el caso más rápido que cualquier fiscal y muy pronto me llegaron infinitas invitaciones a La Noche, a Séptimo Día y todo ese poco de barbaridades rojas. Nunca fui a nada. Nunca hablé. Solo abro la boca hasta ahorita, solo a ustedes, solo a la doctora...

Al fin podré lidiar con el sueño.

FIN.

EL PROYECTO MÁS AMBICIOSO



Por Andrea Gaitán

Empecé mi pregrado con la idea de algún día llegar a ser editora. Por una parte, por mi amor a los libros como objeto, con sus colores, olores, historias y formatos; por otra parte, pensando tal vez, lo reconozco ahora, que editar era más fácil que escribir, que acompañar y apoyar a un autor era más fácil que crear. Ahora sé que la cuestión no se trata de qué es más fácil o más difícil, pues la edición como la escritura es un acto de creación y creatividad. Hoy busco ser editora porque quiero hacer algo por la literatura, porque me emociona la idea de crear libros y reflexionar sobre ellos.

Ahora bien, en un país como el nuestro, donde la formación editorial aún tiene mucho por recorrer, ser editor se aprende sobre todo con la práctica, pero los espacios para la práctica editorial son limitados. Ante este panorama, *Elipsis* fue para mí una oportunidad, un grandioso espacio para la práctica editorial, una exploración y un juego de roles; allí se me permitió imaginarme por primera vez como editor, ese que valora el contenido, el que busca una justificación para cada elemento, el que se preocupa por cada detalle y lo cuestiona todo.

Mi trabajo con Laura, con su texto, y la relación que establecimos, es sin duda lo más gratificante que me deja *Elipsis*. Pues

aunque vivimos en una sociedad donde las relaciones humanas parecen tan distantes, nosotras formamos un vínculo, independientemente de que ella estuviera en Armenia y yo en Bogotá. El nuestro fue un vínculo creativo que me llenó como persona, porque creo que nuestros deseos, nuestros sueños y necesidades se complementaban. Laura quería escribir un buen texto, pues en el sueño de escribir y de ser publicado, oportunidades como esta no se toman a la ligera. Para esto ella necesitó la ayuda que Marta y yo le brindamos, y en mi intento de ayudar a Laura tanto como fuera posible, ella, con su texto, me regaló esta experiencia, lo que yo quería y necesitaba para dar un paso más hacia mi sueño de ser editora.

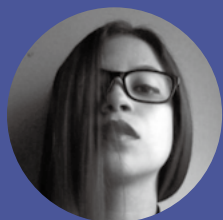
Recuerdo que antes de que Laura me enviara la primera versión del texto, charlamos por más de una hora por teléfono. En esa conversación tratamos de resolver entre las dos los problemas iniciales que en una breve reunión Marta, Alejandra y yo habíamos identificado. Discutimos cuestiones formales del texto, cosas como: quién era su personaje, dónde vivía, cuál era su conflicto, cómo se iban a desarrollar sus acciones, etc. Pero luego pasamos a temas más personales, como el miedo que tenía Laura a no abordar de manera apropiada situaciones tan sensibles como las que aparecen en su cuento. Para mí esta conversación, con todos sus detalles, es un entrañable recuerdo, y la menciono aquí porque allí fue donde todo empezó a tomar forma, tanto nuestro vínculo como nuestras exceptivas, pero en especial el texto.

Sobre el texto de Laura, Marta dijo alguna vez que era un proyecto muy ambicioso, pues lo que quería lograr en términos narrativos no era sencillo. Yo comenté, después de leer el primer borrador, que de todos los cuentos, el de Laura era el que más trabajo necesitaba. Tal vez las dos teníamos razón. Después de ver la evolución del texto en cada una de sus versiones, hoy me alegra haber tomado la decisión de editar el texto de Laura, el problemático, el ambicioso, el grotesco (eso que a ella le fascina). Me alegra haber sido parte de él. Solo me resta decir que le agradezco a *Elipsis* por esta experiencia de aprendizaje, y a Laura por este tiempo de leerlos y escucharnos.

elipsis

2017

EL SEÑOR DEL GALLI- NERO



Laura Esponda

—**A**ún recuerdo el primer instante en que la contemplé. La fuerza de su mirada te deja inmóvil. 1.200 fibras colgaban de sus piernas. Vestía una falda acampanada que dejaba al descubierto dos grandes muslos.

—¡Eres un idiota! Estás enamorado de Ana, ahora quieres darle un hogar trayéndola a esta casa de campo. Seguro ya le hablaste de tu amor puro y planeaste todo un futuro con ella. Deja de insistir en obtener su amor, piensa más bien en cómo te la vas a coger.

—¡No puedo hacerle el amor de otra manera que no sea con ternura! Detesto cuando usted habla con violencia, siempre aconsejando la furia como solución a los problemas. Usted nunca conoció el amor y la bondad. ¡Déjeme aprovechar este momento!, déjeme observarla y disfrutar de su presencia. Desde que está aquí el hogar es menos fúnebre.

»Todas las noches contemplo su cuerpo, imaginando lo bella que estaría vistiendo un traje blanco y ajustado, con unos lindos boleros de encaje y algunas plumas que decoren su cintura. Del pelo le colgarían, entre una trenza, algunos botones de rosas rojas. ¡Se vería hermosa! Estaría casi tan bella como lo estaba mamá al casarse.

—Lo burdo de su rostro no puede compararse con mamá. No tiene la misma onda rizada en

el pelo, ni ese lunar grande en la mejilla. Aunque sí tiene un cuerpo delicioso con un par de tetas grandes.

—¡No me hable de sus senos!

»Usted sigue sin entender; yo no quiero a Ana como saco de penetración, ni como fuente de los deseos, yo realmente la amo.

»He fantaseado con tener entre mis brazos su figura y desde que llegó a esta casa he sentido comprensión y un poco de afecto.

»¿Puede creerlo? Ana, con todos sus silencios y su mirada fija, me da el amor que necesito. Ella me da toda su aprobación para besarla y no se siente asqueada cuando intento frotar sus brazos. Ella parece disfrutar de mi compañía y yo estoy dichoso de verla todas las mañanas al despertar.

—Imbécil, solo la estás sobreestimando. No creas que todos sus silencios significan amor, o que su cuerpo arde de deseo por ti.

»Mira bien y dime, ¿no te parecen lindas esas dos tetas enormes y jugosas? ¿No deseas tenerlas en tu boca y que la viscosidad de tu saliva cubra esos dos pezones negros como botones? ¡Que el roce de tus dientes estremezca toda esa piel!

»Yo sé que la deseas! Más allá de tu palabrería estúpida y de toda esa mierda que hablas sobre lo maravilloso del amor, está ese hombre viril al que se le pone tiesa como asta. ¡Vamos, yo sé que puedes cogerte a esta mujer como Dios manda!

—Ana no se puede comparar con el pasado, además, ella necesita quién la consienta y le dé su lugar como la maravillosa mujer que es.

—¡Claro que sí!, consiéntela, frótale los pechos y pídele tres deseos, estoy seguro que te concederá lo que le pidas...

»Toca suavemente el interior de su entrepierna, frótale ese chocho... y si es necesario, para que ella se sienta aún más querida, lámelas, lámelas, lámelas! Lengüetea rápidamente su coño, te aseguro que te excitará la humedad de tu propia saliva.

**USTED NUNCA
CONOCIÓ
EL AMOR Y
LA BONDAD.
¡DÉJEME
APROVECHAR
ESTE MOMENTO!,
DÉJEME
OBSERVARLA Y
DISFRUTAR DE
SU PRESENCIA.
DESDE QUE ESTÁ
AQUÍ EL HOGAR
ES MENOS
FÚNEBRE.**

**¡SOMOS
INSEPARABLES
E INVENCIBLES!
¡VAMOS, SONRÍE!
NO ESTÁS
SOLO, NUNCA
HAS ESTADO
SOLO, TE SIGO A
DONDE VAYAS.**

—¡Cállese! Ana no es un objeto al que se pueda penetrar porque sí. Ana es el amor de mi vida.

—¡Huevón!, no lo pienses más, ahí está toda esa carne entera para ti. Hombre hambriento, ¡aliméntate!

—Todo el tiempo tengo que escuchar sus ridículas palabras... Haga silencio. Por favor, no hable... Déjeme contemplar la serenidad de Ana. Déjeme observarla mientras duerme, déjeme memorizar la curvatura de su ojo y la pequeña desviación de su tabique.

»Haga silencio mientras yo le mido nuevamente el grosor del labio inferior con mi dedo índice, deje que se lo mida, así nunca olvidaré los detalles de su linda boca. Podré contemplar por siempre ese beso sincero y casi maternal.

»Haga silencio... Sólo por esta vez...

—¡Hijo de puta!, yo no tengo porque callarme... Solo te aconsejo, trato de protegerte ¿no lo ves?

—No es cierto, usted es mi maldición. De mamá lo único que me quedó fue su asquerosa presencia. Es increíble, ¡cómo pudo parirlo! ¿Cómo salió usted de su sagrado cuerpo?

—No te asombres, mamá nos parió con gusto. De su coñito salió una cabeza enorme, seguida de un cuerpo moreno y sano, eso era lo que ella decía al mencionar el parto.

»Además no sé por qué te quejas, si mamá y papá te heredaron esta finca y ahora tú eres dueño del gallinero, todo lo que está en ese asqueroso cagadero te pertenece. Lo más importante es que nunca lograste quedarte solo, mira, aún estamos juntos. ¡Somos inseparables e invencibles! ¡Vamos, sonríe! No estás solo, nunca has estado solo, te sigo a donde vayas.

—Su compañía jamás me ha sido útil, su palabrería solo me causa problemas.

—No tienes por qué verme así, yo no soy tu verdugo.

—Claro que lo es, aún recuerdo cuando éramos niños y usted me exigía ir al gallinero. Al principio se me hacía terrible tener que pasar en medio de ese montón de plumas y aves apestosas. La mugre ensuciaba el borde externo de mis botas de caucho y las gallinas huían por todo el gallinero. Me sentía impotente al no poder agarrarlas de un solo manotazo, así que fui violento. Cuando por fin pude atrapar a una de esas aves, a la pobre no le quedó más que picotearme fuerte, era natural, solo trataba de defenderse de un extraño.

»Como el opresor que era, traté de controlarla agarrando su pequeña cresta y sobando con fuerza su cuerpo emplumando. Las plumas color caramelo se enredaban por mis dedos; con calma, la gallina reposó su pico en el espacio que quedaba entre mi índice y el pulgar derecho. Su cuerpo dejó de sacudirse. La gallina ya no estaba histérica y tranquilamente disfrutaba el balanceo de mis brazos.

»La serenidad con la que se reposó en mí me conmovió un poco... La violencia y la fuerza no eran las mejores estrategias para que Bertica se acercara a mí. Yo tenía que ganarme su confianza, tenía que tratarla con respeto... Cada vez que deseara tenerla nuevamente, consentiría su cuerpo y acariciaría una por una sus plumas caramelo.

—Deberías agradecerme, gracias a mí pudiste conocer a Bertica, la gallina más linda y fecunda. Desde tu primer contacto con el gallinero te volviste un verdadero hombre, dejaste la cobardía y aprendiste a amar. Vamos, amigo, el calor de esas plumas te enamoraron de la vida.

—Después de mi primer encuentro con Berta tuve que volver al gallinero, ya no podía evitarlo, constantemente tenía que vigilarlas y asegurarme de que estuvieran bien: que el cuido tuviera esa textura pastosa que tanto adoraban, que no creciera ni dos centímetros de maleza, que tuvieran la suficiente cantidad de agua, que ninguna superficie estuviera mínimamente mugrosa; aún uso pequeños copitos de algodón para desinfectar los bordes y rincones del comedero y el bebedero.

»Con Berta aprendí la compasión y el cuidado. Me permitió desbordar tanto amor que aún visito en las tardes el gallinero y continúo con mis rutinas de limpieza. Amo a Berta y a todas sus compañeras de galpón... Y ya no puedo evitarlo.

—No deberías pasar tu vida maldiciéndome, ¡deberías agradecerme! Por mí has conocido el amor. Por mí quisiste a Berta, pero sobre todo, gracias a mí, y no lo niegues, tienes a Ana toda para ti. ¡Debes sentirte afortunado! Lástima que nunca pudiste demostrar el cariño que cargabas por mamá, siempre te insistí en que la amaras, pero como el buen cobarde que eres, te asustaste y preferiste salir corriendo.

—No tiene por qué ensuciar la honrosa memoria de nuestra madre con sus palabras...

—¿Por qué crees que no merezco nombrarla? Yo tengo derecho, yo salí de su vientre, ¿olvidas que nacimos del mismo coño?

—¡No mencione más a mamá!, usted no tiene derecho a hacerlo...

—¡Por favor!, tú a mí no puedes prohibirme nada, acaso olvidas que mientras te cagabas de miedo porque no entendías por qué se te ponía dura cuando la veías en pijama, yo sí tuve el coraje de fantasear con sus lindos pezones negros. Mientras te pasabas noches en vela pensando en el sabroso movimiento que hacía su culo al menearse cuando ella trapeaba la casa, yo tuve los huevos de acercarme y tocarle en círculos las enormes nalgas. Sabes que poco me faltó para meter mi pequeño dedo índice...

»Siempre he tenido más fuerza y más valor que tú... es inevitable, siempre serás mi lacayo.

—No hable así de mamá, es asqueroso cuando se refiere a ella como un objeto de placer. Yo nunca toqué un centímetro de su hermosa piel morena...

—No la tocaste porque nunca tuviste el coraje para hacerlo. Pero sé que te morías de ganas por tener nuevamente sus pezones en tu boca. No lo niegues, te conozco muy bien y sé tus intenciones.

—¡No es cierto! Me enferma la idea de tener esos suaves pezones oscuros en mi boca.

—Tú conmigo no tienes que disimular, sé muy bien quién eres.

»Deja de perder el tiempo, cógete a Ana. Ya sé que ella tampoco es ajena a tu deseo. Debes aceptarlo, está deliciosa.

—Claro que no, no pienso tocar su cuerpo hasta que estemos consagrados ante la palabra de Dios. Entienda, nosotros nos amamos y queremos compartir toda una vida entera juntos.

»Anoche le conté mi deseo de compartir el mando de la finca y el gallinero con ella. Todo lo que queda en este terreno sería también suyo, las gallinas estarían a su disposición. Nuestros tres futuros

**¡DEBES SENTIRTE
AFORTUNADO!
LÁSTIMA QUE
NUNCA PUDISTE
DEMOSTRAR EL
CARIÑO QUE
CARGABAS POR
MAMÁ, SIEMPRE
TE INSISTÍ EN
QUE LA AMARAS,
PERO COMO EL
BUEN COBARDE
QUE ERES, TE
ASUSTASTE Y
PREFERISTE SALIR
CORRIENDO.**

hijos estarían encantados de corretear por todas estas tierras. Tenemos una asombrosa vida por delante.

—No pierdas el tiempo, nada te asegura que Ana siempre será tuya. Vamos, aprovecha que la tienes cerca, apresúrate, te queda poco tiempo...

—¿Poco tiempo?, Ana no se irá de aquí, ella sabe que yo soy su destino. Nada tiene que ir a buscar fuera de esta casa. Su futuro está conmigo.

—Realmente eres un completo imbécil, crees que Ana siempre estará contigo cuidando de este cagadero, crees que serán una linda familia feliz. ¡Por favor despierta! Cuando Ana se quede tendida en cama esperando que llegues a consentirle los labios y te vea todo el cuerpo cargado de plumas, con rasguños en las piernas y el palo lleno de caca, querrá salir corriendo de aquí. Tendrá deseos de levantarse y huir. Te abandonará y quedarás en ridículo, perderás el respeto que algún día te tuvo... Imagina cómo sería tu vida cuando ella se entere de que te encanta ese montón de cloacas que tienes allá atrás en el gallinero.

—No es cierto, Ana no tendría por qué huir, lo que pasa en el gallinero nada tiene que ver con sexo, ni violencia. Al contrario, yo he hecho de ese lugar un templo de amor, no como papá, que solo se encargaba de alimentar a las gallinas en las mañanas y de vez en cuando cambiaba el agua mohosa de los bebederos. Sus cuidados se resumían en la necesidad de tener gallinas ponedoras, entre más huevos pusieran, mejor para papá. La renta de tener un gallinero valía la pena, sobre todo con Bertica en casa, ella era la preferida. En las mañanas ponía un huevo grande y caliente.

»En cambio, yo jamás vi a ninguna de esas hermosas aves como objetos. Mi primer contacto con Bertica me enseñó sobre la compasión. Cuando la tuve dócil entre mis brazos, comprendí que los dos somos hijos de la misma tierra y producto del mismo creador.

»He dedicado toda mi vida a cuidarlas y conocerlas mejor: sé que a Rocío jamás le gustó el cuido, así que yo siempre le he

cortado y cocinado en cuadritos de un centímetro los tomates y en tiritas de dos centímetros y medio el repollo; solo yo sé dónde Martina esconde sus huevos y ¡cómo se pone cuando los descubren!; también sé que Consuelo disfruta escarbar siempre en el rincón derecho del gallinero que apunta al norte... Yo aprendí a cabalidad todos sus comportamientos.

»Mi interacción constante con ellas me permitió entender que ni Bertica, ni Rocío, ni Martina, ni Consuelo, ni ninguna de sus compañeras de corral eran felices. Su vida se resumía en el encierro. Ninguna contaba con el vigor de un gallo. Jamás habían sentido la protección de un macho.

—¿Realmente crees que cuando te las cogías por el cagadero las hacías más felices?

—Yo nunca me las “cogí”, nunca sucedió con tal salvajismo. Yo solo las cuidaba. Les daba todo el amor que ni los gallos, ni mucho menos papá podían darles. Siempre fui dulce y muy tierno. Cada vez que nos reencontrábamos y nos volvíamos uno, cerraban sus pequeños ojos... al terminar, ya porque ellas lo deseaban, las soltaba en el suelo, cerca al bebedero. Salían corriendo a echarse en algún rincón del gallinero. Yo me limpiaba un poco y salía de vuelta a casa con la certeza de haber hecho feliz a alguien en este mundo.

—¡Eso no es cierto! Tú nunca te las cogiste a modo de favor, tú te las cogías porque te excitaba ese pequeño agujero emplumado. Siempre supe que te la ponía a reventar verles la cloaca llena de suciedad, alguna vez dijiste que así se sentía más tibio, supongo que tu miembro se deslizaba con más soltura orificio adentro...

—Sus orificios nunca produjeron alguna excitación en mí, al contrario, cuando tengo y admiro su cuerpo emplumado entre mis manos, entiendo una de las dimensiones del amor. Comprendo que ellas necesitan de mi afecto, que quieren un hombre que las cuide y las haga sentir importantes. Un verdadero macho que esté al tanto de su comida, su bebida e higiene, no como papá que solo se dedicaba a recoger sus huevos... Nadie pensó en las gallinas, hasta que yo llegué y las hice felices.

—¡Eres un asco! Nunca he entendido cómo haces para sentirte excitado por esos cuerpos emplumados, amas que te picoteen y te caguen encima.

—¿Ahora soy yo quien le produce asco? Fue su idea ir al gallinero, fue usted quien me obligó a coger las gallinas con violencia... Usted era el que todos los días me hablaba de lo delicioso que se iba a sentir, decía que ese calor me iba a reconfortar, que ya no tendría penas...

—Huevón, nunca fue en serio, ¡por favor! Solo era un juego de niños. Las gallinas eran un escape para controlar el deseo que sentías por mamá.

»Todo fue un simple juego de niños.

—Nunca ha sido un juego, Berta realmente es feliz a mi lado. Todas las gallinas se ponen dichosas cuando me ven llegar: cacarean seis segundos más de lo normal y mueven sus alas intentando dar leves saltos.

—Me das asco... diez años después y sigues en el juego. Siempre que lo recuerdo siento ese olor a mierda calándome los pulmones.

—No, no es juego. Soy un hombre sensible y compasivo, puedo ver más allá de su sexo. Todas las mañanas me levanto a ofrecerles amor, estoy al tanto de todos los detalles, las consiento como reinas.

—Tu imposibilidad de acercarte a las mujeres te ha hecho un gran perdedor toda la vida. Jamás pudiste estar cerca de mamá, ni mucho menos tocarla, ni siquiera con la excusa de la inocencia infantil te colgaste de sus piernas para ver desde abajo cómo se alzaban sus melones. Ni siquiera lograste tocar su mejilla o sentarte en su regazo para sentirte amado.

»Jamás supiste cómo acercarte a una mujer y ahora te excusas diciendo que lo que haces con las gallinas es caridad pura...¡Eres un idiota!

—Mamá era inalcanzable, jamás podría tocarla. Su dureza y mal humor me impedían hacerlo. Toda su vida giraba en torno al mugroso de papá.

—Es cierto, mamá pasaba noches en vela imaginando qué hacía papá fuera de casa, a cuántas mujeres se estaba echando y por qué a ella no. Pobrementemente trataba de darse su lugar frente a su marido y jamás logró respeto, solo noches de completa histeria. Estoy seguro que más de una vez tuvo que fantasear que un hombre la tocaba... Y yo, astuto como siempre, decidía aparecerme en su cuarto.

»Papá siempre estaba bebiendo con sus amigos y putas de cabecera en un bar de mala muerte en el centro del pueblo. Una de esas noches mamá vestía una linda pijama roja que le dejaba al descubierto esos dos pezones negros. Al verle esos pechos grandes, me dieron unas ganas tremendas de besar esos punticos que le colgaban. Tuve que salir corriendo, para que no me preguntara por la erección. Rápidamente me encerré en el baño y me la jalé fuerte. Un pequeño chorro salió temeroso.

»Todas las noches aparecía en ese cuarto y terminaba el día fantaseando y jalándomela con ganas.

—Su cuerpo era tan sagrado que me asquea la idea de imaginar cómo usted podría rozar su piel.

—No es cierto, no te asquea, te excita, ten dan ganas de ser valiente como yo. Te arrepientes de no escucharme y dejar que yo fuera quien tocara a mamá. Sé que te morías de ganas por ella... Estoy seguro que más de una vez se te puso dura y te asustaste ¡tenías las venas a reventar! Yo sé que te la jalaste por ella... a mí no me puedes esconder nada.

—No, no, no. Yo amo a mamá y jamás violentaría su cuerpo con lo sucio de mi piel. No tendría derecho a mancharla con mis caricias, no soy digno de tocarla... Sus palizas e insultos intentaban corregirme.

—Hablas como un fracasado. Ya perdiste la oportunidad con mamá, no desaproveches a Ana, cógela, haz que la sienta completa. Mójala con un poco de tu saliva, la tocas despacio y se la vas hundiendo suave, cuando menos se entere ya la tienes toda adentro, dispuesta a disparar.

TODAS LAS MAÑANAS ME LEVANTO A OFRECERLES AMOR, ESTOY AL TANTO DE TODOS LOS DETALLES, LAS CONSIENTO COMO REINAS.

—¡No! Deje de insistirme, haré las cosas a mi modo. Dele tiempo, ella es toda una dama y las damas requieren de tiempo y espacio.

—Dama o no, eso no interesa; lleva mucho tiempo aquí tendida, debe estar llena de ganas... Aprovecha, hún dele tu micropene, ¡llévala al paraíso! Tú, ¡oh, hombre benevolente y caritativo!, haz nuevamente un acto de compasión y cógetela. Tal vez mañana ya no esté contigo ¿Quieres ver cómo se pierde el amor de tu vida?

»No lo pienses, ¡jactúa, hazlo de una buena vez!

—No lo voy a hacer, estoy cansado de escuchar su voz retumbando y dando órdenes todo el tiempo. Déjeme hacer las cosas a mi manera. Yo sé que Ana no podrá irse, no tiene por qué hacerlo, ella es feliz conmigo, siempre que entro al cuarto, la esquina derecha de

**ESTOY SEGURO
QUE MÁS DE UNA
VEZ TUVO QUE
FANTASEAR QUE
UN HOMBRE LA**

**TOCABA... Y YO,
ASTUTO COMO
SIEMPRE, DECIDÍA
APARECERME EN
SU CUARTO.**

sus lindos labios está levemente curvada, formando una pequeña media luna en menguante.

»Dígame ¿una mujer infeliz tendría que sonreír todo el tiempo?

—Dime, ¿una mujer desdichada que quiere huir de un hombre estúpido que no es capaz de tocarla, ni hacerla sentir mujer, no sonreiría constantemente para distraer al imbécil y así huir sin la menor sospecha?

»Vamos, entra al cuarto, mírala tan apetitosa, tocarla un poco no te hará daño.

—No quiero lastimarla.

—Ven conmigo, entra al cuarto y mira cómo descansa. Déjame verla.

—¡No se le acerque! No quiero que la toque, ni mucho menos la mire. Usted no puede contemplarla.

»Si entra, sé que intentará seducirla y, de paso, ponerla en mi contra. Tal vez lo logre y ya ella no me verá con los mismos ojos, deseará estar con usted y la perdería para siempre.

—No tienes de qué preocuparte, jódela un poco, no nos hace mal que te la cojas un poco.

—No, no entraré al cuarto hasta que usted se vaya.

—¿Qué dices? ¡Imbécil!, recuerda que yo no puedo irme. Estamos inevitablemente atados.

»Si Ana me ve entrar es lo menos importante en este momento, hace horas que no entras al cuarto, y llevo varios minutos sin escucharla roncar.

—¿Y qué con eso?, a lo mejor despertó o dio giros en la cama hasta quedar cómoda.

—¿Estás seguro que está profunda en el cuarto? ¿Y si despertó y escuchó toda nuestra conversación?

—No, no creo.

—¿Ah, no?... Llevamos mucho tiempo hablando y tomando decisiones: si te la coges o no te la coges, que por qué con mamá no y con Bertica sí... Quizá se sintió humillada porque se enteró que prefieres a la cagada de Berta y no a ella, la hermosa mujer de tus sueños. Sería toda una lástima que Ana saliera huyendo de aquí y te dejara en ridículo...

—¡No es cierto!, Ana no tiene por qué escuchar nuestras conversaciones, además, ya le dije, ella no tiene que sentirse celosa de Bertica, el contacto con las gallinas me enseñó lo gratificante que es ayudar al prójimo. Todo lo que hago en el galpón son actos de solidaridad.

»Deje de intentar ponerla en mi contra...

—No seas idiota, jamás la pondría en tu contra. Si quiero que te la folles y te la tragues entera es porque estoy pensando en ti... Me produce lástima saber que llevas tanto tiempo comiendo solo cloacas... me da asco solo imaginar que te sale el palo untado hasta los huevos... La repulsión no me dejó volver al gallinero, solo tú eres capaz de seguir visitando ese cagadero.

—El gallinero siempre será mi lugar favorito...

—Sé que para ti es importante, tanto como lo es Ana. Lástima que ella se haya enterado y se haya ido...

—¿Se haya ido?, no, no, ella no tiene porque irse, no tiene por qué hacerlo, no tiene a dónde ir.

—Sí, estoy seguro de que se fue... Llevo un rato diciéndote que dejé de escucharla, ya no está durmiendo, huyó... no le quedó más remedio. La vergüenza la carcomió por dentro, no pudo soportar la idea de competir contra un montón de aves de corral... lo siento, de verdad lo siento mucho.

—¡No es cierto!, ¡Ana no se puede ir!, no se puede ir, no me puede dejar solo con usted... yo sé que sigue durmiendo en la

habitación o si despertó me espera tendida, quiere que la cuide y la mire, adora cuando le organizo el pelo en un moño alto, tal cual lo usaba mamá... ella no se puede ir, ella no se puede ir, me necesita, sabe que nadie más la cuidaría como yo, nadie más le haría la limpieza o le retocaría las uñas...

—Pero eso no lo es todo para una mujer... ella también quiere sentirse deseada. Le hubiera encantado que se la humedecieras con tu líquido... sé que tu micropene viviría dichoso en la cueva... pero Ana no pudo soportar tu verdad.

—Tengo que ir a verla, tengo que saber que está bien, que sigue acomodada en la cama.

—No pierdas el tiempo, no vas a encontrarla.

—¡Cállese! Me voy a asegurar que sigue en casa, que todas sus palabras son mentira y que ahí está esperando a que llegue a consentirla y cuidarla como solo yo puedo hacerlo. No hable más... voy a verla.

...

—¡Se lo dije! Ella no puede irse, el amor que nos profesamos es tan puro que realmente quiere compartir toda su vida a mi lado.

»Amor mío, no se desespere, aquí estoy, voy a cuidarla. Sabe que jamás la dejaré ir.

—Tanto silencio me asustó un poco y creí que Ana se nos había ido. Termina de derrochar toda tu compasión en esta pobre mujer... pero mírala tan pulcra ahí tendida sobre la cama, mírale esas piernas ¡Dios!... ayúdale.

—Sé que ella me necesita y por eso no puede alejarse de mí, ella adora todos mis cuidados. Nunca me lo ha dicho, pero sé que su silencio cuando la peino es la más pura muestra de amor... siempre se queda quieta cuando le agarro el pelo en un gran moño de tres centímetros de alto y lo ato en todo el centro del cráneo con un listón rosa.

**¡CÁLLESE! ME
VOY A ASEGURAR
QUE SIGUE EN
CASA, QUE TODAS
SUS PALABRAS
SON MENTIRA Y
QUE AHÍ ESTÁ
ESPERANDO A
QUE LLEGUE A
CONSENTIRLA Y
CUIDARLA COMO
SOLO YO PUEDO
HACERLO.**

—El mismo color que usaba mamá.

—No, no es cierto, el listón que usaba mamá era un rosado más intenso, además colgaban cuatro centímetros de cinta que se enredaban entre sus rizos.

—No gastes tu tiempo atándole el pelo, su calvicie la está consumiendo, dedícate a darle todo el amor y el calor que ella necesita. Mírala, tan fría que está...

—Claro que no, ella adora verse bella, además ama su peinado y el maquillaje de su rostro. Ahora está pálida porque poco sale a la luz del sol. Es que es alérgica y no puede exponer su piel; así que le aplico suavemente una crema café sobre todo su cuerpo, para que tome color. ¡Se ve preciosa!

—Su piel morena me recuerda un poco a la de mamá.

—No, la piel de mamá era un bello caramelo que hacía resaltar el negro de sus ojos intensos.

—Mamá era la delicia de la vereda. Más de un hombre moría de ganas por tenerla, lástima que no supo aprovechar todo el deseo que los hombres le teníamos, desperdició su vida con el imbécil de papá.

—Me asquea la idea de saber cuántos hombres deseaban estar en su cuarto, con papá era más que suficiente.

—Sabes que era una mujer bella como ninguna otra, por eso me divierte y me encanta este juego en el que pretendes que Ana se parezca a mamá.

—No es cierto, es imposible, nadie iguala la belleza de nuestra madre, además, no pretendo que Ana se parezca a nadie, solo paso mis días cuidando de ella y poniéndola bella.

—Si crees que no es cierto, entonces dime, ¿qué hace la falda roja preferida de mamá en el cuerpo escuálido de Ana?

—No, lo está entendiendo mal, esa falda roja, al igual que todas las prendas de mamá, están aquí en casa desde que ella murió. Jamás me atreví a botar una sola de sus prendas.

»Cuando Ana llegó, su ropa estaba mugrosa y tuve que ponerle esta linda falda.

—La textura de esa prenda me recuerda las veces que me colgué de las piernas de mamá para estar cerca de su sexo, sentía como esos puntos de lana roja rozaban mis mejillas cuando movía la cabeza en círculos, fingiendo muestras de cariño, cuando realmente estaba loco de deseo.... ¡Quiero tocar la falda!, quiero sentir de nuevo esos puntitos.

—¡Claro que no!, esa falda ahora es de Ana, por lo tanto me pertenece, usted no tiene por qué tocarla, no permitiré que ensucie esa fina tela con la grasa de su cara.

—Olvidas que todo lo tuyo me pertenece. Esa falda también es mía, pero arráncale todas esas plumas que le pegaste en los bordes, así jamás se me pondrá dura.

—No las arrancaré, Ana ama ese detalle, yo mismo las pegué a mano, una a una. Cada vez que limpiaba el gallinero, recolectaba en una bolsa plástica todas las plumas que mudaban, luego, seleccionaba las plumas con diez centímetros de largo y las guardaba con cuidado en el cajón que era de mamá. Sabía que algún día les daría utilidad, y mire, cómo se le ven de lindas a Ana esas 25 plumas rozándole las canillas.

»Cada vez que la muevo para asearla o broncearla, sus plumas le hacen cosquillas, le divierte el roce.

—Esas plumas no tienen nada de divertido, son un estúpido adorno que necesitas para creer que estás al lado de una gallina más. Eres un enfermo, deja tu obsesión por esas aves y ¡compórtate!, cógetela de una buena vez.

»Tenemos poco tiempo, en un rato se pondrá peor de lo que se ve ahora y ahí sí echaremos todo a perder.

—Ana no se pondrá mala ni se irá, siempre estará conmigo, sabe que me pertenece y eso la hace feliz.

»¿Cierto, mi amor, que usted no se quiere ir? Yo sé que es feliz conmigo y que allá afuera, el mundo jamás le ofrecerá tanto cariño como yo.

Usted ya es toda mía y no tiene por qué huir, nunca le haré daño.

—Aprovéchala, hazla más feliz, levántale esa falda y ¡cógetela!, humedécela, quítale esa resequedad y ¡cojámosla!

ELLA NO ES FELIZ COMPLETAMENTE, NI SIQUIERA LE BRILLAN LOS OJOS, Y TIENE LA BOCA TERRIBLE, SU SONRISA NO ES NADA NATURAL.

—No hay un nosotros, solo somos Ana y yo, usted no tiene lugar en esta relación.

—Claro que sí, yo soy quien le va a dar lo que tanto necesita.

—Ella no es feliz completamente, ni siquiera le brillan los ojos, y tiene la boca terrible, su sonrisa no es nada natural. Se nota que poco te esforzaste porque luciera mínimamente contenta.

—¿Por qué le cuesta tanto aceptar que ella realmente es feliz a mi lado?, que sonrío todo el tiempo, que no puede parar de curvar su boca, que conmigo conoció el paraíso, que no hay quien la ame como yo, que soy el motor de su vida, que sin mí... sin mí estaría tirada en una carretera cualquiera, muriéndose de frío.

»Ana, mi amor, ya sé que le asusta la voz de ese tipo, no le haga caso, finja no escucharlo, a él siempre le enoja que lo ignoren.

—Ella no tiene por qué ignorarme, muy pronto se dará cuenta de que al que desea es a mí, el valiente, el vigoroso, el macho que

sabe cómo satisfacerla, el que la haría por fin hablar y gritar de placer... Ya escucho sus gemidos proclamando mi nombre, pidiéndome que se la hunda hasta al fondo, que le meta los huevos si fuera necesario para acabar con su apetito.

—No lo escuche, cariño, no le haga caso a esa voz, por favor... él no puede acercarse a usted y ofrecerle todo el amor que yo sí tengo para darle, él solo quiere hacerle daño, fingirá que le hace el amor, pero no es cierto, él quiere ponerla en mi contra, pero nada de lo que diga es cierto, no le haga caso.

—¿Claro que no, yo no pondré a Ana en tu contra... ella misma se dará cuenta del perdedor que eres.

»¿Crees que se erice si le toco los pezones?... En fin, no interesa si su carne ya perdió la sensibilidad, su coño sigue abierto... a lo mejor se lo hundo por detrás.

—Ana, no lo escuche, él no le tocará los pechos, no podrá acercar su mano... Le cubriré los senos con plumas, así dejará de mirarla con deseo.

»Sé que el pegante puede adherirse mucho a la piel y que ya no podré quitarlas, pero tranquila, mi amor, esas plumas se le verán hermosas, quedará muy bella.

—¿Crees que cubriendo su pecho con plumas la alejarás de mi apetito? Ya no hay nada que me detenga, ya está en la mira. Al depredador nada se le escapa. Será mi cena. Me la cogeré y punto. No hay más discusión.

—No permitiré que se la coja... usted no puede alejarla de mí, no puede llevársela a ningún lugar.

—Yo no me la quiero llevar, me la puedo coger aquí mismo, en la habitación de mamá, no tengo ningún problema con el sitio.

—Ocho plumas, cariño, ya casi acabo...

—Tú también te la puedes coger en este sitio... animate un poco, eso del micropene era un juego más... Si con tu miembro le das

placer a las gallinas que tienen un orificio del tamaño de un huevo, ahora Ana con un orificio que es más pequeño que una cloaca, puede llegar perfectamente al paraíso.

—Quince plumas...

—Vamos, sácatela, desajústate el pantalón y te la sacudes un poco...

—Diecisiete...

—No temas, Bertica no tiene porque enterarse, a esta hora está profunda en el galpón. Esto será un secreto de los tres... mañana cuando despiertes podrás volver al gallinero.

—Veintiuno...

—Es un total crimen que le escondas esos dos melones y que cubras sus dos pezones, que se ven exquisitamente oscuros... cómo me gustan las de pechos negros.

—Veinticinco...

—Anita te está quedando muy bella, pero creo que le falta algo...

—Veintiocho...

—Le falta el lu...

—Treinta. Ahora sí está cubierta, ya podrá sentir el roce de las plumas todo el día. Siempre la veré sonreír.

—El gran lunar de la mejilla izquierda...

—¿Un lunar?

—Claro, necesito que pongas el lunar, así quedará más bella.

—¿De qué lunar habla?

—El de mamá.

—Ana no tiene nada que ver con mamá, ya se lo dije.

—Pero puedes fantasear que estás con mamá ¿no te parece muy divertida la idea?

—No la compare... mamá es demasiada mujer como para parecerse a Ana.

—Tienes razón, no se pueden comparar, pero sí podemos simular que es mamá... mírale el pelo negro, como el de mamá, atado como ella lo hacía; con su falda preferida, la que nunca se quitaba, siempre dijo que amaba el rojo... Ana tiene los mismos pezones oscuros, casi negros... antes que tú los cubrieras se podían ver pequeñas bolitas que le dan textura a las aureolas, lindo detalle, como para cubrir

AHORA SÍ ESTÁ CUBIERTA, YA PODRÁ SENTIR EL ROCE DE LAS PLUMAS TODO EL DÍA. SIEMPRE LA VERÉ SONREÍR.

con la lengua y dejar que hagan fiesta en el paladar... Lo único que le falta es el lunar del rostro y tendremos ¡un remedo de mamá!, ¡más tan bella como la original, pero penetrable.

—No tocaré su rostro...

—No te preocupes, yo puedo hacerlo...

—Mírale ese punto, ¡es igual al de mamá!, sería terrible que Ana viera su rostro rayado.

—Se ve...

—Dilo.

—Se ve hermosa.

—Lo sé, es la imitación más perfecta de mamá. No veía a mamá hace muchos años.... Pero mírala ahí la tienes, toda entera para ti.

—Es hermosa.

—No disimules, se te está hinchando...

—Claro que no.

—No puedes cubrirte, creo que se te va a rasgar la piel.

—No, ya le dije que no.

—El pantalón te está oprimiendo tanto deseo... ¡sácalo! nadie tiene que enterarse...

LLEVA MUCHO TIEMPO SIN SENTIR UNA VERDADERA CARICIA... NO LA DEJEMOS CON LAS GANAS. PODEMOS DARLE TODO LO QUE NECESITA, NO SEAS EGOÍSTA.

—Es tan hermosa que no puedo dejar de ver su cuerpo...

—Lo sé, sé que es bella y está toda entera para nosotros. Vamos, bájate los pantalones, no tengas miedo.

—No puedo... no puedo hacerlo, es mamá...

—Claro que no lo es, es una réplica, ella es Ana, una hermosa mujer que te ama y te desea... solo quiere tu calor... lleva mucho tiempo aquí, se muere de frío, dale calor. Vamos, no seas egoísta.

—Su cuerpo está cubierto, ya no puede sentir frío.

—Aún tiene frío, hoy completa cuatro días en casa, su piel ya está helada y rígida, ni las plumas ni las mantas podrán suplir el

calor de nuestras manos al tocarla. Lleva mucho tiempo sin sentir una verdadera caricia... no la dejemos con las ganas. Podemos darle todo lo que necesita, no seas egoísta.

—¿Necesita caricias?

—Sí; ella, al igual que mamá, necesita de un hombre que realmente le de calor en las noches y que se la coja con pasión... ¿ya no recuerdas cuando mamá se ponía histérica y lloraba todo el tiempo? ¿No recuerdas que papá siempre la ignoraba y se la hundía solo cuando él lo necesitaba? ¿No recuerdas que él se echaba un polvo ligero sobre su cuerpo y la tiraba de la cama pidiéndole que le hiciera de comer?, ¿ya lo olvidaste?

»El descuido de papá fue el detonante de la infelicidad de nuestra madre...

»No hagas sufrir a Ana. Sé que se durmió con el deseo de ser amada.

—Por un instante olvidé el llanto de mamá.

—Sabes que fue papá quien la hizo sufrir. Después de que lo matara ese cáncer de páncreas, a mamá no le quedó más remedio que seguir condenada a su infelicidad, todos los días lamentó el desprecio de papá, siempre quiso ser una mujer deseada... pero nunca logró su atención.

»No condenemos a Ana, ella no merece ser infeliz, vamos... tócala.

—Ana lleva tanto tiempo aquí tendida que seguramente ha olvidado lo que es un caricia...

—Ya lo olvidó...

—Puedo acercarme suavemente a su cuerpo y ver cómo reacciona ante mi presencia...

—Claro, tócala despacio...

»No temas, levántale la falda, explora todo lo que tiene.

—No puedo...

—Claro, súbete la tela... solo frótala un poco...

Un poco estará bien.

—Solo un poco. Solo para que sienta que estamos aquí.

»Para que no crea que la haremos infeliz, para que se dé cuenta que solo quiero ver la felicidad reflejada en su rostro.

—Claro, yo también quiero verla feliz, así que tócala.

—Tiene un lindo monte... sus cabellos son rizados y tupidos.

—Frótala, ver no es suficiente.

—Temo perderme en los rizos de su vello.

—No temas, entre todo su pelambre se encuentra tu tesoro, ¡descúbrelo!

—Es sedoso... si toco a profundidad puedo encontrar un pequeño punto. El cuerpo de Bertica no es tan perfecto, ni tiene tantos detalles como este...

—Claro que no, el cuerpo de Ana es perfecto. Y ese punto es toda una mina, ahora debes de excavar. Frótaselo en círculos, muy suavemente.

—Se siente bien tocar este botón.

—Claro que sí. Ahora, introduce despacio el dedo del corazón en su orificio más profundo. No temas lastimarla, a ella ya no puede dolerle nada.

—¿Todo?

—Claro que sí, estimúlala... haz que te desee.

—Cada que mi dedo se hunde en su cavidad, siento que bombea más prontamente mi sangre... creo que voy a estallar.

—No te preocupes, es tu miembro que reacciona al olor que su entrepierna emana y que mancha tus dedos. Aprovecha que su cuerpo ya está jugoso... ¡exhala deseo por todos los poros!

»Bájate los pantalones, no temas, todo es seguro aquí.

—¿Bajarme los pantalones?

YO SÉ QUE PUEDES HACERLO. YO CREO EN TI. ESTE CUERPO QUE COMPARTIMOS NECESITA SATISFACERSE, NO TEMAS MÁS

—Sí, eso es, desabróchate la correa.

—Muy bien. Ahora, suelta esos tres botones que aprietan tu entrepierna.

»Así vas bien. Quitáelos todos. Saca tus piernas de esos pantalones.... Muy bien, quítate los pantaloncillos y ponte en posición, imagina que es Bertica o cualquier otra ave... tú ya sabes cómo es la embestida.

—Es mamá... no puedo compararla con las gallinas.

—No, no es mamá... Imagínate el roce de ese torso sobre tu pecho, es una gallina a tu medida...penétrala, cógetela con la misma

pasión con las que exploras las cloacas, haz que tu pene se haga un festín entre estas paredes vaginales, ya dejarás de comer la mierda de gallina. Sácale provecho a los gusanos que vas a encontrar en este caño... deja que te soben, te harán cosquillas, pero no temas, no lo saques, sigue penetrando profundo, que los bichos, tú y yo seamos uno.

»Yo sé que puedes hacerlo. Yo creo en ti. Este cuerpo que compartimos necesita satisfacerse, no temas más ¡Cógetela! ¡Vamos!... ¡Vamos a explotar!

—Me puedo...

—Claro que sí, ponla en posición ¡y cabalguemos!

—Me puedo poner un poco encima, tal vez le quite el frío.

—Y la rigidez, no olvides lo tieso de su cuerpo.

—Puedo hacerla sentir mejor y quitarle su timidez, debe de estar tiesa del miedo, de vernos aquí encima de ella.

»Ya, mi amor, no tema, no vaya a hacer ruido, mire que ya es tarde y las gallinas duermen tranquilas en el galpón. No se asuste, no le haremos daño.

»Ya sé que está tensa por el pánico, pero no tema, no haré nada que no quiera que le haga...

»¿Tiene frío? ¡Dios! Mírese esa piel y esos pies duros, pero no se preocupe, ya le daré calor.

—Qué bueno eres, sabes que se muere del frío y harás todo lo posible para hacerla sentir cómoda. Qué buen hombre.

—Claro que sí, lleva varios días y no le he dado la atención suficiente, solo he pensado en el placer que me produce cuidarla y he olvidado sus demás necesidades

»Perdóneme, cariño, la he descuidado un poco. Permítame limpiarla. Tantos bichos alrededor le roban belleza, no paran de rondar por la casa.

—Ignora esos animales... hacen parte del paisaje.

—No puedo... con tantos bichos subiéndose en el cuerpo de Ana no puedo concentrarme. ¡Aléjelos! ¡Aléjelos ya!

—Listo, un poco de insecticida nunca está de más.

—Ahora sí, amor mío, ¿en qué íbamos?... no se preocupe, no le dolerá nada. Solo me recostaré un poco sobre usted; eso es, le daré un poco del cariño que tanto necesita, así... un poco... poco a poco...

—¡Húndesela!

—Poco a poco... déjeme adentrarme en su cuerpo y llevarla junto a mí al paraíso.

—Ya siento cómo se hunde...

—Me balancearé un poco, solo para que el roce nos produzca más calor. Solo un poco, amor.

—Rózala, rózala fuerte, ya siento como nuestro pene le toca los ovarios... ¡húndesela toda, de una buena vez! Necesito sentirla.

—Amo tener su cuerpo entre mis manos, amo sentir su plumaje sobre mi pecho. Sé que está asustada y por eso no puede contestar a mis palabras de amor, pero su entrepierna y su cuerpo son los que hablan. Sé que me ama tanto o más que yo, sé que no podrá irse, porque nadie la ama como yo lo hago... Mire amor, encontramos el lugar al que pertenece, aquí a solas conmigo.

—A solas con nosotros, Ana.

—No se asuste, ignore los gusanos.

—Solo sienta como nuestro pene navega por su entrepierna. Sienta cómo exploramos su coño lleno de moscas.

...

—La rigidez de su cavidad nos excita más.

—Es toda una delicia explorarle la cloaca.

—Es un enorme placer tener nuestro cuerpo en su cuerpo.

—Si sigue así de silenciosa, a lo mejor se la hundamos por detrás, los dos nos conformaríamos: usted por fin se sentiría amada y nosotros con nuestro cuerpo unísono podríamos reventar de ganas.

HILAR FINO



Por Natalia Cárdenas Morales

Cuando empecé el proceso de edición con el texto de Laura, mi mayor preocupación estaba fijada en ser demasiado invasiva. Si bien habíamos hablado de las claves a la hora de intervenir el cuento, hasta el último momento dudé de los límites entre las sugerencias y la imposición, pues parte del proceso también estuvo dado por la comunicación acertada.

En cuanto a esta comunicación, algunas veces fue difícil dar con el tono adecuado o las palabras precisas, pues en la construcción del cuento podía sentirme ligada a la historia, pero también debía alejarme de ese sentimiento en función de una mirada crítica, ya que necesitaba ayudar a organizar las piezas en vez de solo amontonarlas.

Además de esto, cada revisión suponía un nuevo reto. Primero me enfrenté a los recursos técnicos que ayudaban o no en el texto, luego a los momentos esenciales de la historia y, finalmente, repasé los detalles de aquel tejido que constantemente recibía nuevas puntadas.

Por otro lado, creo que el proceso de edición siempre puede encontrar cómo hilar más fino, porque cada cambio presenta posibilidades que pueden, o no, ayudar al rumbo de la historia, y esta decisión constante, si bien puede estar sugerida por el editor, debe ir de la mano de la visión del escritor. Así, la elección del texto final es el acuerdo de la mejor posibilidad.

elipsis

2017

ÚLTIMO DÍA



Laura Moreno

1.

Y mi último día, bueno, no era un día raro en ningún sentido. No había partidos importantes ni elecciones presidenciales ni noticias de niños perdidos ni avalanchas en países pobretones ni nada. Solo el aburrido amanecer de un 29 de enero en el que tenía que levantarme temprano porque eso iba a marcar el rumbo del resto de mi vida, o algo así muy dramático y trascendental, el aburrido amanecer en el que apagué el despertador, dejando caer mi puño encima de él, y quise volver a dormir. Me puse una almohada encima de la cabeza para volver a ese sueño de imágenes extrañas que corrían en mi mente como el tráiler de una película de acción y, aunque estaba muerto de cansancio, no pude volver a dormir profundamente o caer en coma vegetativo, como me hubiera gustado. Apenas cerré los ojos un poquito cuando sentí que zumbaba algo cerca. Me estiré bajo las sábanas y, confundido por ese ruido que empezaba a retumbar en mi mesa de noche, volví de esa otra dimensión con los ojos pesados y queriendo quedarme ahí en la cama, medio dormido, inconsciente tal vez. Yo no usaba mucho el despertador y ahí estaba ese día, perforándome la cabeza.

Ese sueño que interrumpió la alarma se había vuelto recurrente. Siempre empieza igual: yo afuera, en el jardín de mi casa desde donde podía ver perfectamente al interior de la sala como si no hubiese cortinas ni ventanas en medio. Luego, me

UN AÑO ANTES DE MI ÚLTIMO DÍA, EL ANTERIOR 29 DE ENERO, JUAN VIVIÓ TAMBIÉN SU ÚLTIMO DÍA.

veo frente a mi papá mientras me grita, pero en el sueño de esa vez, así como de la nada, la sala se oscureció. Cuando los rayos de luna se metieron por las ventanas, vi a mi papá sentado en la mesa con las manos detrás de la espalda. Las entradas de la cabeza dejaban ver su frente extendida, llena de arrugas, y miraba hacia los lados preocupado; sacó del bolsillo trasero una cajetilla de cigarrillos, se puso uno en la boca y pareció como si hubiese sentido el fogonazo bajándole por la garganta con la primera bocanada de humo, porque frunció el ceño y tosió un poquito. Otra vez se oscureció todo, solo se veía una chispa roja intermitente.

Aunque era el de siempre, el de esa noche había sido un sueño raro, como escenas que se cortaban o algo así. Pero tenía sentido, eso hace la gente cuando está nerviosa, se esconde. Me gustan los sueños raros porque puedo sentarme a escribirlos en mi bloc. Hay algo chévere en la escritura, como misterioso; a mí me gusta leer e intentar escribir igual que los autores, siempre me ha gustado eso.

Pensé que a mi familia le importaba algo lo que yo quisiera o que, al menos, lo entendían, por lo menos mi mamá y Juan, mi hermano. Mi papá es otro caso, de él uno no espera que entienda. Es

el tipo de señor que no deja hablar en las conversaciones, sino que empieza a decir una cosa, tras otra, tras otra, tras otra hasta que cansa a la gente y lo dejan con la palabra en la boca, sentado en su sillón de cuero frente a su escritorio de paño verde. Pero antes de dejarlo hablando solo, uno baja la cabeza, se queda mirando esa alfombra sucia que tiene en su oficina de la constructora, y le hace caso en lo que diga porque tiene una voz muy fuerte. Así es él, Gregorio. Y se hace el incomprendido.

Un año antes de mi último día, el anterior 29 de enero, Juan vivió también su último día. Todo lo que había pasado hasta ese 29, el reconocimiento en la morgue, el funeral, el entierro y las horas llenas de silencio que siguieron a la muerte de mi hermano, eran como cuerdas de nylon que amarraban todo en la casa, ventana a ventana, puerta a puerta. Yo tenía dieciocho años cuando él se murió, ¿y se supone que ya tenía que planear los próximos cuarenta años de mi vida? Bueno, pero lo de la escritura era solo una afición. Además, no me iba bien en Español en el colegio, la verdad no podía escribir muy bien, tenía muchas fallas de ortografía y nunca leía lo que ponían en clase. No era muy consciente de mis verdaderas aptitudes, pero no tenía más expectativas, y no era tanto como un sueño para dedicarle la vida ni nada por el estilo. Llevaba un año sin hacer nada desde la muerte de Juan. Aun así, algo tenía que hacer, ¿y por qué no dedicarme a la escritura? Podría mejorar con el tiempo o meterme de profesor “Maestro Padilla”, porque la labor docente es igual de honrosa e incluso mucho más respetable que la de un escritor sin oficio.

Antes del 29 de enero no había pensado en las privaciones, la inestabilidad ni la lástima en los ojos de todos los que me veían como un tontico, un pobre baboso porque yo era un niño que se la pasaba por ahí con el codo en la mesa y la cabeza en la mano, escribiendo historias de las que Juan se reía porque creía que eran invenciones producto de tanta televisión. A veces extraño a Juan porque era amable, como cuando nos metimos a la oficina de papá el día de su importantísima reunión con los gringos, y él asumió toda la culpa del desorden que habíamos hecho. Era un buen tipo a veces.

En fin, fue en la noche anterior a esa alarma del 29 de enero que tuve una pelea con mi papá. Había empezado a anochecer desde muy temprano y ya casi no caminaba nadie por las calles. Siempre supuse que era así por el burdel disfrazado de hostel que robaba el aliento del barrio cada vez que se abría la puerta. Todos se hacían los maricas con lo que en serio pasaba. Había mucho flujo de carros de alta gama por ahí, así que tocaba tener cuidado al cruzar porque podía atropellarlo a uno la camioneta de alguien que buscaba compañía, y porque era muy común que atropellaran a la gente y no fueran capaces ni siquiera de bajarse de la asquerosa camioneta para ver si el pendejo estaba muerto.

Pero bueno, yo llegué a la casa como a las cinco, supongo, porque había pasado toda la tarde donde una amiga y estaba feliz, calmado, bien.

Gregorio es un hombre grande, de huesos anchos y músculos pesados, a diferencia de mi mamá, que es más bien delgada y bajita. Desde la muerte de mi hermano, los dos habían perdido peso y tenían ojeras marcadas como si hubieran salido cansados de un *ring*, pero ese día a los dos parecía hervirles la sangre, al fin listos para contraatacar. Ella tenía los ojos inundados y apretaba los dientes cuando me abrió la puerta y me dijo que fuera al comedor, sin siquiera saludarme.

Gregorio estaba de pie frente a la mesa donde ya nadie comía y alcanzaba a ver ese sobre con los papeles de la universidad, que había estado escondiendo por casi un mes. Algún descuido tuvo que haberme traicionado. El asunto es que no puedo recordarlo todo muy bien; en algún momento vinieron los gritos, las amenazas de mi papá: “Te vas de mi casa, gran pendejo”; los ruegos de mi mamá: “Es por tu bien”; la zarandeada; la pelea entre ellos; yo, perdiendo la paciencia; la cachetada de mi papá. No fue un asalto épico, porque podría verlo si hubiese sido así, pero me dejó tan cansado que tuve que encerrarme en mi cuarto y esperar a que se me bajara el calor para poder dormir. Gregorio siempre me hace quedar mal. Él sabe que sí. Lo que no puedo saber es si lo hace a propósito o no, porque siempre es una pelea cuando quiere que uno haga algo o cuando uno no está haciendo nada. Siempre está mostrando los dientes, eso es todo.

ÉL SABE QUE SÍ. LO QUE NO PUEDO SABER ES SI LO HACE A PROPÓSITO O NO, PORQUE SIEMPRE ES UNA PELEA CUANDO QUIERE QUE UNO HAGA ALGO O CUANDO UNO NO ESTÁ HACIENDO NADA.

Por eso, cuando me desperté a la mañana siguiente, con esa alarma y con las ganas de seguir durmiendo, se me vino a la cabeza que ese día era el último, el momento final para huir o quedarme a echar raíces en ese pantano que era mi casa por esos días. Volví a escuchar la alarma a eso de las diez de la mañana, porque obviamente me había quedado dormido sin darme cuenta. Cuando me giré, un calendario decía: ÚLTIMO DÍA con líneas que casi rompían el papel sobre la casilla del 29 de enero. Y aunque había apagado la alarma, tenía todavía el sonido incrustado entre oreja y oreja.

2.

Alguna vez Juan me llevó a un parque de diversiones donde había un laberinto con espejos por todos lados; era de esos en los que uno corre hasta una salida y se estrella contra el espejo porque la salida no era esa, sino un reflejo. Bueno, todo ese año después de la muerte de mi hermano me estuve dando golpes contra espejos. Me jode que haya sido así.

Volviendo a la mañana esa, la verdad es que yo no sabía ni cómo tender una cama. Durante esa semana mi mamá no había podido ir a limpiarme el cuarto porque estaba ocupada preparando las cosas para la Misa de Difuntos. Después de levantarme, agarré las sábanas y las envolví en un único cúmulo de tela, lo puse encima del cabezal y me senté en la silla del escritorio. Tal vez no haya cambiado mucho. Justo como hoy día, mi cuarto estaba lleno de hojas de revista, camisas arrugadas, medias enrolladas y apiladas encima de montones de ropa, bolsas plásticas anudadas donde guardaba más basura y platos con comida. Pero, entre tanto chiquero, había algo que estaba como fuera de lugar: el sobre de manila arrugado por las manos de Gregorio. Las manos que dislocan todo.

Lo cogí del escritorio donde lo había dejado y pensé en mi mamá; todavía me duele recordarla así, con los ojos llenos de lágrimas, parada en la puerta esperando que no nos fuéramos a los golpes, porque casi que alcanzaba a mi papá en altura. Era la primera vez en la vida que la veía así de infeliz, como un animalito herido. Cuando intenté confrontar a Gregorio en la pelea, ahí cuando estuvimos en el punto del derribo, ella me cogió de un brazo y me haló para atrás.

—Vete ya para tu cuarto y no salgas hasta que se vaya tu papá —me dijo.

Al tiempo que subía por las escaleras escuché un estruendo, me volteé y pude verlo a él cerrando los ojos, con una respiración bestial, las venas le iban a estallar. Mi mamá estaba recogiendo los

fragmentos de un plato que estaban esparcidos por el piso. Bueno, tal vez no era un plato... no sé, el hecho es que sonó algún golpe y corrí pensando que el siguiente era yo. Todavía soy un muchacho tolerante, en serio que sí, incluso obediente, como todos. Pero a un adolescente no se le dice todo el tiempo: “¿Por qué no haces esto, Miguel?” “¿Por qué no haces aquello?” “Te lo dije a comienzo de año.” “¿Qué es este chiquero?” “Párate bien, Miguel” “¿Por qué no me escuchas?” No. A un muchacho se le debe dejar ser libre como el viento. Al menos, hasta que descubra el hambre... no sé.

En fin, volviendo al 29, la mañana se me pasaba lenta. Cuando estuve cerca de la ventana vi a Gregorio mientras se metía al carro. Parecía más imponente que la noche anterior, el mal humor le daba una dureza extraña a su cara y en ningún momento desvió los ojos hacia el ventanal por el que lo miraba. Él es un hombre práctico, siempre busca la manera de hacer que todo se haga más rápido y con mejor calidad; ve el mundo como a su empresita. En ese momento se subió a su Chevrolet y se alejó.

Cuando bajé, pude ver a mi mamá en la cocina, dándome la espalda. Usaba el cabello negro a los hombros, pero se lo recogía en una moña a la nuca desde el entierro de Juan y combinaba ese hábito con los taconitos negros que no se volvió a quitar desde ese día, y que seguro aún llevaban algún rastro de la tierra que cubría su tumba. Tierna, la vieja Imelda. La cocina estaba impecable, como un templo, ni un frasco salido de su lugar. Había una ventana justo encima del lavaplatos y por ahí entraba una luz blanca. Como ella iba vestida con un saco de ese mismo color, parecía como si estuviera saliendo de ese haz. No me atreví a interrumpirla, simplemente empecé a hacer ruidos en el marco de la puerta para que se diera cuenta de que yo estaba ahí.

—Ya está tarde... ¿viste dónde te lo dejó? —dijo sin mirarme.

Después de lo que había pasado la noche anterior no encontré una forma más casual de hablarme. Me acuerdo de las palabras porque simplemente eran raras, las había dicho con un tono fingido, como

**PARECÍA MÁS
IMPONENTE
QUE LA NOCHE
ANTERIOR, EL
MAL HUMOR
LE DABA
UNA DUREZA
EXTRAÑA A
SU CARA Y
EN NINGÚN
MOMENTO
DESVIÓ LOS
OJOS HACIA
EL VENTANAL
POR EL QUE
LO MIRABA.**

cuando uno habla con respeto, pero en realidad quiere escupir al otro, o algo así. Era como si no hubiera pasado nada. Se movía con tanta seguridad que, incluso, pensé que en serio nos íbamos a olvidar de todo y a seguir con la vida. Pero cuando le respondí que sí lo había visto, que me lo había dejado en el escritorio, ella giró y la miré directamente a la cara, reconocí, otra vez, los ojos del que ya está contra las cuerdas: hinchados y rojos, la nariz todavía congestionada, pidiendo que se acabara todo, levantando la toalla blanca para tirarla. Luego siguió actuando con esos hábitos tan propios con los que me había criado: esa manía de siempre pedir el favor, incluso cuando le estaba dando a uno órdenes, cubrir los platos con servilletas mientras nos acomodábamos en la mesa para que no “se les pararan los animales”. Hace meses que no hacía los sánduches de queso cortados en triángulos, porque eran los favoritos de Juan, pero ahora le dio por volver a ser tierna conmigo, por retomar sus costumbres de mamá dedicada.

Se sentó a desayunar conmigo, como si nada, en completo silencio, otra vez. No había nada más para discutir, nada que escuchar o protestar. Nada. Se iba a hacer lo que Gregorio quería: que yo hiciera caso, eso era todo lo que se necesitaba. Desayuné rápido y me iba a parar con la excusa de llevar los platos a la cocina, aunque nunca lo hago, cuando me agarró del brazo.

—Estás castigado, Miguel. Te devuelves apenas termines el mandado —dijo mientras me halaba.

Siempre se delataba cuando intentaba sonar severa, por eso nadie en la casa le hacía caso.

Desde que uno nace las mamás lo están controlando. Le escogen la ropa, lo obligan a acompañarlas en las visitas a las amigas, le prohíben a uno hacer lo que le gusta, comer lo que le gusta y hasta decir lo que uno piensa. La verdad es que a los quince me cansé y me compré mi primera camisa de heavy metal, las serifas alargadas y chorros de sangre escurriendo de las mayúsculas; nunca escuché una canción de esas completa, pero a mamá le molestaba verme con eso puesto, y por eso fue que la guardé. Ese día la saqué del

fondo de la caneca de ropa sin doblar. Después de tres años aún me quedaba y me la puse, sacando pecho como un varón. Saqué los pantalones más roídos que tenía y me los puse sin cinturón, luego los tenis: Converse negros por tanta mugre. Solo porque me creía bonito dejé que el pelo me creciera y me hice a la imagen de un metalero... algo pobre, pero metalero al fin.

Cuando estaba a punto de salir, me la encontré frente a la puerta con una camisa azul, un pantalón oscuro y una corbata colgándole del antebrazo.

—¿Llevas el sobre, cierto? ¡Lo encontré tirado! ¿Cómo no se lo iba a decir a tu papá?

La típica cantaleta. Yo seguí derecho y aproveché que se había movido cerca de mí para girar la perilla y salir corriendo por la puerta principal. Los vitrales temblaron cuando le tiré la puerta.

Había estado lloviendo mucho, pero hay días de días. En ese, el sol brillaba en el centro del cielo. En el mismo momento en el que abrí la puerta sentí ese tufo caliente que queda flotando en el aire, ese que le hace a uno ver como agua temblorosa a lo lejos. Esas olas lo dejan a uno fulminado. Me empezaba a bajar el sudor por las sienes y yo, con ese pelo largo. Y, luego, como un fantasma, la sentí detrás de mí.

—¡Miguel! ¡Venga para acá! ¡Miguel!

Le grité, fue la primera vez que lo hice. Le dije que dejara de joder y luego salí corriendo.

Bueno, quién podía pensar bajo el tremendo solazo que hizo ese día. Era raro, pero sentía el sonido del calor, era como un zumbido rancio del medio día, seco, tembloroso, ahí atrapado en la garganta. Y como el huevón que sigo siendo, no cargaba nada para refrescarme, ni un chorrito de agua. Estaba más o menos como a hora y media de la universidad a la que me tocaba llevar los papeles de inscripción, pero a los diez minutos de caminata ya estaba sudando petróleo, una punzada me estaba vaciando los jugos estomacales y las plantas de

SIEMPRE SE DELATABA CUANDO INTENTABA SONAR SEVERA, POR ESO NADIE EN LA CASA LE HACÍA CASO.

los pies me palpitaban. Además, me dolía el estómago y no podía hacer nada con ánimo. Así que caminé lento, para no empeorar el dolor, hasta la parada de los buses, a esperar uno que me acercara a donde tenía que ir. Yo quería correr y correr y esconderme en algún campo en las afueras de la ciudad, en algún potrero. Viviría de las frutas que me robaría de los cultivos y de las tiendas, pero solo cuando tuviera mucha hambre, claro está. Y seguiría vagando, caminando solo, acompañado por las nubes que cambian de color cada minuto, que están justo encima de uno, con ese vacío infinito sobre la cabeza. Y leería mucho, mendigaría libros por los pueblos, o algo así. Tendría que llevar una libreta para anotar cualquier cosa que se me ocurriera.

Por eso, así como no me levanté temprano, dejé pasar varios buses mientras llegaba a la estación. Pude haber corrido, pero usé el semáforo que estaba muy lejos, y dejé que la luz cambiara varias veces para cruzar por el paso peatonal. Cada minuto que desperdiciaba era mío, no le servía a los propósitos de nadie más que a los míos. Así tuviera ese día como último plazo para llevar los papeles, era mi tiempo... y siempre es bueno ser un buen ciudadano. Juan no cruzó por donde se supone que es seguro y no le fue bien. Uno también puede ser rebelde cumpliendo la norma.

3.

Aunque en realidad no sabía cuánto tiempo me iba a tomar hasta la universidad, era obvio que no me iba a matar corriendo hasta ningún sitio. Llamé a Laura, yo seguía en la banca de aluminio del paradero, y quedamos de vernos en su casa. Escuché su risa por el teléfono y casi vi cómo le rebotaban los rizos y le caían en la espalda, sobre los hombros, encima de la frente, tapándole los ojos, y cómo se los levantaba con una mano mientras me miraba. A ella le gustaba reírse mucho, eso era todo lo que yo la veía hacer, a toda hora, por cualquier cosa. ¡Hombre!, sí que me gusta cuando la gente es feliz porque con un cómplice feliz se puede hacer tremendo escape.

Justo cuando me puse en camino para donde Laura, el día se oscureció de un momento a otro, como es normal en esta ciudad, y yo no llevaba sombrilla. No importaba cuánto creyera haber guardado todo en esa estúpida maleta que cogí del armario, me iba a mojar. Solo me quedó fruncir el ceño y cerrar los ojos, mientras me caían las gotas en los párpados. También estaba lloviendo el día que enterramos a Juan. No muchos lloraron ni gimotearon ni nada. Sentimos las gotas en la cara, las manos frías, las narices que goteaban, era un clima en el que nadie parecía respirar. Todo se hizo en un silencio total. Es una imagen extraña la de un muerto, porque está ahí acostado como un cascarón. Porque ya no están ahí, pero es difícil hacerse a esa idea cuando uno lo recuerda riéndose, gritando, corriendo, jugando; sobre todo Juan, que siempre estaba como electrificado por algún tipo de espíritu que no lo dejaba descansar. Uno se sorprendía cuando se enteraba de todo lo que podía hacer en un solo día. Siempre andaba en algo, en lo que fuera: trabajando, leyendo, conociendo gente, moviéndose. Me acuerdo que cuando me acerqué para verlo no sentí nada. Mi mamá me abrazó y los hombros se me llenaron de agua.

Empezó a llover y, como yo no tenía sombrilla, tuve que esperar a que pasara el aguacero bajo el toldo de una cafetería. Me arrastré

**SENTIMOS
LAS GOTAS
EN LA CARA,
LAS MANOS
FRÍAS, LAS
NARICES QUE
GOTEABAN,
ERA UN CLIMA
EN EL QUE
NADIE PARECÍA
RESPIRAR.**

a un rinconcito en el que habían dejado una silla abandonada, alejada de las mesas. Hay muchas cosas que no recuerdo muy bien, una de ellas es por qué empecé a pensar lo que pensé en ese momento. Tuve estas visiones extrañas que a veces se me cruzaban con la realidad. Frente a mí estaba este tipo, un completo desconocido, que parecía tener la misma edad de Juan. A todos los que esperaban conmigo en esa tienda los mojé la ola que levantó un camión a toda

velocidad, incluso al tipo aquel. Me lo imaginé bañado en sangre, en la misma posición, esperando a que dejara de llover, sin ninguna herida visible. Solo estaba quieto y bañado en sangre, muy casual. La luz lo hacía ver hasta pálido. Si hubiese estado ahí bañado en coágulos y campante habría sido muy... chistoso. Laura me llamó y me distraje hablando con ella. Cuando quise volver a concentrarme en el tipo, había desaparecido sin haberse volteado siquiera una vez. No tenía por qué hacerlo, pero supongo que necesitaba verlo. Quería taparme la cara cuando me empecé a reír, porque me tocaba limpiarme cada rato los ojos con la manga; me salían lagrimitas y me ardía la garganta.

Laura me recogió unos minutos después bajo una sombrilla transparente. Cuando llegamos a su casa, no podía quitarle los ojos de encima mientras ella buscaba las llaves en sus bolsillos para abrir la puerta; ella sabía que me gustaba halar los cabellos que se le quedaban por fuera de la trenza amarilla; la risa de mi molestadera no la dejaba encontrarlas.

Ya adentro, busqué el rincón de la ventana por donde se filtraba un vientecito. En la casa de Laura era fácil encontrarse con grietas y desorden, pero hacía parte del encanto de una casa de locas. Aun así, todo era acogedor. No podía ir tanto como yo quería porque a la mamá de Laura no le gustaban las clases de religión en los colegios, clases “que no permitían el libre pensamiento y el desarrollo de la autonomía espiritual”; y mi papá opinaba que a la hija de ella le hacían falta porque “sin papá en la casa, quién se asegura de que vaya por el buen camino”. Él es el tipo de hombre que ofrece consejos a quien no los pide.

Y, por eso, terminábamos las tardes en el parque cercano al colegio, solos y echados en el pasto. Cada vez que íbamos a su casa, insistía en que tomáramos una ruta mucho más larga, solo para poder espiar a un tipo indigente que vivía cerca. Se quedaba mirándolo y se burlaba de mi miedo a que nos atracasen, diciéndome que debían soltarme más la correa. Yo la acompañaba en su sonrisa, en su burla. Ella era mi única amiga y un poco loquita. No es que fuera malo con las niñas ni mucho menos, pero todas eran unas tontas, y ella, no. Es que hasta el silencio con Laura era diferente. Cuando no

estaba su mamá, nos sentábamos a ver una película o a seguir a las gotas mientras se perdían escurridas en las bisagras de las ventanas, y nos hacíamos compañía. Me acuerdo que un día en el que llovía mucho yo la abracé porque se había ido la luz. E incluso cuando llegó la luz nos quedamos en la sala, abrazados. Por eso ella era mi amiga.

Cuando le sentí la mano fría sobre la mía me di cuenta de que se había sentado muy cerca de mí en el sofá, pero de forma incómoda, como si quisiera sentarse en mis piernas o algo así. Me cogió las manos y hasta acomodó mis brazos encima de sus hombros. Me preguntó qué era el sobre que yo traía porque lo había visto cuando abrí la maleta para sacar mi celular, pero eso no importaba. Le dije que iba a hacerle un favor a mi abuela en el hospital. Quedó sorprendida, le gustó que fuera amable con mi abuela, supongo. Le pregunté si ya había decidido qué hacer con el resto de su vida, pues, porque nunca se decidía. Se le ponía la cara roja y bajaba los ojos, toda confundida. La veía muy bonita cuando hacía eso, la pobre. Me dijo que quería irse a viajar, no me acuerdo a dónde, y muchas cosas más. Es extraño cómo la gente tiene esta capacidad de pensar en muchas cosas, de imaginarse haciendo locuras y soñar que logran todo lo que han querido en la vida.

Me senté con la espalda recta y le agarré las manos mientras hablaba. Me sentí inspirado; le pedí que se fuera conmigo y que viviéramos como los personajes de una película: haciendo el dedo para que alguien nos sacara de la ciudad, en un trabajo temporal, que no tomara mucho esfuerzo, y viviendo en carretera, conociendo el país, el continente, si ella quería. Pero teníamos que irnos ya.

Me dio un beso en la boca y se salió de la sala casi que saltando, como un pony en una pradera, o algo así. Era una afirmación, un acuerdo entre los dos. Nos íbamos a fugar. Solo tenía que esperarla un poco más.

Volvió después de unos minutos y era muy obvio lo que ella quería que pasara, porque se había cambiado, tenía puesta una faldita, se había puesto labial y echado perfume. Se sentó a mi lado, cruzó las piernas y me cogió las manos. Yo no sabía qué hacer, claro que ella me gustaba, pero me quedé tieso en la silla. Ella me empezó a

**CREO QUE NO ES
NECESARIO LLEGAR
TAN LEJOS PARA
CONOCER A ALGUIEN
DE VERDAD; LA**

**AMISTAD ERA MÁS
IMPORTANTE Y NO
PODIÁAMOS PERDER
TIEMPO, HABÍA QUE
PLANEAR EL ESCAPE.**

preguntar cosas, hacía chistes, pero no le escuchaba lo que decía, no sé, no estaba en ánimos de eso. Creo que no es necesario llegar tan lejos para conocer a alguien de verdad; la amistad era más importante y no podíamos perder tiempo, había que planear el escape.

Le pedí que saliéramos a caminar, por el aire fresco, para planear algunos detalles antes de la salida. Cuando no me respondió con su eterna sonrisa, sus ojos casi cerrados y arrugados y los dientes brillantes, el silencio me congeló hasta las manos. No pude agregar nada antes de que se fuera a cambiar. Y, ahí mismo, mientras la esperaba en la puerta y pensaba en algo para calmarla, sentí que el celular vibraba. Obvio no le contesté a Gregorio, que seguro me quería gritar otra vez como lo había hecho en la pelea de la noche anterior, y cada día de mi vida desde que tengo uso de razón.

Me hubiera gustado quedarme en la casa de Laura hasta la noche, hasta que tuviéramos todo listo para irnos, pero ella tuvo que embarrarla llevando al imbécil ese. Tal vez ni lo llamó, él solo fue porque quiso, no sé cómo ni por qué aterrizó esa tarde, pero ahí estaba cuando salimos, lo reconocí al instante, era el vecino que vivía frente a ella, el imbécil de Iván.

La agarró de la cintura, la abrazó con fuerza, y tuvo el descaro de mirarme fijamente cuando me extendió la mano. Él era del tipo de hombre al que uno tiene que agarrarle la mano con fuerza para dejar el mensaje claro.

Ella no levantaba la mirada del piso, y esperábamos mientras jugaba a remover unas piedras del camino con la punta del zapato. Los dos empezamos a hablar al tiempo, él se quedó callado y, cuando pensé que me estaba cediendo la palabra, volvimos a coincidir; obviamente se hizo un ruido terrible. Laura reaccionó y saltó hacia la casa. Al seguirla, los dos chocamos los brazos con el marco de la puerta. Yo le gané la entrada por unos segundos y me senté en medio del único sofá de la sala, mientras él buscaba un banquito para acomodarse.

Sentí un olor a maracachafa empujándose por mi nariz cada vez que intentaba hablarle. Ella seguía muy campante, muy dichosa, riéndose. Me había mencionado a Iván muchas veces, pero no

tenía mucha cabeza para sí misma y olvidaba contarme lo más importante de sus amigos, como que eran fumadores frecuentes de marihuana, y se autoinvitaban a las casas de otros. Hablar con Laura era recoger pedazos de un millón de conversaciones pasadas.

En realidad, lo peor fue que ella lo miró y se siguieron riendo, mirándose fijamente. No supe qué hacer. Yo la conocía como a nadie más, y si ella se comportaba con tanta confianza con alguien era porque algo había pasado antes. Eso no me lo sacaba nadie de la cabeza, que ella y ese tipo tenían algo. Durante una hora se pusieron a hablar de sus futuros y yo seguía esperando que Laura alardeara del nuestro, pero se lo guardó todo el tiempo. Par de bobos.

Él era ese tipo de los que nunca sale de ese único año del bachillerato en el que fue el mejor en todo; de la materia o el hábito que marcó sus gustos estúpidos, como leer y creer que se puede escribir después, y que se va a ser bueno en ello o que se va a conseguir una vieja que lo quiera...de esos que terminan su vida cuando se gradúan porque no tienen motivación para hacer nada y, además, se aferran a sueños estúpidos, a esfuerzos inútiles, a las preguntas de lo que pudo haber sido, sin reconocer que simplemente no van a ser felices porque no tienen ni dónde caerse muertos. En este mundo todos necesitan algo a lo que aferrarse, y eso tiene que ser algo real y que dé para comer, no un sueño de adolescente estúpido.

El tipo se veía muy relajado, la camisa negra estaba rota en el cuello y estaba usando un pantalón anchísimo con tenis viejos y rotos. Ridícula su pinta. Todo de negro, hasta el pelo. Decidí quedarme, aunque ya eran las tres de la tarde y solo tenía tres horas para llevar los papeles, porque me había prometido escaparse conmigo; tenía que pasar apenas nos deshiciéramos del amigo, el imbécil ese. Le cogí la mano a Laura y entrelacé sus dedos con los míos. Seguro que si uno le pregunta a ella si se acuerda de mi gesto, dirá que no, que estaba muy ocupada pensando en qué cerveza le gustaría tomar a su amiguito Iván y en salir a comprarla aunque estuviera lloviendo.

**EN ESTE
MUNDO TODOS
NECESITAN
ALGO A
LO QUE
AFERRARSE,
Y ESO TIENE
QUE SER
ALGO REAL Y
QUE DÉ PARA
COMER, NO
UN SUEÑO DE
ADOLESCENTE
ESTÚPIDO.**

Era un tipo estúpido, pero quería saber por qué parecían tan cercanos. Cuando le pregunté, el imbécil empezó a hablar de cochinadas, de las porquerías que hacía con todas sus amigas y quería que yo le contara de mis hazañas con mi única amiga. Obvio me inventé una revolcada de dimensiones bíblicas, pero no seguí porque Laura apareció en el pasillo, cerrando la sombrilla, y sonriéndonos con unas bolsas de papel en las manos. El tipo se hizo el inocente y siguieron hablando los dos; claro que, cuando pude, le agarré la mano a ella. Me joden los celosos, podría vomitar sobre ellos, pero no sé, soy uno, supongo.

A ratos me metí en su conversación. Les dije que quería ser escritor, que quería leer mucho y quedarme en eso y después vería qué hacía con mi vida, pero que yo quería dedicarme a escribir y volverme famoso por eso. Me sentí libre de contarles todo a ese par de tontos soñadores. Laura se puso feliz otra vez. Nos vi recorriendo Machu Picchu y la Pampa, pero Iván se empezó a reír después de que acabé de contarles de mis planes. Y seguía riéndose. Una hora gastada. No había razón para reírse, no era chistoso. Me aburrí demasiado, la charla no progresaba hacia nada interesante.

Aunque no contestara el teléfono, sabía que tenía por lo menos seis llamadas perdidas de Gregorio.

La risita era ya muy estúpida cuando escuché que mencionaba mi nombre el tipo ese y me comparaba con Moe Szyslak. Cuando le dije que era un imbécil que se la pasaba hablando basura, y que seguramente sería un ganapán por el resto de su vida, Laura me echó de su casa, aunque el tipo no se hubiera quedado callado tampoco. Yo siempre pensé que nos teníamos el uno al otro como amigos y que eso era suficiente. Yo solo tenía una amiga y era ella. Eso era todo y pensé que ella tampoco necesitaba nada más. Podría haberle roto la mandíbula al maldito imbécil de Iván que se creía tanto, haberle reprochado a Laura su mal gusto, y decirle que era una tonta sin remedio por preferirlo a él, pero no lo hice. Me levanté y me fui. Seguía lloviendo y no tenía ganas, pero había que hacerlo, había que llevar los papeles. Me jodí en ese momento, no tenía más amigos para pasar el rato.

4.

Yo le decía a Juan que no quería entrar a la universidad porque salía de un encierro para entrar a otro. Nunca me fue bien en el colegio, y no es que yo sea bruto. No, señor. Eso no tiene fundamento. Yo quería probar a ser libre un rato, perder el tiempo en lo que me gusta y no preocuparme. Desde el día del funeral, desde el día en que lo vi y no pude llorar, me mareo cada vez que pienso en eso. Ese día empezó el silencio; empezaron las normas, que antes eran sugerencias, sobre la hora de llegada y qué comer, cómo vestirme, qué hacer en cada situación, ordenado por Gregorio, el gerente de toda la vida, por supuesto. Pero en la tarde con Laura e Iván me había ahogado igual. Era un mismo 29 que se repetía una y otra vez. Después de que Laura me sacara de su casa, me volví a quedar solo frente al sobre de manila.

El solazo del día era sofocante, definitivamente la tierra estaba condenada a acabarse con ese calor que hacía temblar el asfalto a lo lejos. Ya no podía sino arrastrar los pies, soplarle por el cuello de la camisa y esperar a que pasara cualquier cosa, una lluvia espanta bobos o que pasara el bus. Saqué el sobre de la maleta, dispuesto a botarlo en la siguiente caneca que viera. Laura era una tonta, me había sacado y había preferido al perverso que seguro fantaseaba con manosearla mientras le hablaba. Y todo por culpa de ese estúpido sobre que tenía que entregar ese día para quedar inscrito en la universidad que mi papá quería, en la carrera que él quería y en la vida que él vivía. Porque Juan sí había seguido su camino, compartían todo. Compartían los gustos en comida, el estilo para vestirse, las mismas creencias, los mismos principios. Hasta parecía que mi mamá pensaba que los dos eran sus maridos, los atendía con la misma mirada, mientras que a mí me hacía todo sin mirarme siquiera. Incluso, yo los veía igual de cansados, sentados en la sala oscura, fumando cigarrillos a escondidas; con la misma mirada desconfiada cada vez que hablaban con alguien; la misma palmada condescendiente en mi espalda, con la sonrisa cruel; la

ME SENTÉ EN EL ANDÉN Y EMPECÉ A LLORAR. EMPECÉ A HIPAR COMO UN LOCO, TODO LLENO DE MOCOS.

misma rutina estricta, de mañana a noche planeada de acuerdo a alguna estúpida creencia sobre cómo funciona el tiempo de los negocios; la misma irreverencia para hablar de tontadas que se le escuchan bien a un muchacho de dieciséis años, pero no a ellos; la misma costumbre de dar consejos a quien no los pide. Eran la misma persona, pero dividida, porque es obvio qué pasa cuando alguien se muere y deja atrás a un inútil para llenar su lugar. Tal vez si hubiese sido yo esa noche, en vez de él, al menos habría quedado como un mártir, un niño ángel milagroso o una mierda de esas que salen en los noticieros.

Encontré la caneca afuera de un negocio cerrado, pero no pude botar el sobre que ya estaba todo arrugado entre mis dedos. Me quedé mirando a la caneca plateada que tenía enfrente y no pude moverme. ¡No pude moverme! ¡En medio de la calle y no pude moverme! En medio de una calle bogotana, con el humo negro subiéndome por la nariz y la gente chocándose, empujándose, madreándose, con el sudor resbalándose por la espalda mientras yo me quedaba ahí parado en frente del poste ¡y no me movía, aunque el celular siguiera vibrando en mi otra mano! En serio que Gregorio no se rendía. Tenía que ponerle cuidado al único hijo que le quedaba, supongo, no sé. Eso es así, me jode en serio que sea así.

Me senté en el andén y empecé a llorar. Empecé a hipar como un loco, todo lleno de mocos. Sentí que me miraban porque estaba sentado en ese andén llorando como un niño pequeño e hipando y mojando el sobre y limpiándome la cara con la manga del saco. Un vendedor de pulseras que venía cantando con pinta de Bob Marley se sentó a mi lado cuando me vio e intentó consolarme. Fue muy triste, a él se le veían las costillas y olía muy mal, pero me decía que no llorara tanto, que siempre había días mejores. Pobre loquito. Ya después me dio miedo y me fui porque me quería vender todas sus manillas.

Seguí caminando e hipando. Ya me había acostumbrado a la vibración del celular hasta que decidí contestar la llamada. Se hizo la víctima, no se callaba, simplemente hablaba y hablaba: que todo era por mi bien, que yo debía procurar ser exitoso, ayudar a que mi mamá se sintiera menos preocupada, que ella había sufrido mucho ya y quería ser feliz; que la carrera literaria no iba a funcionar nunca, que mirara mis notas en el último año. En fin, que no fuera terco, que quién necesitaba una vida de sueños y peleas contra la realidad cuando era mejor aceptar las cosas como llegaban.

Cuando hablé con Gregorio fue como en esa película de Tom Cruise, cuando él y el capitán Jessep están en juicio y se están gritando y Jessep dice: “¡No puedes soportar la verdad, hijo!”, y le echa el discurso de marino orgulloso de su muy honrosa labor, y después

termina diciéndole: “Preferiría que dijeras gracias y siguieras tu camino, de otro modo, sugiero que tomes un arma y te quedes en un lugar designado”. Justo así son los malditos tiranos como Jessep y Gregorio, así son. Injustos como ellos solos.

Ya había un papel ahí para que yo actuara, solo faltaba que me amoldara, aunque no fuera de mi talla; como el reloj que usaba ese día, el que era de mi hermano, heredado de Gregorio. Supongo que a Juan le pesaba como a mí todos los días...por lo menos hasta ese día en que lo arrollaron y solo el brazo derecho le quedó intacto.

—No ha dejado que lo veamos caer un solo día, Miguel —dijo mi mamá durante el desayuno el 29, el día del plazo para llevar los papeles.

Ya en esa época, ella había perdido la costumbre de bajar en medio de la oscuridad al comedor, a esperar a que llegaran Juan o mi papá, nunca los dos al tiempo. Yo no. La noche del entierro, Gregorio se sentó en el comedor, como cuando se iba a fumar, pero esta vez dejó caer la cabeza entre las manos y se fue encogiendo sobre la silla. Ahora sí que lo había aplastado ese peso que llevaba en la espalda. Por primera vez lo vi así. Era la muerte de su hijo, cómo no se iba a lamentar. Un año después me estaba acosando por teléfono para saber si ya había obedecido o no a su orden. Supongo que, otra vez, se sentía como aplastado, como cuando uno se sofoca con algo que lleva dentro del pecho, y se enciende un día cualquiera, dejando todo quemado por dentro. Después del desastre de las llamadas, de que no pudiera botar el sobre a la basura y del loquito que quería mi generosidad a cambio de su paciencia, me subí al bus y, apenas toqué la silla, me quedé dormido; fue un milagro que me despertara en la parada de la Diecinueve con Treinta, justo antes del desvío, para meterme en un café viejo a pasar el rato. Entre la pelea con Laura, la llamada de mi papá y la llegada a esa cafetería pasaron dos horas o más, ya era tarde.

Esa cafetería tenía un vapor que rondaba las mesas y se sacudía cada vez que abrían la puerta. Caminé hasta ahí sin darme

**AHORA SÍ
QUE LO HABÍA
APLASTADO
ESE PESO QUE
LLEVABA EN
LA ESPALDA.
POR PRIMERA
VEZ LO VI
ASÍ. ERA
LA MUERTE
DE SU HIJO,
CÓMO NO
SE IBA A
LAMENTAR.**

cuenta, cansado, con el celular vibrando todavía en el bolsillo. Si le contestaba, me gritaba; si no lo hacía, igual me gritaba, pero más tarde, así que para qué hacerlo. No había necesidad de escuchar más gritos de él ni de mi mamá. De nadie. Aunque mi Imelda ya no era capaz de gritarme. Ella siempre estaba haciendo cosas para distraerse; si no estaba haciendo el oficio, mi mamá buscaba algo en qué ocuparse y cansarse: alguna manualidad, cocina, mucha televisión. Mi mamá solo tuvo una amiga en el barrio, con quien se reunía mucho, hasta cocinaban juntas, pero la amiga se fue. Ella fue la que la metió a escribir en la revista “para cuarentonas”, como le decía Juan. Era un trabajo que podía hacer desde la casa, y por eso Gregorio no le puso problema. Y después pasó lo de mi hermano. Tal vez no lo superaba porque era algo duro, pero yo era otra persona, necesitaba mi espacio aparte. Con mi hermano era diferente, él sí escuchaba aunque nunca con atención. Fingía hacerlo mientras se peinaba en el espejo que había al lado de la puerta de salida o mientras se acomodaba la camisa y guardaba los cigarrillos en el bolsillo, pero por lo menos lo intentaba.

Me concentré en el televisor del café. Estaban dando un programa de médicos que caminaban hablando por pasillos de hospitales gringos. Me acordé de cuando me llevaron a la sala de urgencias donde lo atendieron la noche del accidente. Era caótico: mis tíos y primos lloraban, se abrazaban. Yo estaba más asustado por las reacciones de todos que por las sábanas ensangrentadas que le cubrían hasta la cara. Los hospitales muy limpios, pero el piso debajo de la camilla estaba empantanado. Mi papá no había dejado que lo bajaran a la morgue todavía porque no pensaba que fuera Juan, creía que era otro, no uno medio desfigurado que no había resistido los quince minutos de camino en la ambulancia. No lo podía reconocer así y por eso tenía dudas. Consiguió que lo esperaran y exigió que lo llevaran a la morgue con el cuerpo para confirmar que no era su hijo. Obvio sí era Juan, tenía el tatuaje en el brazo derecho, escondido al lado de la axila. Pero él seguía diciendo que no era su hijo. Las series de hospitales no

son buenas porque nunca ponen lo que le pasa al que se queda en la sala de espera.

Pero bueno, estaba decidido a escaparme. Tenía, a lo sumo, una hora para llevar los papeles o huir. Salí corriendo de la cafetería, esquivando estudiantes y saltando sobre las alcantarillas para llegar al paradero del bus. En una avenida en Bogotá siempre es el mismo despelote. El resto de la gente caminaba muy despacio y yo no entendía si era el único con afán, o qué era lo que pasaba. Me senté a esperar, todo sudado, mientras veía a los oficinistas salir hacia la estación. No iba a llegar nunca hasta esa puerca universidad. ¡Quién pone un edificio en una loma! Me subí al primer bus que pasó, era muy pequeño, pero a quince cuerdas estaba la universidad, tocaba soportarlo. Los que iban de pie tenían que encorvarse para poder abrir espacio cuando alguien quería salir, tenían que empujar, todo el mundo se quejaba y se daban codazos ocasionales. Era hora pico. Colgando de la puerta el último día. Qué se le hace, así es la vida. Pensé que no iba a alcanzar a llevar los papeles por el monumental trancón. Los huecos en la Diecinueve hacían saltar los riñones a cualquiera, el bus se tambaleaba de un lado a otro; la gente se chocaba, había olor a perro mojado, los vidrios estaban empañados por la espanta bobos que, al fin, refrescaba algo la tarde. Esto nada tiene que ver con el Captiva de mi papá; yo estaba acostumbrado a las sillas de cuero y a la calefacción, no a ese caos horrible que lanzaba a la gente de un lado a otro.

Me volví a sentir mal, una punzada en el estómago me empezó a revolver las vísceras. No iba a alcanzar a llevar los papeles. Cómo iba a enfrentar a la vieja Imelda por la noche si llegaba con el sobre intacto. Me dieron ganas de tirarme de un puente, pero con ese trancón supuse que no me iba a morir, a lo sumo una pierna rota. Ya era muy tarde. El trancón no bajaba, el agua me mojaba la espalda por una gotera que caía de la claraboya del bus. Me palpitaba la cabeza por el calor de las ventanas cerradas, empañadas, la luz amarillenta, los trajes dormidos, tacones cansados, audífonos a todo volumen. Me bajé y busqué otro bus para regresarme

a casa. Mientras me cambiaba de carril, en medio de los carros, llegó la lluvia y me refrescó algo las sienes. Tuve la impresión de que me seguían con los ojos. Cuando me cambié de carril y me subí a otro bus en el que iba más cómodo, me di cuenta de que la carretera de ese lado estaba casi vacía, todos iban volando y salpicando los andenes con agua negruzca, pero mi motor iba calladito, estaba roto y no se movía, como en esa canción de country blues *Feel like a broke down engine, momma, I ain't got no drivin' Wheel* que escuché el primer día que se habló de mi ida a la universidad en la casa.

Me miraron como loco cuando me volví a subir al bus del trancón. Ya no quedaba mucho tiempo en realidad y lo sabía porque el celular seguía vibrando en mi bolsillo. Seguro era Gregorio llamando otra vez. Solo me quedé mirando por la ventana. El tráfico empezaba a moverse, estaba cada vez más cerca y los minutos se me deshacían en la muñeca. Me acuerdo que la persona que iba sentada detrás de mí empezó a gritar. Gritaba por un teléfono y, como mi celular seguía sonando, le contesté la llamada a mi papá. Ha sido la única vez en la vida en que me he sentido muy bien porque gritaran cerca de mí. El de atrás se ponía rojo, abría los ojos, y Gregorio era como un sonsonete monótono. Cuando el que peleaba en el bus se cansó y terminó echando madres, colgué mi llamada.

A las cinco y cuarenta llegué a la puerta principal de la universidad, un edificio viejo y sencillo, pero grande, de paredes amarillas. Al fondo de un pasillo larguísimo se veían ventanillas regadas por las paredes, en todas había una una persiana gris que dejaba un pequeñito espacio por donde se filtraba una línea blanca, luz de ese otro mundo. Estaba muy solitario. El celador me dio más o menos las instrucciones de cómo llegar a las oficinas de admisión y me dijo que corriera. Lo hice. Me moví rápido, con la respiración que me quemaba el pecho, llorando un poquito, mirando para todos lados, buscando las letras que me indicaran a dónde llevar lo que me estaba pesando en la maleta. Lo entregaría como si estuviera lanzando una bomba, o yo mismo fuera un soldado de ISIS.

TODO ESTABA SILENCIOSO OTRA VEZ, A EXCEPCIÓN DEL GOLPE DE UN SELLO CAYENDO, BAJO UNA LUZ QUE PARECÍA DE HOSPITAL.

Y, cuando encontré al fin la oficina, un gentío celaba los puestos en la sala de espera, revisaba la lista de documentos: copia del acta de grado autenticada con las firmas de los responsables y representantes; certificado de notas de los últimos años cursados, con carta de recomendación de la institución donde cursó el bachillerato; certificado con el registro de asignación de la entrevista;

formato de inscripción debidamente diligenciado; recibo de inscripción; certificado del Icfes.

Las secretarias no ponían atención a nada de lo que pasaba en esa fila de gente apurada que revisaba los sobres. Me derrumbé en una silla. Era el momento y, por lo menos, ya estaba ahí. Todo estaba silencioso otra vez, a excepción del golpe de un sello cayendo, bajo una luz que parecía de hospital. Había un escritorio al que solo se le veían las patas porque estaba lleno de papeles, sobres de manila, máquinas cosedoras, esferos, tinteros, todo tipo de carpetas, y una muchacha gordita de pelo rojo que se escondía detrás de todo ese caos. Me había tocado el turno 107, pero iban en el 100, así que no fue tan malo después de todo. Cuando a Juan lo llevaron a inscribirse, el primer día de la convocatoria, fueron mis papás a acompañarlo. Estaban muy emocionados. Pero, obviamente, era distinto ese día, nadie iba a celebrar mi llegada a esa salita de espera paralizada. Yo sabía que, por lo menos, sí se iban a sentir más aliviados. Cuando fue mi turno, se me vació el estómago, pero logré entregar el sobre. Estaba temblando mucho. La gordita me miró, pero no dijo nada. Me miraba como burlándose. Así son todas, sobre todo si son mayores, feas, y tienen que trabajar para mantenerse. Al fin recogió los documentos y, después de revisar todo con el ceño fruncido, me dijo que me faltaba una fotocopia, pero que amablemente me permitía ir a sacarla, mientras pasaba alguien más.

Cuando salí a sacar la fotocopia, ya estaba muy, muy oscuro y había gente malacarosa por ahí. Tenía que caminar dos cuadras, pero cuando iba a cruzar para pasar a la segunda, escuché unos chirridos de freno y un conductor salió por la ventana a insultarme. Pensé que la luz estaba más lejos, no me di cuenta que estaba a mi lado. El cansancio me tenía un poco mareado, pero no era para tanto. Ese ruido era horrible, sobre todo porque estaba a centímetros de mí. Ya lo había vivido alguien de la familia, era solo natural y hasta retorcido que volviera a pasar. La luz que encandila, el rugido de ese animal tan pegado a la piel, el viento que expulsa una ráfaga y se detiene a mirar. No sé cómo explicarlo, tal vez ni tenga sentido.

5.

Pasa que uno no encuentra lo que necesita cuando lo está buscando, y no podía sacar la bendita fotocopia que la gordita necesitaba. Con qué fuerzas iba yo a seguir caminando, nadie tenía energías a esa hora del día. Nada estaba a mi favor, ni el tipo que aceleró después de mentarme la madre, ni la gordita que pasaba hojas, y ponía sellos y grapaba carpetas, y firmaba sin mirar y buscaba nombres y hacía listas y jodía por los más pequeños e inútiles detalles, como el de la fotocopia del recibo de la inscripción.

Faltaban diez minutos para las seis de la tarde y no se veía a nadie por los pasillos, las puertas a lado y lado estaban cerradas, las azoteas vacías y los salones en un silencio que solo era interrumpido por las gotas que caían de las ventanas. El aguacero había sido muy potente, había dejado ese aire encerrado como el de la noche anterior. Llegué corriendo de nuevo al escritorio en el que tocaba agacharse para hablarle a una muchacha a la que, seguramente, le importaba un carajo lo que uno fuera a hacer. No les importaba, solo necesitaban que firmara el compromiso y ya estaba inscrito en su claustro.

Yo no era Juan. Él sí se habría levantado temprano, habría dejado todo en orden, cocinado un desayuno para todos, lavado toda la ropa, habría visto el noticiero y todo antes de correr a hacer las diligencias y ser el primero en la fila, siempre ser el primero. Juan corría a su trabajo, llegaba por la noche, actuaba su papel de hijo perfecto, dedicado, y, después se esfumaba, pasaba varias horas perdido hasta que volvía y se sentaba en la sala a fumar como seguro le había aprendido a mi papá que, por la edad, ya no le hacía a esas andanzas. Como que se fundía en las paredes de la oscuridad, en las grietas de la madera que sostenía nuestros pies. A veces lo veía llegar muy feliz, sonriendo y cantando, con los ojos brillantes y se quedaba así toda la noche, botando y botando humo con los cigarrillos en medio del comedor; pero otras veces apenas caminaba, más bien como que

arrastraba los pies sin abrir los ojos. Y siempre que llegaba después de todo ese tiempo perdido, la mesa del comedor quedaba impregnada de un olor que algunas veces era como de flores, y otras veces como de perfumes, cigarrillos o algo podrido...no sé qué. Eran horas de las que nunca se supo nada con seguridad, él tenía demasiados amigos, pero nunca presentó a nadie en la casa. Era raro. Una vez lo enfrenté en la escalera, cuando iba para el baño, y después de ignorar mi pregunta, me dijo que había estado haciendo ejercicio y se rio.

Yo los había visto a los dos durante toda mi niñez, a mi papá y a Juan, veía sus caras enfrentadas a la oscuridad mientras se fumaban un cigarrillo en silencio, con la espalda rota recostada en la silla, cada vez más encorvados. La vieja Imelda lo sabía también, muchas veces la vi en el pasillo, esperándolos, evitando mirar por la ventana, y después todos como si nada en el desayuno, comiendo en silencio, sonriendo los unos a los otros como si todo fuera un secreto que disfrutaran guardar. Después del entierro de Juan, mis papás se confrontaron. La pelea estuvo llena de culpas, pero de qué servía eso si nunca nos dijimos la verdad. Solo sonreíamos por la mañana, en el desayuno, como si la luz borrara todo. Menos el 29, el día del aniversario de la muerte de Juan. Me estaban pidiendo que llenara un lugar vacío porque igual nunca había empezado a crearme uno. Me había arrastrado por las paredes como un fantasma por mucho tiempo, pero ahora me tocaba apersonarme del asunto, agarrar la vida que me ofrecían a la fuerza y sonreír como todos anhelaban, porque siempre habían trabajado para eso.

Una vez leí algo sobre el confinamiento solitario de la propia piel. No lo entendí muy bien, pero me sonó muy profundo. Lo sentí en alguna parte del pecho o como en la base del estómago. Y si todo estaba dispuesto, ¿por qué no hacerlo? Qué importaba en ese momento, nada iba a cambiar. Esas sensaciones de libertad eran solo invenciones mías, cosas irreales, al fin. Supongo que cuando uno crece se da cuenta de que es mejor no sacrificar la vida por un sueño sin fundamento. Es más fácil así; uno no lastima a nadie,

no piensa más y todos lo toleran. No iba a ser un maldito escritor ni a recorrer la tierra paseándome con las nubes, ni nada por el estilo. Una tía loca solía decir: “No tiene uno que ser sabio para entrar a una trampa”. Y es verdad.

Si tampoco podía llenar los zapatos de Juan, ¿qué?, ya nadie se acordaba de cómo era él. Era una sombra, una caricatura que nunca lloró, nunca se emberracó, nunca protestó, siempre obedeció. Cada vez que se apagaba la luz en un poste eléctrico, él estaba más y más cerca de ese portón en donde, finalmente, lo atropelló el borracho. Caminó, él o yo –cualquiera, no importa– entre las sombras que todos los días se levantaban a la misma hora, comían lo mismo, buscaban lo mismo, olvidaban sus propios nombres y los de otros, que pasaban viéndolo todo entre manchas oscuras, como mecidos por el viento o atrapados por el sonido de la estática dentro un televisor, sin posibilidades de nada más.

Decidí, en ese momento, que me levantaría por la mañana y caminaría lento hasta el salón de clase en el que sonreiría a gente que poco importa, y con cada paso renunciaría. Decidí que, aunque estuviese en medio de una avenida, aunque tuviera música a todo volumen taladrándome el cerebro, todo se haría en silencio, sin aire en los pulmones, mirando el fin del día, y esperando. Luego, llegaría a mi cuarto por la tarde y ni siquiera estaría cansado. Solo me sentaría y miraría por la ventana hasta que oscureciese. Ni un pensamiento vería en ese tiempo, solo el paisaje cambiando de color a lo lejos, afuera de los vidrios. Y todos los días sería el mismo amanecer, el mismo atardecer, las mismas voces circulando en alguna atmósfera invisible que se esfuma y vuelve como un vuelo de mosquito en medio de la oscuridad.

Desde el momento en que la mirada de Gregorio pasó de la tumba a mi cara, se había decidido así. Firmé cuando la gordita me pasó la hoja de inscripción y ella dejó caer, al fin, un único golpe rojo sobre mi nombre.

**SI TAMPOCO
PODÍA LLENAR LOS
ZAPATOS DE JUAN,
¿QUÉ?, YA NADIE
SE ACORDABA DE
CÓMO ERA ÉL.
ERA UNA SOMBRA,
UNA CARICATURA
QUE NUNCA
LLORÓ, NUNCA
SE EMBERRACÓ,
NUNCA PROTESTÓ,
SIEMPRE OBEDECIÓ.**

EL OFICIO DE CREAR SIN SER EL CREADOR



Por Cindy Herrera

Editar es un oficio entre oficios varios, que se desaloja, se desacomoda desde el pensamiento, porque se abre, y el editor, con todas las voces, revolotea en cada interpretación, produce las perspectivas en debate consigo mismo, con la obra y con su creador. Todo llega a él como una totalidad, pero el editor lo descompone, lo desajusta, lo disputa, lo reprende y hasta lo hace suyo en aparente objetividad. Él es una mirada consciente y vivaz.

Hacer parte del proyecto *Elipsis* 2017, y estar involucrada en este proceso de la mano del British Council, es una valiosa oportunidad, una iniciación a la vida profesional de las letras y el comienzo de una atrevida irrupción en la escritura de otros. Debo reconocer y agradecer el trabajo al pie del árbol que hicieron las docentes y al equipo de trabajo del British por la cercanía, la comprensión y la calidad humana.

Edité “Candelario”, escrito por David Moreu, a quien ahora le digo, que si hubiera estado en su posición, hubiera pedido que me cambiaran de editor. El trabajo conmigo no pudo ser más estrellado, más limitante, y con el tiempo justo. Me encontré con una historia humana y con un proceso de constantes lecciones. En algún momento llegué a pensar que los personajes estaban tan cercanos que me daban ganas de contar la historia yo misma o ponerles

voces; es una pulsión que hay que suprimir, pensé. Aprendí sin duda a opinar por fuera de la creación, a debatir, a enfrentar mis opiniones con las de él, aún sin estar cerca. Lo que él dejaba allí, inamovible, era con seguridad algo que, como autor, estaba defendiendo. Fue muy satisfactorio coincidir con los comentarios de la profesora Marta. Era un aprendizaje constante, retroalimentativo. David leía y comprendía las correcciones, intentó incansablemente y por piezas transformar lo acordado. A veces me entraba la quejadera y cuestionaba partes que él mantenía. Pero soy consciente de que fortaleció la narración, les dio identidad a sus personajes, dio sentido al silencio, al roce, al temblor y a la risa irónica que puede llegar a sacarte de la costumbre. Yo volvería a escoger esta historia, le daría todas las oportunidades posibles para que volviera a narrarse, porque fue desde este ejercicio de dualidad creativa con “Candelo” y con David Moreu, donde reconocí historias sin nada más extraordinario que lo ordinario de la vida, donde comprendí lo que nos dijeron desde que iniciamos este camino: “el ejercicio de creación es uno solo; un editor y un escritor leen los mismos textos, la misma teoría, ellos son dos, pero funcionan como uno, porque deben trabajar para un mismo fin”. El editor hace que la obra, la lectura y la crítica valgan la pena.

elipsis

2017

CANDE- LARIO



David Moreu

Candelario intentó tocar el horno una vez más, pero el contacto con el metal produjo en sus manos una molestia insoportable. Luego, con la intención de olvidar la incomodidad, recorrió lentamente la tienda Segundazos de Ilde, ubicada en el centro de Riohacha, diagonal al Hotel Almirante Padilla. El almacén lo habían fundado hace muchos años Ildefonso Aguilar y Dairis Moreno, una pareja de comerciantes que tuvieron bastante éxito vendiendo electrodomésticos de contrabando en Maicao. Tan bien les había ido que decidieron abrir otro negocio en la capital de La Guajira, especializado en vender artículos culinarios de segunda mano. El lugar estaba casi vacío, solo había un anciano que revisaba una vajilla de plata y una pareja que observaba el precio de cada estufa. Candelario dio varias vueltas a la tienda. Se encontró con viejos muebles de cocina, varios electrodomésticos en buen estado y uno que otro utensilio de repostería. Pero lo que más llamó su atención fue un olor a óxido que lo invadía en momentos cortos y precisos, y que una vez se disponía a rastrear, se desvanecía de manera inmediata. Una vez terminó el recorrido, Candelario regresó a donde estaba el horno y, mientras lo examinaba, le pareció distinguir un aroma familiar que provenía de su interior. Abrió las puertas con la dificultad que suponía para él cualquier esfuerzo físico, y distinguió entre sus recovecos el olor a leña del antiguo horno que alguna vez perteneció a sus suegros.

ABRIÓ LAS PUERTAS CON LA DIFICULTAD QUE SUPONÍA PARA ÉL CUALQUIER ESFUERZO FÍSICO, Y DISTINGUIÓ ENTRE SUS RECOVECOS EL OLOR A LEÑA DEL ANTIGUO HORNO QUE ALGUNA VEZ PERTENECIÓ A SUS SUEGROS.

Aquel aparato era el sostén de la pequeña panadería que tenía la familia de su esposa en el barrio Getsemaní, en Cartagena. Al inicio Candelario trabajaba allí como mesero; su esposa Esperanza, que en ese entonces era su novia, se encargaba de la limpieza del lugar, y los padres de ella se hacían cargo de la cocina. Con el paso de los años, su suegro empezó a sufrir terribles dolores de espalda, y su suegra, cansada del alto nivel de estrés que le provocaba el negocio, lo convenció de que se retiraran para dejarlo a cargo de su única hija. En un principio el plan era que Candelario se encargara de la administración y, como era obvio, Esperanza, que ya

sabía de memoria las antiguas recetas de la familia, de la cocina. Pero para sorpresa de todos, incluyendo el mismo Candelario, lo que sucedió fue precisamente lo contrario. Desde niño el pequeño Candelario había visto los pasteles que preparaba su madre para que su padre llevara al trabajo, y lo hacía con una dedicación tan implacable, que terminó dándose cuenta de que las preparaciones no eran nada más que una táctica culinaria para mantener feliz a ese tosco hombre que entendía la vida solo a través del apetito y la bebida. Por ello, tal vez como una forma de saciar una necesidad que su madre nunca pudo satisfacer, Candelario desarrolló un interés por la cocina que intentó refrenar durante mucho tiempo, pensando que oficios como la repostería estaban destinados solo a mujeres, a amas de casa como su madre, quienes, para su mente todavía joven, tenían la obligación de mantener contentos a sus maridos por medio de atractivos postres. Poder ver, antes de que se presentase la enfermedad, a su suegro disfrutando la cocina, y a su esposa colaborándole con una serenidad envidiable, le había dado a un Candelario más maduro el empuje necesario para aceptar, y si era posible también, confesar su secreta inclinación. Luego de que los padres de Esperanza le contaran a ella y a su yerno las decisiones tomadas ante la enfermedad, Candelario estuvo contemplando durante varias semanas la posibilidad de aprender a cocinar, y en el instante en que se decidió a decir la verdad, citó a su esposa y su familia, y les contó acerca de sus gustos reprimidos y de sus futuros planes. La familia, que al principio no pudo evitar sentirse extrañada por la inesperada confesión, terminó acogiendo a Candelario como un panadero más, y con el tiempo fue enseñándole todos los trucos de la profesión. Candelario inició con su parte preferida, instruyéndose en los distintos tipos de harina y la amplia variedad de masas. Luego le tocó aprender acerca de los aspectos técnicos, que eran los que más le frustraban. No entendía el funcionamiento de la balanza y le parecía una pérdida de tiempo tener que ajustarse a las cantidades dictadas por los recetarios de la familia. Se equivocaba de manera habitual intentando escoger el molde indicado, y cuando por

fin conseguía el necesario, se enfocaba en otra cosa y el plato se adhería y terminaba por dañarse. Tras varios meses de práctica y error, fue desarrollando su arte hasta el punto de alcanzar cierta maestría, y fue solo hasta aquel momento en que de verdad empezó a disfrutarlo. Desde entonces, sintió la seguridad suficiente para aventurarse a inventar todo tipo de recetas, que con el tiempo se hicieron famosas entre los clientes de la panadería. Creó el “Pastel amurallado”, un pan de hojaldre relleno de pollo adobado cuya forma semejaba a una pequeña murallita. Al pan rollo lo bautizó el “Rollito de Getsemaní”, que se distinguía por su sabor dulce y perfumado, que Candelario obtenía mezclando miel con pedacitos de frutas como piña o mango. Pero el más apetecido de todos era el “Brazo de mar”, una apropiación del popular brazo de reina, que en vez de estar relleno de fresas con crema batida, tenía en su interior mermelada de corozo, y estaba cubierto de dulce de coco, todo ello, preparado de forma artesanal por el mismo Candelario. Esperanza lo había acompañado tanto en los duros meses de aprendizaje como en los episodios de invención y reconocimiento. Luego de varios años de trabajo, y sin ser demasiado conscientes del asunto, tensaron un fuerte vínculo, que sostenía los cimientos del negocio, que era también un hogar y, cuando se podía, un sitio de descanso. En las noches, cuando la panadería ya había cerrado, Candelario sacaba su libro de recetas de algún escondrijo, se sentaba en la cocina junto a Esperanza, y pasaban horas enteras revisando y bautizando los últimos platos que él había creado. El horno era el que había hecho todo eso posible. Más que una herramienta, había sido un compañero, un testigo de los buenos años pasados. Por eso, ahora que contemplaba con admiración el horno que estaba frente a él, no podía evitar sentir el deseo de poseerlo y de recobrar, por medio de él, su negocio, su familia, y la posibilidad de tener una buena vejez.

Candelario cerró la puerta del horno, se acercó con pasos tímidos a la encargada y le preguntó el precio. Estaba tan caro que creyó imposible comprarlo, no obstante, cada vez que recordaba el olor a leña que aún palpitaba en su interior, se convencía de

**ESTABA TAN
CARO QUE CREYÓ
IMPOSIBLE
COMPRARLO,
NO OBSTANTE,
CADA VEZ QUE
RECORDABA EL
OLOR A LEÑA QUE
AÚN PALPITABA
EN SU INTERIOR,
SE CONVENCÍA
DE QUE DEBÍA DE
EXISTIR ALGUNA
FORMA DE
CONSEGUIRLO.**

que debía de existir alguna forma de conseguirlo. Intentó persuadir a la encargada de algún descuento, e incluso le ofreció un intercambio. Pero ella negó todas sus propuestas, aclarándole en un tono burlón que en comparación a cualquier aparato nuevo, el precio era realmente bajo. Frustrado, Candelario regresó al horno y en señal de despedida intentó tocarlo de nuevo, pero tuvo que alejarse cuando se dio cuenta de que, seguramente por el estrés, sus manos habían empezado a entumecerse. En medio de aquella molesta quietud, no pudo evitar observarlas: flacas y apretadas, surcadas por líneas grandes y concisas que parecían atar sus movimientos más que dejarlos fluir; sus manos reclusas en su propia inflamación, en la ausencia de toda fuerza o libertad. Meses atrás, el dolor creciente en sus articulaciones lo había obligado a retirarse de la panadería en la que había trabajado durante más de veinte años. Ahora, su familia vivía de lo poco que les quedaba de la liquidación que le habían dado, y de los ingresos que Esperanza recibía por hacer uno que otro postre y vender dulces en el colegio de sus hijos. Candelario tomó un respiro intentando reponerse del entumecimiento, tal como le había enseñado el doctor Mena, uno de esos fisioterapeutas alternativos que creía que en los flujos respiratorios y en la rigidez corporal se encontraba la raíz de todos los problemas de salud. Luego, siguiendo las indicaciones del médico, se frotó las manos de forma apacible y discreta, y por último las metió con cuidado entre los bolsillos, con la suposición de que al estar guardadas los nervios terminarían de distenderse y las articulaciones podrían relajarse aún más. Entonces, cuando se sintió preparado, soltó el aire una vez más, y salió vacilante de la tienda.

Esperanza observó el reloj. Eran las tres de la tarde y ya era hora de almorzar. A esa hora, el sol empezaba a arder como un ojo amenazante que esquivaba los aleros y eludía las cornisas para vigilar a los vendedores y los transeúntes desde su altura inalcanzable. Esperanza llevaba vendiendo dulces frente al colegio de sus hijos desde las nueve de la mañana, y había aguantado el bochorno limpiándose el sudor con el mismo trapo de cocina que

la acompañaba durante todas las jornadas. Atendió lo más rápido posible al grupo de niños que la rodeaban reclamando insistentes su atención, después llamó a Toño y Albertico, que la esperaban reclusos en la sombra, y tomó junto a ellos el camino de vuelta a casa. Antes de llegar, Esperanza guardó el carro en una bodega. Luego, al entrar a casa, abrió la nevera y se sirvió un vaso de agua con hielo. Entonces miró a su alrededor y notó que había varios sartenes amontonados en el lavaplatos y encima de la estufa había un postre mordido a la mitad, rodeado por las hormigas, que trataban de llevarse los pedazos en largas filas que llegaban hasta la pared. Entró al cuarto principal y vio a su esposo acostado en la cama, con las piernas cruzadas, mirando al techo. Le pidió ayuda con la limpieza de la casa, con los sartenes que ya empezaban a emitir un olor desagradable, o por lo menos con las hormigas que habían invadido el plato que ni siquiera se había tomado el trabajo de recoger. Candelario volteó la cabeza para mirarla, y luego se quedó observando al vacío en un silencio total. Esperanza lo sacudió. Él no se resistió, se mantuvo callado, tal como antes. Ella continuó agitándolo, y lo que era una simple sacudida se fue transformando al cabo de unos segundos en un empujón frenético que no pudo parar. Candelario intentó detenerla, y mientras lo hacía, sus manos comenzaron a entumecerse. Forcejeó con ella durante algunos minutos, hasta que sintió tal adormecimiento en las articulaciones que se quedó estático, con las manos cerradas sobre el pecho. Esperanza lo soltó y salió del cuarto todavía agitada y algo pasmada por la forma tan imprevista en que había perdido el control. Candelario, recordando los consejos del sabio Mena, se acostó en la cama y se frotó las manos, mientras tomaba y expulsaba el aire en ciclos pausados y continuos.

Esa noche, los calambres en los brazos y en las manos lo asaltaron de forma insistente hasta que lograron romper su sueño. Tomó un Ibuprofeno y se sentó, inquieto, en una de las mecedoras de la sala. Se balanceó durante un tiempo, y el dolor, aunque no desapareció, sí disminuyó. Entró en varias reflexiones inconclusas y rememoró uno que otro suceso. Y cuando se hartó de sus recuerdos y

Y CUANDO SE
HARTÓ DE SUS
RECUERDOS Y DE
LA MONOTONÍA
DE SUS
PENSAMIENTOS,

SALIÓ A LA CALLE
EN BÚSQUEDA
DE ALGO QUE
LE PERMITIERA
OLVIDAR EL TEDIO
Y LA HINCHAZÓN.

de la monotonía de sus pensamientos, salió a la calle en búsqueda de algo que le permitiera olvidar el tedio y la hinchazón.

Lo primero que sintió al iniciar el camino fue la brisa salada que se prendió de sus brazos y acogió durante varios segundos sus articulaciones. En el potrero que quedaba diagonal a la casa había dos perros que jugaban a morderse y que Candelario miró con escaso interés. En una tienda cercana, varios conocidos discutían sobre un partido de fútbol, y cuando vieron pasar a Candelario, el que lideraba la charla lo invitó a tomarse un trago de ron, que él rechazó con una sonrisa indiferente para continuar con su trayecto. Así, caminó sin rumbo fijo durante algunos minutos, disfrutando del viento del mar, que de vez en cuando volvía a visitarlo con sus delicadas pulsaciones. En cierto momento sus pies le pidieron descanso, y se sentó a reposar en el andén. Entonces se dio cuenta de que se había detenido justo frente a la tienda de Chepe, a donde solía ir para aplacar con risas y uno que otro trago el cansancio que quedaba anclado a su cuerpo después de las largas jornadas de trabajo. Entró y se sentó en una de las mesas libres. Luego se distrajo mirando el televisor, en el que la presentadora de un noticiero anunciaba el encarcelamiento del alcalde de Riohacha por haberse robado el dinero destinado a la alimentación escolar. La mayoría de personas miraba con desgano, algunos comentaban la noticia en voz baja, y el resto prefería eludir el infortunio concentrándose en sus cervezas. En cierto momento se escuchó una voz a lo lejos que gritó: “¡Ya no respetan ni la plata pa’ los pelaos!” y más atrás, un grito que declaraba: “Ese sí que es el burro mayor: el burrazo de Riohacha”, lo cual fue recibido con varias carcajadas y uno que otro aplauso.

Candelario creyó reconocer el bramido que había provocado las risas del público, y luchó por encontrar entre la muchedumbre al dueño de aquel vozarrón. Era Víctor, un envigadeño que Candelario recordaba porque, a diferencia de muchos otros paisas, detestaba el sabor a anís del aguardiente, y estaba obsesionado con el perfume a madera que despedía el whisky y el sabor un poco azucarado del ron. También lo guardaba en su memoria porque no podía acordarse de otra persona que resistiese al licor más que él. Candelario no

olvidaba viejas épocas en las que el paisa lo obligaba a tomar hasta cinco copas seguidas, para después hacer gárgaras durante cinco segundos exactos, y luego, sin tomar un respiro, continuar con otras cinco copas más. Junto a Víctor había un grupo de borrachos que jugaba al reto de las gárgaras, y que, cuando no estaban tomando o echando algún chiste, gritaban entusiasmados, tal como lo había hecho el paisa, al televisor. Candelario no lo veía hacía varios meses, pues había dejado de frecuentar la tienda de Chepe. Una de las reglas más importantes que le había puesto el doctor Mena era la de no consumir alcohol, pues este creía que junto al estrés y una mala respiración, el consumo de ciertas bebidas y alimentos era una de las principales causas de la inflamación de las articulaciones. Pero ahora que Candelario había dado cuenta de la presencia de su viejo compañero de bebida, no podía evitar la necesidad de hablarle, de entablar esa conversación en la que ambos podían comentar todos los hechos recientes de sus vidas, acompañados de aunque sea una cervecita, que, se convencía Candelario, si la tomaba a pequeños sorbos y dejaba que su cuerpo la digiriese con paciencia, seguramente no le caería tan mal. Candelario lo observó durante un buen tiempo, pero Víctor seguía tan inmerso en la algarabía que no había forma de que le pusiera atención. En un momento, el paisa recibió una llamada, agachó la cabeza debajo de la mesa y se tapó con fuerza uno de sus oídos para escuchar mejor. Luego se paró de la silla y fue hasta la acera que quedaba frente a la tienda, donde estuvo hablando durante un rato. Cuando ya volvía a su mesa, Candelario rozó su brazo; Víctor volteó de inmediato y cuando se dio cuenta de que era Candelario, le mandó una manotada al hombro que lo hizo retroceder, para después señalarlo con el dedo índice y advertirle: “Ey Candelito, ¡Vos me debés un trago guevón!”. Luego lo llevó a su mesa, lo presentó como “Don Candelo” e hizo que saludara a cada uno de sus compadres con un fuerte estrechón de manos que Candelario sufrió en silencio con la sonrisa nerviosa y el pecho hinchado. Cuando se sentaron en una esquina de la mesa, un poco alejados de los demás, hablaron de viejos amigos que también solían frecuentar el bar. Recordaron al “Gordo” Herazo,

un vendedor de fruta que por un accidente de tráfico había quedado inválido, y que ahora pasaba los días a la entrada de su casa, fundido a su silla de ruedas y contando historias que todos sabían que eran exageraciones, aunque él las hiciera ver como asombrosas realidades, en las que sus piernas todopoderosas lo habían llevado a nadar hasta la parte más honda del mar, o habían pateado el culo de los mejores boxeadores del país. También recordaron al “Pichón” Acosta, un pescador huraño y con cara de niño, que con el tiempo había perdido el juicio hasta el punto de creer que era un vaquero, y que hoy en día se la pasaba por las calles de Riohacha con un sombrero negro de alas anchas, y con una rama en forma de pistola, apuntando a algún jinete invisible que desaparecía en el horizonte. Al cabo de varias horas de rememoraciones, llegaron a un silencio que Víctor intentó salvar preguntándole por su trabajo como panadero. Candelario frunció el ceño y se quedó observando el fondo de su cerveza, en la que solo quedaba un poco de espuma. Víctor, intentando evitar la mudez que ya se reanudaba, le contó que después de meses de deudas e incluso de enfrentar un embargo, había terminado de pagar su propio taxi. Y le comentó que, ahora que estaba libre de deudas, podía darse el lujo de pagar los estudios de enfermería de su hija en una reconocida universidad de Bogotá. Luego de escuchar todos los comentarios de su amigo, Candelario se quedó mirando en silencio la televisión, y Víctor, que ya se había quedado sin recursos para reanudar la charla, se sirvió varios tragos de ron que saboreó con tranquilidad. Entonces Candelario le mostró sus manos hinchadas y temblorosas. Le comentó que, por culpa de ellas, había perdido hace unos meses su trabajo, y que ahora se sentía como un estorbo para toda su familia, “como una masa negra e inútil”, le comentó. Víctor le preguntó si ya había consultado a algún médico. Candelario, intentando ver el lado cómico de la tragedia, le contó acerca del excéntrico doctor Mena, de sus peculiares tratamientos que iban desde los menjurjes de ajo y jengibre hasta las extrañas posiciones de yoga. Ambos soltaron las carcajadas y no perdieron la oportunidad de lanzar uno que otro chiste mordaz. Luego de que la conversación se reavivara, fueron

LE COMENTÓ QUE, POR CULPA DE ELLAS, HABÍA PERDIDO HACE UNOS MESES SU TRABAJO, Y QUE AHORA SE SENTÍA COMO UN ESTORBO PARA TODA SU FAMILIA, “COMO UNA MASA NEGRA E INÚTIL”, LE COMENTÓ.

pasando de las extravagancias de los doctores a las molestias prácticas. Candelario le contó de sus dolores nocturnos, que esa misma noche lo habían llevado al bar, o de molestias tan repentinas como las que había sentido esa mañana, en la que, seguramente por la tensión, sus manos habían empezado a entumecerse. Después dirigió la charla hacia el tema del horno, que según él no podía olvidar, pues era de los aparatos más bellos que había visto en la vida. “Moderno, pero clásico”, declaró, “de esos que le dan una

textura crujiente a todo lo que tocan”. Entonces le confesó que, a raíz de su falta de trabajo, no tenía suficiente dinero para comprarlo, y le contó que la encargada no se había dejado convencer por los regateos con los que habitualmente conseguía cantidad de descuentos en los mercados y las compraventas. Después de todas las confesiones, sobrevino de nuevo el silencio, que Víctor aprovechó para servir unos tragos y brindar por el encuentro fortuito de viejos amigos. Candelario propuso brindar también por lo “perdido” y lo “imposible”, y ambos apuraron los tragos que sin muchas quejas fueron pasando por sus gargantas.

En ese instante, Candelario puso su mano sobre el hombro de Víctor, tal como este lo había hecho antes, y le propuso que robaran el horno.

Víctor intentó reír, pero su carcajada se convirtió al cabo de unos segundos en una tos nerviosa con la que simuló aclarar su garganta. Le ofreció a Candelario otro trago, y mientras este se lo terminaba, le preguntó si hablaba en serio. Candelario se limitó a afirmar con la cabeza. Entonces Víctor desdibujó la sonrisa que tenía en la cara, y le dijo que, como ya estaba tarde y seguro su enfermedad empezaría a empeorarse, lo mejor era que se fuera a descansar.

—¿Entonces no me vas a ayudar? —le preguntó Candelario.

—Candelo, vos estás es borracho. Hablamos mañana mejor —le dijo Víctor en voz baja, mientras recogía las copas de la mesa.

—Y yo que te decía compadre... —murmuró Candelario, más para sí mismo que para su amigo, que ahora intentaba ayudarlo a pararse de la silla.

—No es eso, Candelo —alcanzó a decirle Víctor, mientras Candelario se alejaba trastabillando y agitando una botella vacía de cerveza que ni siquiera se percataba que tenía en las manos.

Candelario se levantó a las nueve de la mañana con la ropa empapada en sudor y una fuerte resaca. Sus hijos ya habían salido para el colegio y en una nota que Esperanza le había dejado en la mesa de noche decía que ella se había ido con la vecina al mercado.

Candelario se duchó, dejando que el agua fría limpiara su sudor y aliviara sus articulaciones todavía hinchadas por el trago y el ajetreo de unas horas atrás. Comió un poco de la arepa con huevos revueltos que le había dejado su esposa, luego se acostó en la hamaca que estaba colgada en el balcón y, sin darse cuenta, se quedó dormido otra vez. Soñó con una cocina inmensa, del tamaño de un auditorio. En ella había balanzas, tarros, cuencos de todos los tipos y colores, al igual que moldes, bandejas y rejillas dispuestas por todo el lugar. Había varios postres, aún crudos, puestos de forma uniforme sobre los muebles. Y en el centro del lugar, un horno inmenso que olía a leña y pan horneado. Candelario se ponía los guantes y abría con cuidado la puerta. Metía las manos y sentía una masa crujiente, que cada vez que intentaba atrapar se desintegraba. Trataba de hacerlo repetidas veces, hasta que en un momento se cansaba y olía sus dedos. En ese momento respiraba el mismo hedor a óxido que había percibido en la tienda. Miraba a su alrededor y todos los muebles empezaban a oxidarse, los postres se derretían lentamente y la baldosa del suelo y las paredes se quebraban, dejando salir una masa negra y espesa que escalaba sus piernas y se regaba por todo su cuerpo. Cuando se levantó de la pesadilla ya era mediodía. Una vez más, estaba lleno de sudor y todo su cuerpo palpitaba por los nervios. En vez de bañarse, decidió quitarse la camiseta y luego se sentó en la mecedora de la sala. Pensó en el horno, tanto en el de su juventud como en el que había descubierto el día anterior. Entonces una idea se iluminó en su cabeza. Se puso su pinta preferida: el traje café, la boina a rayas, y los zapatos negros que duró embolando varios minutos. Después se encaminó a la tienda de artículos usados, pero seguramente por estar ocupado arreglándose, olvidó que a esa hora cerraban por el almuerzo. De manera que tomó un paseo, y se detuvo en una floristería, donde compró un ramo de girasoles. Después entró a la tienda y caminó de un lado a otro buscando a la encargada, hasta que la encontró barriendo una esquina llena de polvo. Notó que tenía un collar de unas piedras naranjas y brillantes, y aprovechó para decirle que la cornalina era su joya preferida. Ella lo miró extrañada, y él señaló su pecho.

—No sabía que se llamaba así —afirmó, y luego apretó las piedras con los dedos.

—Pues ahora lo sabe. Mucho gusto, Hilario Hernández.

—Astrid Cassiani, a la orden.

—¿Y dónde compró el collar, en la calle primera?

—No, fue un regalo.

—Ah, de su esposo, supongo.

—No, no tengo esposo, me lo regaló mi padre.

En ese mismo instante, Candelario aprovechó para alcanzarle los girasoles. Y al recibirlos, Astrid dejó caer la escoba de las manos.

—Gracias —le dijo, mientras luchaba por recoger la escoba sin ensuciarse.

—Un placer, Astrid —respondió Candelario, que intentaba ayudarla sin complicarle aún más la tarea por la torpeza de sus manos.

Mientras terminaba de limpiar el polvo, y atendía de vez en cuando a uno que otro cliente, continuaron charlando. Él le contó que, de hecho, conocía a su jefe Ildefonso, pues ambos habían estudiado en el mismo colegio. “Uno de los pocos que había en ese entonces”, dijo Candelario. También le hizo saber que alguna vez había trabajado atendiendo un almacén de artículos usados, pero no de cocina, sino de instrumentos musicales.

—Sí le gusta la música, ¿verdad? —le preguntó Candelario.

—Claro que sí —le respondió Astrid, que no paraba de sudar por el esfuerzo.

—¿Los boleros, o el vallenato?

—Los dos. Sobre todo el vallenato. Pero el viejo, no me gusta mucho el de la nueva ola.

—Es que los pelaos ya no saben apreciar la buena música. Solo quieren algo pa' saltar de un lado a otro. O para bailar como les gusta, apretados.

Astrid soltó una risa y Candelario le preguntó qué le habían parecido los girasoles.

—Me gustan. Y huelen bien.

Cuando sintió que se había ganado un poco de confianza, Candelario pasó a preguntarle cosas específicas del local, como la hora de cierre y de apertura, y si había algún guardia que, además de acompañarla, también cuidara los aparatos. Ella le respondió que solo había seguridad en las tiendas principales que quedaban en Maicao, pues sus jefes no creían necesario incurrir en esos gastos para una tienda de artículos usados. Así, continuaron conversando durante un rato más, y una vez Candelario percibió que tenía la información que buscaba, se despidió de la encargada, prometiéndole que la visitaría en una pronta ocasión.

—Y la próxima seguro podemos escuchar algún vallenato —afirmó sonriente Candelario.

—Pero de los viejos.

—¡Cómo no! Nos vemos querida Astrid —dijo Candelario, mientras se dirigía a la puerta.

Unas horas más tarde, Candelario llegó a casa, saludó indiferente a su esposa, que estaba en la cocina intentando quitar las manchas de una olla vieja, y cuando se disponía a entrar al cuarto de sus dos hijos para saludarlos, los vio jugando a la lucha libre con Víctor, que movía de un lado a otro su cuerpo macizo mientras Toño, el mayor, se le colgaba del cuello, y Albertico abrazaba una de sus piernas con la ilusión de frenar, al menos un poco, sus movimientos. Apenas vio a su amigo parado en el umbral de la puerta, Víctor alzó a Toño de la camisa y lo puso en la cama más alta del camarote, luego agarró a Albertico de un brazo y lo depositó en la cama de abajo. Candelario le hizo un gesto para que se dirigieran a la sala, y se sentaron en el sofá.

CANDELARIO, QUE DURANTE TODA LA CONVERSACIÓN HABÍA ESTADO OBSERVANDO Y MASAJEANDO UNO A UNO SUS DEDOS CON GRAVE PARSIMONIA, ALZÓ EL ROSTRO Y SE QUEDÓ CONTEMPLANDO A VÍCTOR CON LOS OJOS BIEN DESPIERTOS Y TITILANTES POR UNA EMOCIÓN QUE NO PUDO OCULTAR.

—Disculpáme hermanito —fue lo primero que Víctor atinó a decir.

—¿Y por qué? —preguntó Candelario simulando una expresión de sorpresa.

—Pues vos sabés, por lo de ayer.

En ese instante, Esperanza se acercó al sofá y le entregó a Víctor un jugo de mango.

—Ya qué importa compadre —afirmó Candelario, y luego recalcó en una voz más baja—. Fue una estupidez que me surgió en el momento.

—Bueno Candelo, la verdad es estuve pensando... y se puede hacer.

Candelario, que durante toda la conversación había estado observando y masajeando uno a uno sus dedos con grave parsimonia, alzó el rostro y se quedó contemplando a Víctor con los ojos bien despiertos y titilantes por una emoción que no pudo ocultar.

—Si querés, mañana nos vemos a la misma hora en mi casa, y cuadramos todo —dijo Víctor y luego se tomó de un solo sorbo el jugo de mango. Se paró de la silla y se despidió de Candelario.

Cuando se quedó solo en la sala, Candelario sintió un crujido en su estómago que le reveló el hambre que había sentido desde hace unas horas, pero a la que no había puesto demasiada atención, ocupado en hacerse cargo de todos los asuntos relacionados con el robo. Fue a la cocina y en el momento en que iba a abrir la nevera, Esperanza, que ahora se encontraba colgando la ropa, le preguntó por la repentina visita de Víctor. Candelario le respondió que tan solo buscaba disculpase por la borrachera de la noche anterior, y que quería ultimar los detalles de un negocio que ambos estaban planeando. “Ese Víctor, nació pegado a la botella”, fue lo único que respondió Esperanza, mientras colgaba la última prenda de ropa que quedaba, y salió de la cocina para ir a descansar al cuarto. Candelario sacó de la nevera el último pedazo de queso que quedaba,

lo asó un momento y luego armó un sándwich que se comió con gusto en el comedor, mientras recordaba a su amigo Víctor y sonreía, ilusionado, para sí mismo.

El día siguiente, Candelario llegó al apartamento de Víctor en las horas de la tarde. Era un pequeño recinto ubicado en el centro de la ciudad, a un par de cuadras de la playa. Cuando entró, Víctor le entregó a Candelario, con un gesto de orgullo, una noticia de periódico que él mismo había recortado. El anuncio hablaba de un caso de robo cometido en la ciudad de Barranquilla. Cinco ladrones disfrazados de vigilantes entraron en horas de la mañana a una droguería, uno de ellos encañonó al guardia y lo inmovilizó, mientras los demás se encargaron de romper el sistema de seguridad que cubría el cajero, y de deslizarlo fuera de la tienda usando varias cáscaras de patilla. Candelario leyó la noticia invadido por una mezcla de fascinación e incredulidad. Le asombraba el hecho de que alguien pudiese ser tan recursivo a la hora de cometer un delito, pero al mismo tiempo dudaba de la efectividad de la estrategia. Candelario le preguntó si pensaba hacer con el horno lo mismo que aquellos sujetos habían hecho con el cajero y Víctor respondió asintiendo con seguridad. Candelario se paró de la silla, y comenzó a andar en círculos con un paso constante y dubitativo, hasta que en un punto, se detuvo en el centro de la sala, y le preguntó:

—No joda Víctor pero... ¿esa vaina sí va a funcionar?

Víctor, sin pensarlo demasiado, fue a la cocina, revolcó durante un rato la parte de atrás, y al cabo de algunos minutos volvió equipado con varias patillas. Luego se dirigió de nuevo a la cocina, y regresó con un horno que le llegaba hasta la cintura y que, según él, después de años de intentos fallidos, no había logrado reparar. Abrazó del hombro a Candelario, le señaló el aparato y las frutas desperdigadas por toda la sala y le dijo:

—Pues hermanito, toca probar.

Estuvieron toda la tarde cortando patillas, masticando hasta el cansancio la parte comestible para no desperdiciarla, y ubicando con cuidado las cáscaras en las esquinas del horno para que este pudiese deslizarse entre los desniveles y los obstáculos del suelo con rapidez. Alrededor de las ocho de la noche, cuando entre todas las variantes posibles, lograron descubrir la mejor forma de transportar el horno con la prótesis de fruta recién inventada, se sentaron en el balcón a descansar. Mientras admiraban, exhaustos, el oscuro mar de Riohacha, Víctor le contó que tenían una cita, dentro de una semana, en el terminal de transporte, para conseguir el vehículo que los ayudaría a transportar el horno una vez lo sacaran de la tienda. Luego, antes de que llegara la esposa de Víctor del trabajo y su hija de la universidad, tuvieron que organizar la sala, y limpiar los rastros de patilla dispersos por todo el apartamento. Unas horas después, Candelario llegó a casa con los brazos tiesos, las piernas temblando y la espalda entumecida. Se cambió como pudo, se arrojó a la cama, y en contados segundos, ya se había hundido en un pesado sueño.

Una semana más tarde Víctor y Candelario estaban sentados frente a la Terminal de transporte. Eran las tres de la tarde y el calor, que aumentaba a medida que pasaba el tiempo, obligaba a las personas a recluirse en la sombra, los hombres abrían los botones de sus camisas para descubrir su pecho sudoroso, mientras que las mujeres se abanicaban usando cualquier papel que tuvieran en las manos. En la entrada de la Terminal había varios trabajadores que acosaban a los visitantes con diferentes ofertas de viaje y en las cafeterías estaban los conductores refrescándose con una gaseosa o un vaso de agua antes de emprender un nuevo recorrido. El amigo de Víctor había tenido un accidente de tráfico, lo que le impidió llegar temprano a la cita y obligó a Víctor y a Candelario a esperarlo durante varias horas. Los temas de conversación ya se habían acabado, al igual que la larga serie de cervezas que Víctor se tomó con ahínco y los vasos de agua helada que pidió Candelario para poder soportar la inclemencia del sol de la tarde. Luego de tanta espera llegó a la terminal una van, de la que se bajó un hombre gordo,

calvo y con un pequeño bigote perfectamente peinado. Su nombre era Rubén y, según Víctor, era un ladrón de ricos, un saqueador de familias adineradas. Aunque él prefería denominar su profesión de una forma más elegante, aunque descarada, refiriéndose a ella como “adquisición y traslado de bienes ajenos”. Era algo así como un Robin Hood riohachero, que tenía un estricto código de trabajo y que se asociaba solo con viejos amigos de confianza, como Víctor, que por casualidad se había casado con una de sus hermanas. Para empezar, Rubén solo robaba a cierto tipo de personas, que eran estudiadas cuidadosamente por él hasta decidir si era válido adueñarse de sus posesiones. También, cada robo del que hacía parte debía ser planeado de forma escrupulosa, sin improvisaciones, y la única cuestión de la que él se hacía cargo era el transporte. Por último, y en esta condición hizo bastante hincapié Víctor antes de que Rubén llegara, después del robo, todo participante debía ser imposible de rastrear. Por ello, Víctor planeaba aprovechar la circunstancia para quedarse un tiempo con su familia en su tierra natal, y le advirtió a Candelario que fuese pensando cuál sería su lugar de estadía o estrategia de distanciamiento.

Hablaron con Rubén apenas media hora, en la que él resolvió todos los asuntos relacionados con el robo de manera escueta y calculadora. Inició con las “preguntas de reconocimiento”, como el dueño de los bienes, el lugar de la operación y los integrantes del grupo. Continuó con el “plan general de apropiación”, que Rubén armó con una maestría tal que fue despejando la incertidumbre que desde tiempo se había asentado en la turbia mente de Candelario. Y cerró con un “análisis de los detalles”, en el que, según las condiciones del robo, previó posibles complicaciones y sus correspondientes soluciones. Según Rubén, todo se daría dentro de tres semanas, y se llevaría a cabo de la siguiente manera: Candelario produciría un pequeño incendio que haría salir a la dependienta y a todos los clientes de la tienda, y convencería a todos de alejarse lo más posible del accidente. Víctor, que poseía la fuerza necesaria, se encargaría de arrastrar el horno, junto a otro aparato que sería como una remuneración para Rubén por su trabajo. Rubén, por su parte,

DE ACUERDO AL PLAN, EN PRINCIPIO TODO PARECERÍA UN ACCIDENTE, Y CUANDO SE DESCUBRIESE LA AUSENCIA DE LA MERCANCÍA, NO HABRÍA MANERA DE RASTREARLA NI DE UBICAR AL CULPABLE DEL ROBO.

se encargaría de recoger la mercancía en una puerta trasera que existía en el local, y de llevarla en su vehículo a un lugar seguro, en donde, posteriormente, Víctor y Candelario podrían recogerla. De acuerdo al plan, en principio todo parecería un accidente, y cuando se descubriese la ausencia de la mercancía, no habría manera de rastrearla ni de ubicar al culpable del robo. En el momento en que finalizó la charla, Rubén se despidió de ambos con un estrechón de manos, peinó con cuidado los únicos pelos que le quedaban en

ESTABA ABORTO
CONTEMPLANDO EL
LOCAL. OBSERVABA
CADA MESA, CADA
ANUNCIO, CADA

MÁQUINA, MEJOR
DICHO, PALPABA
CON SU MIRADA
CADA ARISTA DE
LA PANADERÍA.

la parte de atrás de su cabeza y luego se alejó rápidamente en su van. Víctor y Candelario se miraron en silencio, tal como lo habían hecho cuando se habían encontrado hace unos días en la casa de Candelario, o cuando se habían sentado a descansar después de probar el truco de las cáscaras de patilla, conscientes de que participarían en un acto delictivo que les producía tanto temor como emoción, y seguros de que, si el robo de verdad se hacía posible, serían los únicos, junto a Rubén, que sabrían la verdad acerca de los causantes del supuesto accidente que se produciría, de forma repentina, en los Segundazos de Ilse.

A las seis de la tarde, mientras iban caminando por la Calle 15 de vuelta a sus casas, Candelario se quedó parado frente a una panadería. Después le pidió el favor a Víctor de que entraran allí a comer algo. Pidió un roscón con arequipe y le gastó a Víctor una milhoja. Víctor devoró su plato, mientras que Candelario apenas mordió las puntas del suyo. Estaba absorto contemplando el local. Observaba cada mesa, cada anuncio, cada máquina, mejor dicho, palpaba con su mirada cada arista de la panadería.

—Se llama igual —dijo Candelario, casi susurrando.

—¿Qué?

—Se llama igual que mi panadería.

—¿Qué es lo que se llama igual?

—Este lugar.

De inmediato, Víctor se fijó en un letrero que había en la caja y que decía en letras color celeste: Mar de cristal.

—Compadre, yo sé que no era la gran cosa, pero era mío, y de mi familia. Era un espacio donde podíamos estar.

—Sí, tenés razón —le respondió Víctor en un tono serio, intentando corresponder a la inesperada gravedad de sus afirmaciones.

Candelario trató de terminar su roscón, pero luego de un par de mordiscos, dejó la mitad encima de la mesa.

CAMINÓ A LA TIENDA, SINTIENDO QUE SU CORAZÓN, DE TANTO BOMBLEAR, IBA A SALIR DISPARADO DE SU PECHO PARA CAER RODANDO POR ALGUNA DE LAS CALLES DE LA CIUDAD.

—Estuve pensando en lo que me dijiste de alejarme, y creo que voy a regresar a Cartagena —guardó un breve silencio, y continuó—. Teniendo el horno, podría abrir de nuevo mi Mar de cristal.

—Candelo, si eso es lo que de verdad te nace, entonces hacele pues. Mira que hasta podría ir a visitarte, y comerme uno de esos panes amurallados de los que me habías hablado —dijo Víctor, mientras apretaba con su enorme mano el brazo de Candelario.

Candelario suspiró y esbozó una pequeña sonrisa, luego se paró de la silla, fue a pagar la cuenta y regresó con Víctor a la Calle 15,

por la que caminaron un buen rato echando chistes acerca del bigotito de Rubén.

Unas semanas más tarde, Esperanza se despertó más temprano de lo usual. Revisó que Candelario estuviese dormido, sacó un cofre del fondo del armario y luego se encerró en el baño. Del cofre extrajo un par de fotografías de sus hijos, una de Toño montado en un burro en el desierto de Uribia, y otra de Albertico enterrado en la playa del parque Tayrona, las pocas joyas que había heredado de su madre y su abuela, y una bolsa con billetes que contó cuidadosamente. Cuando terminó, se dio cuenta de qué con los ingresos del día, tendría el dinero suficiente para hacer su gran compra. Entonces fue directo a preparar el desayuno, alistó a los niños, y alrededor de las cinco y media de la mañana ya estaba parada en una esquina del colegio vendiendo su mercancía. Estuvo allí hasta las cuatro de la tarde, luego dejó el carro en la bodega, y a sus dos hijos donde la vecina. Caminó a la tienda, sintiendo que su corazón, de tanto bombear, iba a salir disparado de su pecho para caer rodando por alguna de las calles de la ciudad. Pero al llegar a su destino, la emoción se convirtió en incertidumbre, al ver que del lugar emergían pequeñas corrientes de humo, y que había una multitud de transeúntes observando el acontecimiento impresionados.

En la entrada había una mujer de corta estatura y un hombre moreno y delgado rodeado de tres policías. Esperanza no pudo evitar acercarse, y al cabo de varios pasos, se dio cuenta de que estaba frente a su esposo, Candelario. Por las palabras del oficial, la mujer, llamada Astrid, parecía ser la encargada de la tienda, y Candelario el culpable de daño a la propiedad. Al parecer la estrategia de las cáscaras de patilla no había funcionado, por lo que Víctor había huido junto a Rubén para no ser capturados. Candelario se había quedado distraído a la gente, y cuando las autoridades llegaron uno de los clientes que había escapado del incendio, lo acusó de haberlo causado. Ahora los oficiales procedían a esposarlo y subirlo al camión. Esperanza, que había observado atónita todo el proceso, se acercó al policía que estaba a cargo, se prendió a

su brazo y le pidió que hablaran a solas. Cuando estaban un poco alejados de los demás sacó un fajo de billetes y se quedó mirándolo fijamente con sus ojos grandes y llorosos. Al principio el oficial hizo un gesto de disgusto y se apartó como si se estuviese preparando a esposarla a ella también. Pero luego agarró los billetes con disimulo y cuando terminó de contarlos le dijo: “Yo lo suelto, pero tendría que darme un poco más”. Ella metió la mano en su bolso y sacó otro montón de dinero, el último que le quedaba de todo lo que había ahorrado para comprar el horno. El oficial volvió a contar los billetes, y con voz risueña afirmó: “Ahora sí. Pero por si acaso, los voy a dejar bien lejos de acá”. Volvió con los otros dos policías, y les dijo algo que ella no comprendió. Ellos se quedaron hablando con la encargada, mientras que él se subió al camión e invitó a Esperanza a subirse también.

El policía los dejó al otro lado de la ciudad. Se despidió deseándoles buena suerte y soltando una breve carcajada. Candelario intentó decirle algo a Esperanza, pero ella lo calló de inmediato, y se acercó a él para cachetearlo. Candelario aceptó los golpes con resignación, intentando ver en el castigo una especie de purificación. Pero luego de aguantar varios impactos, se aferró a ella en un abrazo definitivo que buscaba detener el ataque. Esperanza intentó zafarse, pero Candelario usó sus últimas fuerzas para mantenerla atrapada. Ella no tuvo más opción que quedarse quieta, más por cansancio que por voluntad, y aceptó frustrada la única disculpa que su esposo fue capaz de darle después de todo lo sucedido. Mientras se abrazaban, Esperanza notó que ya estaba atardeciendo, y le pareció que el brillo rojizo presente en las nubes era algo que no había visto hace mucho tiempo. Se distrajo durante un tiempo mirando aquel resplandor que con el paso de los minutos se fue apagando hasta convertirse en una pequeña chispa color púrpura. Luego se separaron, Esperanza notó que Candelario se había quedado paralizado, con las manos y los brazos temblando ligeramente. Esperanza se le acercó, lo masajeó durante unos minutos, y después de que Candelario empezara a moverse, emprendieron juntos el camino a casa.

EL EJERCICIO DE LA DECONSTRUCCIÓN



Por Natalia Escobar

Las posibilidades de los cambios, las transformaciones y los aprendizajes más significativos de la vida se tejen siempre en la relación con el otro. Como diría Lacan, yo siempre es otro. El oficio editorial no está ausente de este lazo del encuentro, aunque este hacer sí connota una particularidad: el silencio y, la mayoría de las veces, el anonimato. Desde esta reflexión que me queda de la experiencia *Elipsis*, y para quebrar en algún sentido ese silencio del trabajo editorial, quisiera señalar cuatro aspectos que considero son los más relevantes para mi aprendizaje sobre la edición.

Empezaré por afirmar que la edición es un oficio tan arduo como el de la escritura. Consistió en leer cuantas veces fue necesario, agotar las posibilidades de las preguntas hasta que el cuento adquiriera independencia, aguzar la percepción para entender las transformaciones de la escritura y hacer de la escucha un ejercicio de cuidado para que el texto siguiera siendo un resultado de quien escribía, pero un resultado de experiencia compartida.

Este construir en conjunto es el segundo aspecto que quiero subrayar, ya que el encuentro escritura-edición, en el programa *Elipsis*, no pasó por dos personas, sino por cuatro: dos aprendices

y dos maestras. Si el trabajo de quienes participamos en el componente editorial puede pasar por lugares del silencio, para mí es importante no agregar otro silencio y reconocer la guía de Marta y Alejandra, quienes de manera generosa nos enseñaron sobre el oficio y, fundamentalmente, sobre el trabajo en equipo.

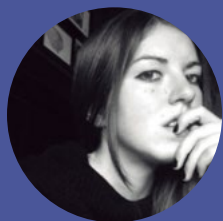
En esta experiencia en equipo emergió un tercer momento de aprendizaje: la edición como proceso. La relectura cobró valor de eslabón en tanto que volver al texto se trataba de reconocer cadenas de sentido que se iban consolidando y también de encontrar nuevas preguntas para el texto. Así mismo, la relectura estuvo destinada a identificar aspectos que en la primera lectura no reconocimos pero que posibilitaron construir en conjunto no solo un resultado más limpio, sino también una experiencia particular con el cuento.

Finalmente, quiero resaltar el valor de la relectura desde una mirada crítica y constructiva; destruir un texto no tiene nada de trabajo editorial, pero deconstruirlo es la tarea más difícil. Así, lograr que en cada palabra, comentario y pregunta la puerta quede abierta para que la escritura adquiriera nuevas posibilidades es, tal vez, el mayor reto y aprendizaje del trabajo editorial.

elipsis

2017

COBAR- DÍA EN ESCALA D



Diana Zerda

Sun is shining, clouds have gone by
All the people give a happy sigh
He has passed by, giving his sign
Left all the people feeling so fine

The Wizard

Era domingo en la noche y hacía dos días que no llegaba a su casa, o bueno, a la casa de sus padres. El viernes lo había comenzado en el toque de punk de unos amigos con unas cuantas cervezas y whisky barato en un bar sobre la Caracas. El lugar quedaba en el segundo piso de una casa vieja que tenía una fachada llena de firmas de grafiteros. Adentro, las paredes estaban forradas con serigrafías de *Sex Pistols* y *The Clash*; el aire era sofocante por el calor que emanaba de los cuerpos, el humo y la oscuridad. Ese era uno de los lugares favoritos de Camila, en un lugar así no se hacen planes para el futuro, tampoco se tiene que aparentar tener idea de qué haces en la vida o por la vida. Sin embargo, el problema del sitio, como pasa con casi todos los bares de la ciudad, era que cerraba a las tres de la mañana, cuando generalmente la fiesta alcanza su apogeo. Ese viernes, cuando sacaron del bar a Camila y a sus amigos, optaron por dar un paseo por las calles de Chapinero mientras tomaban, fumaban y tenían conversaciones sobre todo y sobre nada. La fiesta habría terminado a las seis de la mañana en una estación de Transmilenio, pero como siempre, Camila no quiso volver a

su casa y durmió en la de algún compañero. Al otro día recobraría la energía necesaria para reencontrarse con la música, esta vez en un pequeñísimo bar de blues donde tocaría alguna banda en vivo que la distraería, aunque las mesas del lugar estuvieran apretujadas y no hubiera suficiente espacio ni para respirar. Ella sentía que podía darlo todo por la música, por ese espacio de tiempo en el que podía escaparse, pero ante todo estaba el miedo. No obstante, cualquier lugar donde hubiera música era suficiente para entregar todo de sí misma, ya fuera por medio del baile o de las emociones y posibilidades que le despertaban los diferentes sonidos. Muchas veces pensaba que el trabajo ideal para ella sería ser periodista musical, para que le pagaran por buscar y encontrar nuevos sonidos de distintos géneros, por explorar nuevos lugares y conocer nuevas personas congregadas alrededor de las canciones. Claro, también pensó varias veces en dedicarse a componer, pero ya estaba tarde, tenía 24 años y nunca había aprendido a tocar un instrumento.

La música suena diferente según la ocasión o, al menos, así lo creía Camila. Por lo tanto, la *playlist* de domingo no tenía nada que ver con la de una noche de viernes antes de salir de casa, la de un trayecto por la ciudad u otras. Camila entendía esto mejor que nadie porque lo único que la aterraba más que el miedo a la adultez era no poder encontrar la canción que encajara con lo que sentía en determinado momento. Esta sensación la llenaba de ansiedad ya que la situaba de cara a su realidad, la misma que enfrentaba en piloto automático cada semana y evadía en sus ratos libres.

Los domingos eran otra cosa, eran el día en que ya no le quedaba nada y tenía que reconstruirse a fuerza de cumplir con sus obligaciones como estudiante. Este fin de semana, como muchos otros, la había dejado desahuciada. El cansancio post-fiesta, post fin de semana, pre-lunes, o como le quieran llamar, no era solo físico, era también mental y emocional. Cada domingo era una batalla perdida a favor de la anulación de su propio deseo. La derrota comenzaba con la desaprobación de sus padres por haber desaparecido casi tres días, pasaba por las preguntas que cuestionaban su forma de vida en relación con su futuro y terminaba en las que ella se hacía

CADA ESTADO DE LA DERROTA ERA UN DESCENSO A SU PROPIO INFIERNO DEL QUE ESCAPABA ASTUTAMENTE GRACIAS A LA MÚSICA.

sobre lo mismo. Cada estado de la derrota era un descenso a su propio infierno del que escapaba astutamente gracias a la música.

Esta vez Camila estaba más tranquila a pesar de los tediosos reclamos que le hizo su madre apenas atravesó la puerta: “¿Por qué no contesta el celular para siquiera avisar dónde está? ¿Acaso cree que esta casa es un hotel?!”. Nada importaba, ya que solo se concentraba en lo que necesitaba escuchar: *The Wizard*. Con la canción precisa en mente, solo tenía que atravesar la sala, el corredor, llegar a su habitación, encerrarse, prender el computador que estaría sobre la cama y reproducir la canción. Desde hace un par de semanas, esa canción se había convertido en su himno porque, para ella, la actitud del mago y los sonidos de la melodía representaban el encanto de dejarse llevar, de ser ella misma sin tener que justificarse. La armónica, especialmente, sonaba con una potencia similar al sonido de un punji en el momento de encantar serpientes. Ese solo de armónica

la seducía porque reproducía el *soundtrack* perfecto para soltar sus miedos, fortaleciendo así su deseo de tomar un nuevo rumbo, el propio. Recostada en su cama, con la mirada fija en el techo, estaba escuchando la canción por décima vez en el día: ya había olvidado que era domingo, que sus padres no la determinaban y que tenía un montón de obligaciones académicas postergadas; todo esto gracias a la sensación de comodidad que la composición le producía.

La insistencia en la canción venía de la cantidad de posibilidades que se le cruzaban por la mente. Al principio pensó en buscar las palabras para escribir una reseña sobre la melodía, de pronto ya no creía que una reseña sería apropiada sino un cuento. Intentó escribir una historia, en primera persona, que representara el mismo efecto que la canción había tenido sobre ella:

No importa el lugar ni la carrera, todo siempre se reduce a lo mismo: estudiar economía, estudiar finanzas, abandonarlas, volver a tratar con periodismo. Un tedioso camino que solo me ha servido para aprender sobre todo lo que me rehúso a hacer en mi vida. Ni siquiera sé si quiero vivir esa vida estable que se supone te da un cartón. Desde pequeña, mis padres me repetían que cada decisión en la vida tenía un costo de oportunidad. Cuando tenía once años, y encontré una vieja y pequeña organeta en la casa, tenía tantas ganas de aprender a tocarla que le pedí a Laura, mi mejor amiga, que entonces recibía clases de piano, que me enseñara todo lo que sabía. Con ella aprendí a tocar Estrellita y Feliz cumpleaños. Yo practicaba incansablemente pero necesitaba una guía, así que les mostré a mis padres lo que había aprendido y les rogué que me inscribieran en algún curso de piano. No les importó. Ellos no veían el sentido de gastar dinero en clases de piano; según ellos era más productivo invertirlo en clases particulares de matemáticas, una materia que no me iba a servir para nada en la vida. Así ya no tenía sentido practicar más con la organeta, yo misma no iba a saber cómo explotar todo mi potencial. En eso consistía el tal costo de oportunidad, cada decisión por defecto descartaba un sinfín más y para mis padres siempre había que “procurar tomar la mejor decisión posible”, es decir, aquella que contribuyera a construir un futuro estable, el de los números y

el cartón, el de comprar una casa y tener una familia que después te impida realizar tus sueños, el de tener unos hijos en los que puedas agotar tus frustraciones. Yo no quiero esa vida, nunca quise esa vida. Yo no quiero un cartón y seguir en dirección a un futuro trazado, yo solo quiero vivir. Siempre que intento explicarles esto a mis padres, ellos me responden inquisitivamente con otra pregunta: “¿de qué vas a vivir? Tienes que conseguir un trabajo en el que te establezcas y luego emplear tu tiempo libre en hacer lo que quieras”. Nunca pude responderles a esa pregunta cuando estaba en el colegio, ni en mi primer intento de carrera, ni siquiera en el segundo. Muchas veces intenté responder determinadamente “¡de lo que se me dé la gana!”, pero este argumento caía sobre su propio peso porque era más una evasión que una respuesta contundente. Así que no tuve más remedio que tomar todas las decisiones correctas a lo largo de un camino seguro, porque lo que ya está trazado es también lo más fácil, ¿no?

Cuando Camila releó lo que llevaba, sintió que no estaba yendo a ningún lado. La canción había desaparecido, en su escrito solo estaban ella y sus frustraciones. La literatura tampoco era suficiente para reproducir los sentimientos que le evocaba la canción, las palabras se quedaban cortas y solo le servían para dar muchos rodeos innecesarios. Se imaginaba mejor tocando la armónica con la misma destreza del compositor, vagando en diferentes partes del mundo, viviendo de su instrumento. Súbitamente, ya era una decisión. Lunes, a primera hora, Camila iría a comprar una armónica para dedicarse de lleno a la música. Tomaría la salida de emergencia en su vida, aquella vía de escape con la que, hasta el momento, solo había coqueteado imaginariamente en sus más profundas abstracciones. Esta determinación la hacía sentir liviana, como si flotara sobre la cama, el cansancio usual de domingo se había disipado dando paso al entusiasmo.

Al día siguiente se levantó temprano, cada movimiento era acelerado, como si estuviera ansiosa por llegar a un toque. Mientras iba de un lado a otro del apartamento, Camila sentía que sus padres la miraban sorprendidos y desconfiados a causa de su proactividad inusual de lunes en la mañana. Seguramente desconfiaban

**TOMARÍA LA SALIDA
DE EMERGENCIA EN
SU VIDA, AQUELLA
VÍA DE ESCAPE CON
LA QUE, HASTA EL**

**MOMENTO, SOLO
HABÍA COQUETEADO
IMAGINARIAMENTE EN
SUS MÁS PROFUNDAS
ABSTRACCIONES.**

porque buscaban alguna excusa para continuar con los reclamos, pero no importaba, Camila estaba segura de que tampoco preguntarían porque seguían ofendidos y frustrados por sus andanzas y desapariciones de cada fin de semana.

Salió de su casa y, para apaciguar el entusiasmo, prendió un cigarrillo mientras caminaba hacia la avenida donde solía coger el bus que la dejaba en la universidad. En el bus, Camila se sentó en una silla junto a la ventana, sacó su iPod de la maleta y se puso los audífonos. A su lado había una señora que seguramente iba hacia su lugar de trabajo, de esas que tenían en la mirada un poder para juzgar a todo el mundo. La primera canción que sonó en aleatorio fue *The Nameless* de Slipknot y el volumen de los audífonos fue suficiente para que la mujer se sobresaltara por los “infernales” y distorsionados sonidos. Camila ya estaba acostumbrada a estas reacciones, pero seguía sonriendo satisfactoriamente siempre que algo por el estilo pasaba. Paró la reproducción aleatoria para escuchar *The Wizard*. La señora de al lado ya había dejado de importarle en absoluto y ahora se dedicaba a mirar por la ventana y a cantar mentalmente: “*Misty morning, clouds in the sky, without warning, a wizard walks by casting in shadow weaving his spell, funny clothes, tinkling bell*”. Llegó a la universidad, dejó los audífonos y el iPod nuevamente en su maleta y tomó una dirección contraria a la usual, ahora se dirigía a una tienda de instrumentos que reconocía por las veces que había transitado por ahí. Antes de entrar, observó la tienda desde afuera y, por primera vez, se percató de que el fuerte de la tienda parecían ser todos los instrumentos menos los de viento. No sabía si entrar, seguro si cogía otro bus que la llevara por la Séptima encontraría más tiendas y tendría más opciones, pero estaba tan impaciente que cualquier otra postergación, otro trayecto en bus, se veía interminablemente tediosa. Aguzó la vista y se decidió a entrar al ver saxofones y trompetas en un rincón. Al ingresar, Camila siguió cada espacio de la tienda con la mirada, se sintió pequeña en medio de los instrumentos que solía escuchar, pero de los que nada sabía propiamente. Mientras caminaba entre las guitarras y los bajos, imaginó cómo sería aprender sobre cada

instrumento en la sala. Esta fantasía la llenó de vitalidad porque ir a comprar una armónica se mostraba como el primer paso de un emocionante viaje musical. Si conseguía desenvolverse tocando armónica, los obstáculos caerían poco a poco sobre sí mismos y ya no tendría miedo al lanzarse a experimentar con cualquier otro instrumento y así sucesivamente.

Se acercó a la vendedora y le preguntó por una armónica. Después de buscar, la señora trajo cinco cajitas que puso sobre el vidrio excusándose porque eran las únicas que tenía.

—¿Cuál es la diferencia entre cada una? —preguntó Camila.

—La diferencia es la marca. Por ejemplo, Hohner es la que más se vende, parece que es la que más años lleva fabricando armónicas y es bastante reconocido.

—¿Tú podrías decirme cuál es la más apta para principiantes?

—En realidad no creo que haya mucha diferencia entre una y otra, solo la marca.

Camila compró la Hohner y, apenas la recibió, salió del sitio para abrirla mientras caminaba sin rumbo fijo. Dentro de la caja, había algunos folletos, que ignoró, y una pequeña cajita de plástico donde venía el plateado y metálico instrumento. Los diez agujeros estaban numerados por encima, ella no entendía nada, pero esto la motivaba a aprender. Se sentó en la banca de un parque de barrio con el fin de estudiar más detenidamente su nueva adquisición. Empezó a tocar azarosamente, poniendo sus labios sobre el número uno y arrastrándolos, mientras soplaba, hasta el número diez, y luego de vuelta repitiendo una y otra vez el mismo recorrido. Se dio cuenta de que en el uno el sonido era más grave y se iba agudizando cada vez más hasta el diez, también que sonaba diferente cuando soplaba a cuando aspiraba. En ese momento miró a su alrededor, observó a algunas personas transitando, paseando a sus perros, y no pudo evitar sentirse tonta, como si todo el mundo se diera cuenta de que no sabía tocar en absoluto, por lo que abandonó el parque y se dirigió a su casa, donde tendría la

**CUALQUIERA DE LAS
DOS OPCIONES QUE
TOMARA ESTARÍA A
FAVOR DE LA MÚSICA;
CAMILA TENÍA
DECIDIDO QUE SU
VIDA SERÍA DE AHORA
EN ADELANTE UN
VIAJE MUSICAL, EN
EL QUE SU PRINCIPAL
OBJETIVO SERÍA
ENCONTRAR NUEVOS
PARAJES SONOROS Y
EN APRENDER LO QUE
MÁS PUDIERA
SOBRE ELLOS.**

privacidad necesaria para no sentir vergüenza e, igualmente, para evitar distraerse de su objetivo.

En el trayecto de vuelta, Camila leyó los folletos que venían dentro de la caja. Hablaban de la historia de la armónica, de la manera como se fabricaban y el auge que tuvo entre los soldados estadounidenses durante la guerra debido a que era fácil de llevar y proporcionaba grandes distracciones. Pensó en que seguro los soldados tampoco tenían una avanzada formación musical cuando empezaron a tocar este instrumento, lo que la animó en su determinación de que, si se esforzaba, aprendería lo suficientemente rápido para emprender su nuevo camino.

El panorama lucía prometedor, ahora Camila pensaba en qué pasaría cuando ella ya dominara este instrumento, no se decidía entre si comprar otro y aprender más o emprender un viaje por Colombia y luego Suramérica para empezar a vivir de su música mientras conocía diferentes lugares y personas. Cualquiera de las dos opciones que tomara estaría a favor de la música; Camila tenía decidido que su vida sería de ahora en adelante un viaje musical, en el que su principal objetivo sería encontrar nuevos parajes sonoros y en aprender lo que más pudiera sobre ellos. Pensó en que, desde hace algún tiempo, su vida había girado en torno a eso, a su tiempo libre. Hasta el momento, se había dedicado a pasar tiempo en bares, conciertos, toques y fiestas donde lo principal para ella siempre era la música. Las conversaciones con su parche, como llamaba a su grupo de amigos, no eran de otra cosa, siempre hablaban de nuevos descubrimientos, de los diferentes eventos, de la movida musical dentro del país, desde los géneros más industrializados hasta los más independientes. Cuando por los tragos se ponían más trascendentales, entre sus amigos, con quienes iba a eventos musicales, hablaban de lo importante que era escuchar y de lo poco que la demás gente se detenía a hacerlo. Es obvio que todos escuchan y disfrutan de la música, pero casi nadie se detiene a pensar o a realmente sentir lo que escucha. Así lo veía Camila. Por su parte, hasta sus últimos viajes habían sido con ese mismo objetivo: hacía poco había ido a Medellín por primera vez al concierto

de Guns N' Roses. Ahora todo iba a girar en torno a esta vida, ya no tenía que esperar a que fuera el fin de semana o a que llegaran las vacaciones para poder dedicarle su vida a la música y, mejor aún, ella participaría activamente en este mundo con su armónica. Mientras pensaba en todo esto, se impacientaba por llegar a su casa, encerrarse en su cuarto y empezar a tocar.

No era mediodía y Camila ya estaba de vuelta en su cuarto, ese pequeño recinto que hacía mucho había dejado de observar porque solo estaba allí cuando tenía que dormir, luego de pasar el día entero en la universidad, hablando con compañeros y distrayéndose; también llegaba los domingos, pero en esos momentos el espacio no importaba, solo quería escapar. Al llegar con su armónica, lo veía de nuevo. Ese lugar no era suyo, las paredes blancas estaban decoradas con fotografías de sus amigos de colegio, con quienes ya había perdido contacto desde hace años, en su pequeño escritorio había un arrume de fotocopias y libros de cosas académicas que nunca le habían interesado y, sobre el armario, un televisor que hacía años no prendía. Para tocar, Camila decidió que primero tenía que organizar su cuarto, hacerlo propicio para practicar: descolgó las fotos, botó las fotocopias académicas de la universidad y los libros los guardó debajo de la cama porque planeaba venderlos en el centro la próxima vez que fuera. En las paredes pegó las boletas de los últimos conciertos a los que había ido. Por el momento, los *tickets* ocupaban un poco menos que la cuarta parte de una de sus paredes, pero estaba decidida a que con el tiempo la llenaría, como también ampliaría la pequeña biblioteca musical, que ubicó en un estante, con los pocos discos que tenía, *Mechanical Animals* de Marilyn Manson, un disco con los mejores éxitos de Janis Joplin, *The Bends* de Radiohead y *The Idler Wheel* de Fiona Apple, además de unos discos mp3 que ella había compilado hace unos años, los cuales suplieron por un tiempo su falta de dinero para adquirir los originales. El cuarto lucía más aireado sin todo el arrume de copias, y el ambiente en construcción no solo marcaba un punto de partida, también le recordaría constantemente su nuevo objetivo.

EL CUARTO LUCÍA MÁS AIREADO SIN TODO EL ARRUME DE COPIAS, Y EL AMBIENTE EN CONSTRUCCIÓN NO SOLO MARCABA UN PUNTO DE PARTIDA, TAMBIÉN LE RECORDARÍA CONSTANTEMENTE SU NUEVO OBJETIVO.

Luego se dispuso a explorar los sonidos de su nuevo instrumento, por lo que no quiso aventurarse a aprender sobre escalas y acordes, sino que buscaba una aproximación más empírica para familiarizarse con el sonido. Intentó sacar unos primeros acordes aleatorios de manera que sonaran decentemente; intentó soplar y aspirar un solo orificio, tapando con sus dedos aquellos que estuvieran a los lados. Sus técnicas eran demasiado torpes, pero en su nueva habitación, lejos de los oídos de la gente, se sentía fuera del tiempo. Estaba segura de

que solo tenía que concentrarse y seguir practicando para mejorar, pero, por el momento, no importaba en absoluto si fallaba.

Allí pasó toda la tarde, sin hacer nada diferente a tocar hasta que a las seis llegaron sus padres del trabajo. Apenas entraron al apartamento, Camila los sintió e imaginó su sorpresa a causa de los sonidos que hacía con su armónica. Sabía que para ellos era raro encontrarla en casa tan temprano. Además, honestamente, tampoco pensarían nada bueno de ella conforme estaba la situación. Por esta razón dejó de tocar la armónica para intentar escuchar los murmullos de sus padres en la sala. Era obvio, especulaban sobre si ella había llevado a otro de sus amigos a la casa, despotricaban, porque se imaginaban a un amateur de músico, sin título profesional, ni vida por delante. En cuanto a asuntos sentimentales, sus padres se disgustaban por la inclinación de su hija hacia lo decadente, nunca le habían aceptado ninguna de sus citas o amigos. Camila, dentro de su cuarto, ya había escuchado a su padre murmurar desde la sala con tono airado y sabía lo que se le venía encima: en contados instantes entraría su mamá y le reclamaría por cualquier cosa que estuviera haciendo mal. Así fue, su madre entró al cuarto sin siquiera tocar la puerta dispuesta a hablar seriamente, pero su intento pareció frustrado a causa de la sorpresa que sintió al ver la habitación tan ordenada, mientras su hija, sentada sobre la cama, sostenía una armónica en sus manos.

—Arreglaste tu cuarto, ¡qué milagro!

—Sí —respondió Camila con desdén.

Generalmente Camila no toleraba a sus padres ni siquiera cuando intentaban mostrarse amables con ella. A veces, como en este caso, intentaban decirle algo bueno, pero ella por el contrario no podía tomarlo más que como una ofensa. Desde hace mucho tiempo estaba harta de discutir con ellos y, en cambio, evadía cualquier tema de conversación con respuestas monosilábicas. En este caso, su madre pudo obtener su atención de buena gana cuando le preguntó por la armónica que tenía. Con el tema de la armónica, la tensión acumulada

a causa de su desaparición el fin de semana se había disipado. Su madre parecía satisfecha con el nuevo pasatiempo y su padre ya no se manifestaba, ni siquiera por medio de murmullos, lo que para Camila era suficiente para sentir que se trataba de un buen comienzo. Quizá posteriormente entenderían que ella no veía su instrumento como un pasatiempo sino como el primer paso de su nueva vida, pero por ahora le parecía demasiado pronto para hablarles al respecto, al fin y al cabo era su vida, la decisión estaba tomada y ellos ya no iban a poder intervenir, en cambio, tendría tiempo suficiente para ahorrarse un montón de problemas y discusiones innecesarias.

Así pasaron los primeros días, en su habitación, en su casa, en aquel lugar que antes la sofocaba, pero que ahora era el escenario donde se cocinaban todos sus planes. Ahora toda su concentración y su energía estaban puestas en su instrumento. Sus amigos la llamaron en un par de ocasiones para saber de ella, para invitarla a salir, pero nada superaba el entusiasmo que le proporcionaba la armónica. Cuando uno de sus compañeros de carrera, con quienes generalmente hacía trabajos en grupo o, escuetamente, quienes le hacían los trabajos, la llamó para preguntarle por su ausencia, Camila se animó a contarle su nuevo plan.

—¿Vas a dedicarte a tocar armónica? Debes estar jodiendo —respondió su amigo.

—Para nada, de hecho, creo que nunca he hablado tan en serio en toda mi vida.

—Parce, sé realista. Nunca en tu vida has tocado un instrumento y no digo que no puedas hacerlo, pero además no hablas de cualquier instrumento, hablas de una armónica, ¿cuántos músicos conoces que hayan sobresalido tocando armónica?

Camila estaba segura de su decisión o, más bien, era lo bastante terca para que esta y otras respuestas similares, de parte de sus compañeros de universidad, no la desanimaran. Todos podían irse al diablo, excepto sus amigos con los que compartía la afición por la música. Ellos, en cambio, la apoyaron y le dieron ánimos para

EL LENGUAJE MUSICAL ERA ALGO QUE DESCONOCÍA EN ABSOLUTO, PERO QUE DE IGUAL MANERA LE COMUNICABA UN SINFÍN DE SENSACIONES.

reafirmar que estaba yendo por el camino correcto, la admiraban por su valentía y su determinación, incluso inspiró a uno que otro amigo, ya guitarristas de medio tiempo, a compartir su sueño.

Todas estas conversaciones sucedían vía celular o mensajes, porque por primera vez en mucho tiempo, Camila no sentía ninguna motivación para salir de su casa, todo lo que quería estaba a su disposición: un lugar donde escuchar música y practicarla. Se sentía bien. Quizá la decisión más difícil a la que se enfrentaba diariamente era a la de escoger la canción indicada para empezar el día. Esa decisión era una ecuación que constaba de un sinfín de variables, comenzando por su estado de ánimo, pasando por el clima, el color del día, el género y terminando con las posibilidades que se le ocurrían en el

momento, porque si bien amaba la música, quién tiene la memoria de recordar en un preciso instante todas las canciones que ha conocido y le han gustado durante su vida. Camila se tomaba muy en serio esa decisión. Escoger mal la primera canción era como si se le derramara el chocolate en la camisa justo antes de empezar un día importante o levantarse con el pie izquierdo de la cama.

Durante la primera semana, se paraba de la cama cuando sus padres ya habían salido a trabajar, desayunaba y repartía su tiempo entre escuchar canciones, leer reseñas musicales en *Pitchfork*, *Rolling Stone* y *Resident Advisor* y practicar. Uno de sus pasatiempos consistía en leer reseñas sobre los nuevos lanzamientos musicales mientras los escuchaba. Siempre le había parecido interesante la manera como ciertos periodistas escribían sobre las canciones con una precisión que no dejaba de lado a la poesía. El lenguaje musical era algo que desconocía en absoluto, pero que de igual manera le comunicaba un sinfín de sensaciones. Anteriormente aspiraba a poder aprenderlo empíricamente por medio de las palabras, apropiarse de él como los mejores periodistas musicales lo hacían, pero después de *The Wizard* esa aspiración no solo se manifestaba ahora como una tibieza, sino que también había dejado de tener sentido. Las palabras desprovistas de una potencia melódica nunca la satisficieron lo suficiente. Camila necesitaba hablar en ese mismo lenguaje, conocer el mundo a través de él, expresar y comunicarse una vez lo dominara.

Luego de explorar los sonidos y tonalidades que le ofrecía la armónica, estaba confundida por el camino que debía seguir de ahora en adelante. Buscar por un tutorial en Google le parecía un acto innoble en la vida de cualquier músico, por no decir patético. Nunca había escuchado de alguien que se manifestara en contra o a favor de esta manera de aprender música, pero ella veía esta sentencia como una especie de máxima tácita dentro de los músicos de profesión: ninguno de los que admiraba se había educado en Google. Pasó horas sobre su cama mientras miraba al techo y meditaba sobre esta encrucijada moral a la que se enfrentaba. De vez en cuando le echaba una ojeada al computador, situado en el escritorio de al lado, pero

evadía el objeto rápidamente, como si fuera un ser viviente, dispuesto a reaccionar burlonamente contra sus intenciones. Volvía a mirar al techo y no sabía qué era más patético: si creer que el computador tenía un juicio, si pensar en que el juicio de una máquina la pudiera afectar de tal forma o si de verdad creía que entre los músicos, que no conocía, existía un código ético que ella, por el contrario, sí conocía. Durante esta reflexión, la armónica había estado todo el tiempo sobre su pecho y ahora la sentía palpar como si estuviera acompañada al ritmo de sus latidos. La tomó y tocó azarosamente en espera de que alguna melodía fluyera por sí sola, pero no pasó. Notó que se estaba estancando por una ridiculez y decidió sentarse sobre su escritorio y buscar tutoriales para aprender a tocar armónica, al fin y al cabo por algún lugar tenía que empezar.

Terminó en YouTube viendo videos de diferentes personas enseñando a tocar armónica, pero ella no tenía idea de cómo funcionaba. Cada tutorial daba por sentado que ella entendía muchas cosas sobre teoría musical, pero lo único que sabía era la escala de Do mayor, no entendía cuando le hablaban de compases, ni mucho menos de acordes; menos mal no hablaban de redondas, negras, ni blancas porque su frustración hubiera sido aún mayor. Sin embargo, ella no se rendía y trataba de aprender lo que podía de cada video, usaba su armónica para guiarse, pero sentía que los tutoriales no eran lo suficientemente ilustrativos. En esta investigación, que consistía en saltar de un tutorial a otro, le dieron las dos de la mañana. Desde el cuarto contiguo, su mamá ya le había gritado que se fuera a dormir, que no gastara tanta luz; como esto no funcionó, el siguiente llamado fue a que dejara de tocar la armónica porque no los estaba dejando dormir. Ninguno de estos llamados la hizo percatarse de que ya era la madrugada, estaba tan obstinada que ni se preocupaba por medir el tiempo, tal como le solía ocurrir desde que adquirió su instrumento. Pero decidió ir a dormir, pues todavía no encontraba un tutorial que fuera a su ritmo desde el comienzo, aunque había aprendido unos cuantos ejercicios de respiración para empezar a tocar.

Al día siguiente se despertó, pero no quería pararse, se acurrucaba debajo de sus cobijas como si el peso de la gravedad hubiera

aumentado sobre ella. Permaneció en la cama mirando hacia el lado contrario de su escritorio donde estaba su mesita de noche: sobre ella estaba la caja donde venía empacada la armónica. Luego de ir a la tienda de música, Camila había revisado y estudiado todos los folletos que contenía, pero no había revisado la información impresa en la caja. Ahora lo hacía sin objetivo alguno cuando observó que la marca ofrecía una promoción de un curso virtual gratis por treinta días para empezar a tocar la armónica. Se paró de la cama y encendió su computador para registrarse. En ese curso aprendía lo básico; a través de los videos podía ver en qué posición poner la boca para tocar mejor o para poner en práctica diferentes técnicas. Los primeros días del curso los pasaba frente al espejo del baño ejercitando la mandíbula y la lengua. Primero, aprendió a poner y a mantener la boca como un pescado de manera que sus labios formaran un pequeño orificio para poder tocar una nota a la vez, así la técnica rudimentaria de tapar los orificios con los dedos para tocar una nota fue superada, y después, aprendió cómo mantener la lengua para que las notas sonaran limpias. Cada uno de estos ejercicios los hacía frente a un espejo, al principio, sin el instrumento, luego con la armónica, donde el asunto se complicó porque mientras los efectuaba sentía constantes mareos y su mandíbula le dolía, lo que la hacía sentir un poco frustrada, por lo que buscó entre los materiales de soporte que brindaba el curso algo que le pudiera servir. Encontró unos ejercicios para respirar y se dio cuenta de que todo consistía en llevar el aire al diafragma, así podía respirar más hondo, mantener la respiración por más tiempo y graduar la velocidad del aire; además, supo que tenía que dejar de fumar (diariamente fumaba entre cinco y seis cigarrillos) y, mientras realizaba los ejercicios de respiración, sabía que su rendimiento no era suficiente si quería avanzar.

Camila ya llevaba tres semanas sin ir a clase, pero quería evitar que sus padres se enteraran. Por ahora necesitaba tiempo para mejorar en su instrumento y ahorrar lo que le dieran, luego ya podría pensar en partir y empezar a tocar en bares, quizá arrendar una habitación en el centro y vivir de su instrumento. Quería ahorrar lo

que más pudiera. Por eso Camila había dejado de salir los últimos fines de semana; también porque evitaba pelear con sus padres, pues así no encontrarían la manera de interponerse en sus asuntos. Sin embargo, un día su papá fue a almorzar a la casa y la vio sin bañarse y tocando. Seguramente desde ese momento empezó a sospechar que su hija no estaba yendo a clase pero, como siempre, guardó silencio y prefirió hablarlo con su esposa primero para que fuera ella quien la confrontara. Cuando vio llegar a su padre a esa hora, Camila sabía que nada iba a pasar, si le reclamaban ella iba a decir que no se sentía bien para ir a estudiar; igualmente, decidió que se bañaría siempre antes del almuerzo por si volvía a pasar. Ese día más tarde, efectivamente, nada pasó, sus padres parecían confiar más en su nueva actitud, en la Camila que había madurado porque ya no salía, y que, en cambio, se dedicaba a estudiar y tocar.

Camila ya había aprendido a tocar algunas canciones como *Feliz cumpleaños* y *Jingle Bells*. En su curso online todavía no le habían enseñado ninguna canción, pero cuando se aburría de practicar ejercicios entraba a Google y buscaba la notación de canciones fáciles para aprender a tocar. Todavía no sabía leer una partitura, pero, por suerte, en internet había páginas que señalaban los números que debía soplar o aspirar en cada melodía. Había intentado buscar *The Wizard*, pero en las instrucciones decía que tenía que tocar ciertas notas con *bending*, lo que la animó a seguir con su curso. En él aprendía a hacer *bending*, una técnica para curvar las notas y alcanzar más tonos: así podría pasar de un sonido agudo a uno grave sin que sonara una discontinuidad. Para lograrlo, Camila tenía que hacer un movimiento de lengua en el que la retraía de manera que podría controlar la cantidad de aire que aspiraba o soplaba. Llevaba un par de días practicando frente al espejo, pero no lograba que le saliera como el video lo mostraba, se sentía cansada, estaba mareada nuevamente y la armónica reproducía sonidos cacofónicos y asfixiados, por lo que decidió irse a la cama temprano en silencio absoluto.

Cuando se levantó tampoco sentía ganas de poner ninguna canción, no quería ni siquiera tocar, se sentía cansada de practicar el

bending y que no le saliera bien, en caso de que se inclinara por escuchar alguna canción tampoco sabría qué quería escuchar y estaba agotada como para tolerar otro fracaso. Pasó el día sin salir de su cama y en posición fetal. Hacia el mediodía llegó su padre a almorzar. Esto era inusual, pero desde la primera vez que vio a Camila a esa hora ya había ido otro par de veces más. Siempre que llegaba se asomaba a su cuarto y siempre la encontraba, pero ella se las arreglaba con excusas como “ya fui y volví” o “tengo clase en la tarde”. Esta vez ya era bastante evidente y su papá no se comportó como solía hacerlo.

—¿Hace cuánto no va a la universidad?

—Yo sí voy, pero hoy me siento enferma.

—No diga mentiras. Hace mucho que ni sale de la casa y nosotros le damos dinero para que vaya a estudiar. ¿Qué planea hacer? ¿Vivir encerrada en su cuarto con esa armónica?, ¡ya no nos diga más mentiras!

Camila se sentía agotada incluso para pelear y dejó de responder, aunque su padre siguió reclamándole hasta que tuvo que volver a trabajar. Esa tarde, su madre fue la primera en llegar y Camila seguía en cama. Ella la instó a que se parara porque tenían que hablar los tres, también le echó en cara que con ella todo eran mentiras, que estaba desperdiciando la vida y todas las oportunidades que ellos, como padres, le daban. Cuando dejó de reclamarle, Camila por fin se paró de la cama y atravesó el corredor para ir al baño. Desde ahí, vio a su padre fumando frenéticamente y, al lado, a su madre, ambos sentados en el comedor, esperándola. Ella se sentó y su madre empezó a hablar en un tono que pretendía ser calmado y razonable.

—No puedo creer que todo este tiempo nos hayas dicho mentiras. ¿Hace cuánto no vas a la universidad? Necesitamos una explicación. Sencillamente no logramos entender por qué estás malgastando nuestro dinero y nuestro tiempo. La vida no se trata

de emborracharse cada fin de semana, ni tampoco de encerrarse en el cuarto a tocar un instrumento de carceleros. ¿Qué pretendes? ¿Por qué nos haces esto?

—Ustedes ya sabían que yo detesto la universidad...

—¡No es cierto! Nunca lo dijiste, ni tampoco buscaste otras opciones. Ahora con tus mentiras pretendes que nosotros seamos los culpables de tus decisiones. No puedes seguir pensando como una niña de quince años que hace pataleta cada vez que se aburre de algo y le echa la culpa a los demás. Ya tienes más de veinte, asume tus actos y tus decisiones, empieza lo que terminaste y saca tu carrera, después dedícate a lo que se te dé la gana.

—Estoy asumiendo mis decisiones...

—¿Cómo? —intervino por primera vez su papá indignado. Ya había terminado de fumar y en su cara mostraba que no encontraba manera de calmar la ira.

—Voy a hacer música con mi armónica —dijo Camila con un tono de seguridad, como cuando decidió dar el primer paso aquel domingo en la noche. Su padre manoteó la mesa exasperado y se paró de su silla.

—¿Cómo es posible? Todo este tiempo gastamos un montón de dinero en una educación que va a tirar a la basura para dedicarse a tocar un instrumento de criminal, ¿eso es lo que quiere? ¡ni más faltaba, Camila! —Su padre ya había dejado de contener su ira y parecía que en cualquier momento se iba a acercar sobre Camila a darle una bofetada.

La discusión siguió aún más caliente. Su padre no la abofeteó, pero su madre sí y constantemente le repetían que ellos no se habían matado el lomo toda la vida para criar a una vagabunda. Camila alegaba que nunca habían estado de acuerdo con nada de lo que hacía y que ella había crecido infeliz por su culpa. Todos estaban en un callejón sin salida, nadie iba a ceder, así que finalmente su madre la echó de la casa. Camila pudo haber peleado por quedarse e igual la hubieran dejado, pero estaba tan cansada de ellos que accedió al acuerdo y se fue directo a su cuarto a alistar maleta. No durmió en

**CUANDO DEJÓ
DE RECLAMARLE,
CAMILA POR
FIN SE PARÓ
DE LA CAMA Y
ATRAVESÓ EL
CORREDOR PARA
IR AL BAÑO, DESDE
AHÍ, VIO A SU
PADRE FUMANDO
FRENÉTICAMENTE
Y, AL LADO, A SU
MADRE, AMBOS
SENTADOS EN
EL COMEDOR,
ESPERÁNDOLA.**

toda la noche y, mientras empacaba, lloraba de rabia e impotencia por la incomprensión de sus padres, luego lloró de miedo porque no tenía nada planeado.

Una vez empacó algo de ropa, su computador, su armónica y un par de libros de economía para venderlos en el centro, decidió empezar a practicar la curva en la armónica. Por primera vez se escuchaba mucho mejor, lo había logrado. Se decidió a tocar *The Wizard*, no podía dejar su casa sin haberlo hecho. El comienzo de su vida se había adelantado y ella estaba dispuesta a afrontarlo. Sin embargo, la canción no sonaba bien. A veces porque no acertaba en los orificios, aunque igual cuando acertaba, la canción que ella reproducía no era la misma que tocaba Ozzy Osbourne. Ya eran las cinco de la mañana, sus padres le habían gritado desde su cuarto que dejara dormir o se fuera de una vez, pero ella no se calló y aparentemente nadie pudo dormir esa noche.

Apenas amaneció Camila salió de la casa sin saber a dónde ir. Con sus maletas tomó el bus que la llevaba a la universidad, y en el trayecto reprodujo en su iPod *The Wizard* repetidamente. Necesitaba escuchar y entender la diferencia entre la versión de ella y la original. Cuando llegó a la universidad se dio cuenta de que era sábado y que sus amigos no iban a estar. Fue al parque donde tocó por primera vez la armónica, y en el camino pasó por la tienda de instrumentos, que estaba todavía cerrada. Y entonces se dio cuenta de que no tenía a quién preguntarle sobre su problema. Pasó el tiempo practicando, aunque la frustración de no poder hacerla sonar bien la terminó aburriendo, así que decidió llamar a uno de sus amigos guitarristas, uno de los que la habían apoyado recién tomó su decisión. Eran las ocho de la mañana y su amigo contestó con voz de recién levantado, aunque reconocía la voz de Camila.

—Hola, Juan, ¿qué hay pa' romper hoy?

—Hola, ¿sabes qué hora es? ¿Qué haces, Camila? ¿Dónde estás?

—Estoy cerca de la universidad, me echaron de la casa, después te cuento bien, ¿puedes darme puerta?

Juan vivía cerca de la universidad y de la tienda de instrumentos, por lo que no tuvo que caminar bastante para llegar. Aun así, durante el trayecto se dio cuenta de lo cansada que estaba. Llegó a los diez minutos y aunque su amigo le pidió explicaciones ella dijo que se las daría una vez durmiera.

Eran las tres de la tarde cuando se levantó. Entre lágrimas e ira, Camila le había contado a Juan lo que había pasado la noche anterior con sus padres y más de una vez reafirmó su decisión de vivir de la música. La conversación no se centró mucho en ese tema, pues ya habría tiempo para pensar en qué hacer. Camila quería ahora ir a bailar y Juan le comentó de un toque que iba a haber esa noche de unas brasileras que tocaban postpunk en el bar de las serigrafías en las paredes. Concentrarse en los planes de la noche hizo que Camila dejara de pensar en su armónica y en sus padres.

—¡Tomemos algo! —dijo Camila.

—¿No quieres comer primero? ¡Ni has desayunado!

—Quiero desayunar guaro.

Juan accedió. Evidentemente Camila no estaba bien, pero él estaba admirado con su valentía y determinación. Su apartamento era bastante pequeño, tenía solo una sala amplia donde había un sofá cama, un pequeño estante con libros, un escritorio, una guitarra y un comedor muy pequeño; y, en dos cuartos aparte, una cocina y el baño. Sacó de su nevera una caja de aguardiente que le había sobrado de alguna reunión. Empezaron a tomar y le preguntó a Camila si quería escuchar alguna canción. En ese momento ella seguía sin saber qué quería, pero igual tomó el computador y mecánicamente escribió en YouTube "*Going Backwards* – Depeche Mode". Su amigo le preguntó sobre la armónica y Camila le contó que estaba teniendo problemas para tocar *The Wizard*. Juan no sabía nada de armónicas, pero conocía algo de teoría musical, por lo que le pidió su instrumento y le preguntó en qué notación estaba. Sin embargo, en los cursos que había tomado Camila, las notas todavía estaban relegadas a los números y no entendía la pregunta

EVIDENTEMENTE CAMILA NO ESTABA BIEN, PERO ÉL ESTABA ADMIRADO CON SU VALENTÍA Y DETERMINACIÓN.

de su amigo. Juan supo que la armónica estaba afinada en La por la A, que estaba pintada a la izquierda de los orificios, algo que Camila había ignorado por completo porque no conocía el sistema de notación estadounidense, por lo que el detalle de la letra se le había escapado por completo. Juan intentó explicarle un poco acerca de la notación, empezó ilustrándole cómo iban los tiempos en el pentagrama y, posteriormente, mencionó la equivalencia en letras de cada una de las notas, la escala de Do mayor y la de La. En este punto, ya habían tomado algunas copas de aguardiente, por lo que abandonaron el tema de la armónica y se dedicaron a escuchar el grupo de postpunk que iban a ver mientras hacían comentarios sobre lo buenas que eran y lo bien que sintetizaban sus voces al ritmo del bajo por medio de distorsiones.

Al día siguiente, cuando Juan despertó, Camila le preguntó qué había pasado.

—Nada realmente, llegamos al toque a las once, pero ni siquiera te dejaron entrar porque estabas visiblemente muy borracha. Me

tocó traerte de vuelta a la casa porque ya ibas a empezar a pelear con el *bouncer*. Luego, lloraste en el taxi porque no podías tocar *The Wizard*. En fin, no creo que recuerdes nada...

—Estaba muy mal...

—No importa, yo también estaba bastante ebrio... Anoche, apenas llegamos, caíste dormida y yo tomé prestada tu armónica. Te vi bastante triste por no tocar la canción de Black Sabbath y quería ver si podía ayudarte con eso... ¿Recuerdas lo que te expliqué ayer de la afinación de las armónicas? Bueno, la razón por la que no te suena bien no es porque estés haciendo algo mal en el *bending*, lo que pasa es que la armónica que usan en la canción está afinada en Re, para que te suene exactamente igual, necesitas otra armónica.

Después de un rato de explicaciones, decidieron dejar el tema y ambos se pararon de la cama para ir a desayunar. Mientras comían, Camila apenas hablaba aunque Juan hiciese muchos intentos por reactivar la conversación; se sentía exhausta de su amigo, de la armónica, del guayabo. Ahora solo quería volver a su casa, a su cuarto, a su cama y decidió irse apenas terminó de comer. Durante el trayecto a casa, sabía que tenía que darles alguna explicación a sus padres, pero no quería pensar en eso, sentía el peso de su maleta en la espalda, el peso de sus sueños y frustraciones. La gravedad parecía pesar el doble de lo normal y ella solo quería recostarse en su cama. Por suerte, apenas llegó a su casa no había nadie a quien darle explicaciones, así que fue directo a su habitación y a su cama a dormir. Cuando volvió a despertar en la noche escuchó las voces de sus padres hablando en la habitación de al lado. A su izquierda, sobre su escritorio, había un plato de comida servido. Lo comió y quiso volver a dormir, el cansancio y el guayabo no se habían ido del todo.

Ya era lunes cuando despertó y sin pensarlo entró al baño a tomar una ducha. Apenas se alistó salió de su casa con la maleta casi vacía porque solo había empacado un iPod, un cuaderno y un par de esferos. Tomó el bus que la llevaba a la universidad, se dirigió a su facultad y entró a clase.

ELIPSIS EN EL HAY FESTIVAL

elipsis

2017

Hay Festival Cartagena de Indias es un encuentro entre autores y lectores en donde se comparten historias y experiencias, y en donde se propicia el intercambio cultural. El British Council es uno de los socios globales del Hay Festival y promueve eventos que hacen posible reunir a autores británicos y audiencias colombianas.

Para la edición XII del festival dos de nuestros invitados fueron Hisham Matar y Philippe Sands, reconocidos escritores, quienes tuvieron la oportunidad de conocer de cerca el programa Elipsis. Su participación en diferentes sesiones del taller significó un valioso intercambio de ideas y un acompañamiento muy importante para los estudiantes, quienes solucionaron dudas y complementaron su visión sobre el oficio de escribir.

Hisham Matar es un escritor libio. Su primera novela, *In the Country of Men*, fue finalista en 2006 del Premio Man Booker. En 2016 publicó *The Return. Fathers, Sons and the Land in Between*, una obra que refleja sus memorias alrededor de la desaparición de su padre y que fue premiada en 2017 con el Pulitzer en la categoría de autobiografía.

Philippe Sands es un prestigioso abogado francobritánico, especialista en derechos humanos. Ha escrito 16 libros sobre leyes internacionales como *Lawless World* en 2005 y *Torture Team* en 2008. Su más reciente libro, *East West Street: On the Origins of Genocide and Crimes against Humanity*, ganó en 2016 el Premio Baillie Gifford en la categoría de no ficción.

Para Elipsis fue un gran honor haber contado con la asistencia de estos destacados escritores. Las siguientes citas, fragmentos de entrevistas grabadas durante el festival, dan a conocer su experiencia y visión sobre el programa.



Las siguientes citas hacen parte de las entrevistas originales grabadas durante el Hay Festival. (Serie completa de podcasts disponible en: soundcloud.com/artsbritishcouncil/)

“YO PIENSO QUE EL PROGRAMA ELIPSIS ES MUY POSITIVO PORQUE LAS CONVERSACIONES QUE PUEDES TENER ALREDEDOR DE LOS LIBROS SON MUY INTERESANTES PORQUE TE INVOLUCRAN EN OTRAS ÁREAS QUE SON MUY DIFÍCILES DE ABORDAR INMEDIATAMENTE, COMO LO ES LA RELACIÓN CON CIERTAS EMOCIONES, CON LA HISTORIA, LA IDENTIDAD O LA NATURALEZA, CON NACIONES O FAMILIAS. ES MUY DIFÍCIL CONOCER A UN COMPLETO DESCONOCIDO Y EMPEZAR A HABLAR SOBRE ESTAS COSAS INCREÍBLEMENTE ÍNTIMAS Y COMPLEJAS. LA LITERATURA TE BRINDA UN ESPACIO PARA HABLAR CON UNA CURIOSIDAD AMABLE Y MODESTA, SOBRE CÓMO TE SIENTES; SE TRATA DE CÓMO LOS SERES HUMANOS PUEDEN EXPLORAR LA NATURALEZA DE LO QUE SIGNIFICA SER HUMANO”.



Hisham Matar

“DURANTE EL PROGRAMA ELIPSIS CONOCÍ A CINCO ESCRITORES Y EDITORES COLOMBIANOS Y REALMENTE FUE MUY EMOCIONANTE. SON JÓVENES EXTREMADAMENTE CAPACES, MUY INTERESANTES. TUVIMOS UN GRAN INTERCAMBIO; TENÍAN EXCELENTE PREGUNTAS SOBRE LA FINA BRECHA QUE EXISTE ENTRE REALIDAD Y FICCIÓN. FUE UNA GRANDIOSA E INSPIRADORA CONVERSACIÓN”.



Philippe Sands

elipsis

